

Cuentos de Madera

González Sosa, Ramiro
Cuentos de Madera
Tabook Servicios Editoriales e Integrales, Universidad Autónoma de Tamaulipas
Año 2019
Edición Primera
Páginas: 233
300 ejemplares
17 x 23 cm.
Idioma: Español
Materia: Literatura y retórica
Área: Literatura latina
Sub área: Lenguaje y literatura, escritos varios en prosa
LC. PN441-1009.5
Dewey. 878

Centro Universitario Victoria
Centro de Gestión del Conocimiento. Tercer Piso
Cd. Victoria, Tamaulipas, México. C.P. 87149
consejopublicacionesuat@outlook.com

D. R. © 2019 Universidad Autónoma de Tamaulipas
Matamoros SN, Zona Centro Ciudad Victoria, Tamaulipas C.P. 87000
Consejo de Publicaciones UAT
Tel. (52) 834 3181-800 • extensión: 2948 • *www.uat.edu.mx*



Fomento Editorial Una edición del Departamento de Fomento Editorial
de la Universidad Autónoma de Tamaulipas

Edificio Administrativo, planta baja, CU Victoria
Ciudad Victoria, Tamaulipas, México
Libro aprobado por el Consejo de Publicaciones UAT
ISBN UAT: 978-607-8626-80-9

Tabook. Servicios Editoriales e Integrales, S.A. de C.V.
Calle Nezahualcóyotl, Mza. 10 Lte. 10, Col. Arenal 1a. Sección, Alcaldía Venustiano Carranza
C.P. 15600, Ciudad de México
Correo electrónico: *contacto@tabook.com.mx*
ISBN: 978-607-9491-30-7

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra incluido el diseño tipográfico y de portada, sea cual
fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito del Consejo de Publicaciones UAT.
Impreso en México • *Printed in Mexico* El tiraje consta de 300 ejemplares

**Este libro fue dictaminado y aprobado por el Consejo de Publicaciones UAT mediante un
especialista en la materia. Asimismo fue recibido por el Comité Interno de Selección de Obras de
Tabook Servicios Editoriales e Integrales para su valoración en la sesión del primer semestre 2019,
se sometió al sistema de dictaminación a “doble ciego” por especialistas en la materia, el resultado
de ambos dictámenes fue positivo.**

Cuentos de Madera

Ramiro González Sosa



UAT



Consejo de
Publicaciones



Fomento
Editorial





Ing. José Andrés Suárez Fernández
PRESIDENTE

Dr. Julio Martínez Burnes
VICEPRESIDENTE

Dr. José Manuel Capello y García
SECRETARIO TÉCNICO

C.P. Guillermo Mendoza Cavazos
VOCAL

Dra. Rosa Issel Acosta González
VOCAL

Lic. Víctor Hugo Guerra García
VOCAL

Consejo Editorial del Consejo de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Tamaulipas

Dra. Lourdes Arizpe Slogher • Universidad Nacional Autónoma de México | **Dr. Amalio Blanco** • Universidad Autónoma de Madrid, España | **Dra. Rosalba Casas Guerrero** • Universidad Nacional Autónoma de México | **Dr. Francisco Díaz Bretones** • Universidad de Granada, España | **Dr. Rolando Díaz Lowing** • Universidad Nacional Autónoma de México | **Dr. Manuel Fernández Ríos** • Universidad Autónoma de Madrid, España | **Dr. Manuel Fernández Navarro** • Universidad Autónoma Metropolitana, México | **Dra. Juana Juárez Romero** • Universidad Autónoma Metropolitana, México | **Dr. Manuel Marín Sánchez** • Universidad de Sevilla, España | **Dr. Cervando Martínez** • University of Texas at San Antonio, E.U.A. | **Dr. Dario Páez** • Universidad del País Vasco, España | **Dra. María Cristina Puga Espinosa** • Universidad Nacional Autónoma de México | **Dr. Luis Arturo Rivas Tovar** • Instituto Politécnico Nacional, México | **Dr. Aroldo Rodríguez** • University of California at Fresno, E.U.A. | **Dr. José Manuel Valenzuela Arce** • Colegio de la Frontera Norte, México | **Dra. Margarita Velázquez Gutiérrez** • Universidad Nacional Autónoma de México | **Dr. José Manuel Sabucedo Cameselle** • Universidad de Santiago de Compostela, España | **Dr. Alessandro Soares da Silva** • Universidad de São Paulo, Brasil | **Dr. Akexandre Dorna** • Universidad de CAEN, Francia | **Dr. Ismael Vidales Delgado** • Universidad Regiomontana, México | **Dr. José Francisco Zúñiga García** • Universidad de Granada, España | **Dr. Bernardo Jiménez** • Universidad de Guadalajara, México | **Dr. Juan Enrique Marcano Medina** • Universidad de Puerto Rico-Humacao | **Dra. Ursula Oswald** • Universidad Nacional Autónoma de México | **Arq. Carlos Mario Yori** • Universidad Nacional de Colombia | **Arq. Walter Debenedetti** • Universidad de Patrimonio, Colonia, Uruguay | **Dr. Andrés Piqueras** • Universitat Jaume I, Valencia, España | **Dr. Yolanda Troyano Rodríguez** • Universidad de Sevilla, España | **Dra. María Lucero Guzmán Jiménez** • Universidad Nacional Autónoma de México | **Dra. Patricia González Aldea** • Universidad Carlos III de Madrid, España | **Dr. Marcelo Urra** • Revista Latinoamericana de Psicología Social | **Dr. Rubén Ardila** • Universidad Nacional de Colombia | **Dr. Jorge Gissi** • Pontificia Universidad Católica de Chile | **Dr. Julio F. Villegas** • Universidad Diego Portales, Chile | **Ángel Bonifaz Ezeta** • Universidad Nacional Autónoma de México

Índice

1. EL DESTINO O LA URGENCIA DE LO INVISIBLE	9
2. LA TIRANÍA DE LAS IMÁGENES	23
3. EL OFICIO DE JOSÉ	29
4. LA ESQUINA FLORIDA	35
5. EL CINE ALBORADA	39
6. LAS FIESTAS DE HERNÁN SUÁREZ PECH	45
7. LA LEGIÓN VETERINARIA	49
8. LOS ECOS DEL CONVENTO	53
9. EL CHINO APARENTE	61
10. LOS JUEGOS DE LA FE	65
11. VIDA Y MUERTE DE MR. KELLY	71
12. LA OPULENCIA Y SU SOMBRA	75
13. EL PAN DE LA PANACEA	81
14. LA MARCA DE LA BONDAD	85
15. EL ROPERERO SIN LUNA	91
16. DON PETRONILO Y SUS HAZAÑAS	97
17. EL LEGADO DEL PROFESOR	103
18. LA MISIÓN DE LA BOTELLA	109
19. LA PRIMERA COMUNIÓN	115
20. LA RELIGIÓN DEL BUICK	121
21. GOYITO, EL BOTICARIO ELEGANTE	127
22. DOS ENSAYOS Y UN FUNERAL	133
23. EL MENSAJE SERRANO	139
24. LAS HUELLAS DEL GALLERO	145
25. ELEGIR ES RENUNCIAR	149
26. APRENDER SIN ENSEÑAR	155
27. LA CASA DEL MAYOR	161
28. ORANTES EL ORADOR	167
29. EL SUEÑO QUE RECUERDO	171
30. TODOS LOS HOTELES SON DE PASO	175
31. EL CHALÁN DE DON CLETO	181
32. SIEMPRE A LAS OCHO	187
33. DE REGRESO	191

34. LAS BÁSCULAS	197
35. EL LICENCIADO BICICLETERO	213
36. LA HORA ROMÁNTICA	209
37. EL PARACAIDISTA	216
38. LA PAVIMENTADA	221
39. LAS BODAS	225
40. LA URRACA	229

1



**EL DESTINO O LA URGENCIA DE LO
INVISIBLE**

Regresé a Madera, mi pueblo natal, para acabar con la nostalgia que me agobiaba desde que salí a conocer mundo. Planeaba volver en dos años con un pasado digno de contar, encontrar una mujer propicia, emplearme o abrir un pequeño negocio, e insertarme en el rutinario camino que diariamente recorren la mayoría de mis paisanos. Sin embargo, el tiempo me arrastró con suavidad hacia un destino ignoto. Probar suerte en escenarios inéditos abate la indolencia. Habían pasado veinte años, tenía esposa, hijos y fervientes deseos de iniciar una nueva etapa, para la que creía estar preparado. Me sentía transformado. El optimismo me cambió la mirada. Sonreía con frecuencia. Iniciaba temprano mis actividades. Estaba espiritualmente fortalecido. Pensé en Ulises al regresar a Ítaca. Quien no ame su lugar de origen, que adopte uno a la brevedad. Vine a Madera en varias ocasiones, a visitar la familia o a vacacionar, pero me entristecía saber que debía partir de nuevo. Ahora era diferente. La nostalgia había desaparecido. Me sentía como un viajero que de pronto fuera liberado de un pesado fardo, ligero y confiado en el camino a recorrer. En los primeros días me dediqué a caminar la ciudad, y observé la transformación que había sufrido en veinte años. Algunas casas se convirtieron en negocios, los antiguos baldíos ahora soportaban construcciones, el viejo cine había cerrado, una plaza comercial era novedad, la ciudad era bulliciosa y el tránsito de mediana intensidad. Una tarde entré a la cafetería Riveroll, la más antigua de la ciudad, de gratos recuerdos; ahí había conocido a Flavia, mi primera novia, y en mis años de preparatoriano era lugar de reunión por su cercanía con la escuela. El mobiliario era diferente, pero el lugar guardaba su esencia. Me pareció reconocer a la matrona que atendía la caja, como la jovencita que en aquellos años comenzaba a ayudar a sus padres en la atención del negocio. Saboreé un capuchino, que me conectó con el pasado. Mi pasado, ese sendero que ahora veía en retrospectiva, daba otra dimensión a mis recuerdos. Otro día pasé frente al edificio de mi escuela primaria, convertida en archivo oficial del estado. Miré por las ventanas y encontré más pequeños los salones de clase que en mi infancia apreciaba inmensos. Caminé a la estación del ferrocarril, ubicada al poniente de la ciudad, y constaté lo poco que había cambiado. Me senté en una antigua banca del andén, y aunque había trabajadores

que subían y bajaban a una locomotora pronta a partir, desprovista de carros de pasajeros y con tan sólo cinco vagones de carga, no pude evitar evocar aquella tarde de agosto en la que despedí en este mismo lugar a Verónica y su familia; había sido mi novia durante aquel verano, y aunque nunca la volví a ver, guardo incólume su imagen a través de la ventanilla del tren, llevando su blanca mano a los labios para enviarme un beso.

De pronto me encontraba con rostros que había dejado de ver por largo tiempo. También ellos me miraban con curiosidad. Saludaba a algunos, preguntaba por otros y en ocasiones daba cortas explicaciones sobre mi pasado. Sin haber concluido la carrera de medicina, me había desempeñado en el ambiente de los hospitales, primero como camillero, después en la morgue, y en los últimos años como laboratorista. Pero estaba cansado de ello y quería imprimir un drástico giro a mi vida. Rubia, mi esposa, era maestra de inglés. Llevaba años trabajando en una prestigiada escuela de Guadalajara, me veía tan entusiasmado que de buena gana renunció a su empleo, decidió apoyarme, y aprovechar la coyuntura para fundar su propia escuela. Mis padres estaban enterrados en el cementerio municipal, pero no era afecto a visitar panteones, menos el 2 de noviembre, cuando los mexicanos hacen romería y fiesta con la muerte. Al frisar los treinta me había preguntado sobre la disposición de mis restos mortales, ¿inhumación, cremación o indiferencia ante el tema? Ahora, en mis tempranos cuarenta, de vez en cuando enfrentaba la misma disyuntiva que continuaba sin definición. Catalina y Leovigildo, nuestros únicos hijos, atrapados en la adolescencia, fueron los más férreos opositores al cambio de ciudad. Se sentían arrancados sin misericordia de sus amistades y compañeros de escuela, por una obsesión de su padre. Catalina fue la opositora más radical, recién cumplidos sus 16 años, tenía novio, y el cambio condenaba su relación a un finiquito. Suplicó quedarse en Guadalajara, después amenazó con hacerlo sin nuestro consentimiento y a regañadientes aceptó con la promesa de que iría por lo menos tres veces al año y se le compraría un carro cuando cumpliera los 18. Leo, con apenas catorce, se mostró más sumiso a nuestra decisión, sin embargo, dejaba asomar lágrimas cuando en la soledad de su cuarto era consciente de renunciar a los vecinos, a jugar con sus compañeros del fútbol, y prescindir de una que otra jovencita en la que comenzaba a poner sus tiernas pupilas.

Estaba plenamente convencido que había superado una de las etapas más difíciles del drástico cambio de vida. Sentía una satisfacción íntima por haber tenido el valor de hacerlo; pero también me invadía el temor de fracasar en el nuevo proyecto de vida. La adaptación de mi familia era una incógnita permanente, a veces dudaba de mi propio optimismo y buscaba el apoyo de mi mujer. Las naves habían sido quemadas, sólo queda avanzar y conquistar. Debía encontrar una actividad donde aprovechara mi experiencia. Escoger un terreno completamente nuevo no me atraía. Sentía temor a empezar de cero. Con mi esposa, deshojaba la margarita. Instalar un pequeña tienda de artículos médicos, sillas de ruedas, prótesis, comprar y alquilar una ambulancia o bien una pequeña farmacia. Me decidió por esta última opción. A los noventa días de haber regresado al amado terruño inauguramos en un pequeño local situado frente al mercado local La farmacia Santa Teresa, en honor a mi difunta madre, con Rubia y Catalina como mis auxiliares de confianza. El presente contemplaba acciones que se habían venían realizando satisfactoriamente. Sin embargo, el pasado y el futuro ocupaban buena parte de mis pensamientos. Los días de mi niñez y juventud habían sido felices, con padres responsables y cariñosos; hermanos con quienes compartí juegos, viajes, aventuras y pleitos; con amigos de escuela y barrio en la dulzona década de los cincuenta. En el asomo de mi pubertad tuve enamoramientos en solitario. Y luego dejar el nido para continuar estudios en otra ciudad. El camino recorrido era el escenario que se aprecia desde el cabús de un tren, pero los recuerdos lejanos superaban a los cercanos en encanto y romanticismo. Sin embargo, el futuro, incógnita perenne, aun y cuando se afirme que tiene como mejor profeta al pasado, estaba presente en mí. Había un lugar en Madera al que no me había atrevido a ir porque no quería hacerlo de prisa, deseaba pasar toda una tarde recorriendo la calle, más precisamente las cuatro manzanas que fueron el circuito de mi mundo juvenil, observar cada una de las casas, despacito, y recordar como habían sido cuando las conocí, identificar los cambios, ver el paso del tiempo, el deterioro, las remodelaciones y por asociación inevitable evocar a sus inquilinos, a aquellos que frecuentaba y los que veía pasar a diario. Ésta era una tarea pendiente que pronto acometería para darle alimento al

espíritu, a mi memoria, a los recuerdos, a mi nostalgia y quizás al dueño cuya presencia percibí alguna vez.

Los seis meses del arribo a Madera coincidieron con mi cumpleaños. Era el momento de hacer balance. Todo se presentaba alentador. La farmacia progresaba, la clientela aumentaba, apenas había transcurrido la temporada invernal y la venta de toda clase de medicamentos para la gripe y los catarros se había catapultado. Mi esposa e hija eran los baluartes. Yo mantenía buena relación con los laboratorios proveedores y buscaba clínicas, hospitales, consultorios donde asegurar clientela con alto poder de compra. Algo había aprendido del aullido en tanto año de trabajar con lobos de la peor ralea. Mi hijo, ya estaba inscrito en la prepa, la misma a la que yo había asistido y donde tenía varios maestros que habían sido mis condiscípulos. Una mañana mientras esperaba que el semáforo me ofreciera el verde, escuché la voz de una mujer que provenía del vehículo contiguo.

—Hola Idelio, ¡qué milagro!

De reojo la vi por un instante y de inmediato la reconocí.

—¿¿Quihubo Fabiola?!, ¿qué ha sido de tu vida?

—Todo bien. Soy maestra. Me casé y tengo tres hijos —dijo rápida, pero claramente.

—Pues ya estoy de regreso por acá —dije yo, alzando un poco la voz.

—Bueno, bye, bye, dijo y arrancó, ante el claxon insistente del vehículo posterior.

Los minutos siguientes fueron de gozosos recuerdos. Lo más hermoso de Fabiola eran su sonrisa coqueta, los chonguitos de colegiala que usaba, sus pequeños pechos redondos, las bien torneadas piernas pero, sobre todo, su contagiosa alegría de vivir. ¿Cómo serían nuestros hijos si me hubiera casado con ella? ¿Cuántos hijos tendríamos? Eran preguntas de botepronto, sin respuesta, que surgieron mientras conducía.

Caminar, recorrer la ciudad, mi ciudad, si bien era necesariamente auscultar el pasado, también me actualizaba sobre las transformaciones de dos décadas. Las ciudades son seres que nacen como pequeños villorrios, se expanden y quizás un día puedan morir como cualquier ente vivo. ¿La nostalgia, el deseo de regresar al origen formará parte de la idiosincrasia de los mexicanos? Los sajones, argentinos, y los europeos

en general son menos arraigados a su tierra. ¿O será cuestión de individuos en particular? Las migraciones de los pueblos ha sido una constante en la historia de la humanidad. En los tiempos antiguos la comida determinaba el lugar de asentamiento. ¿Ahora serán las necesidades laborales las que ordenan? Las ciencias sociales tienen teorías que pretenden dar respuesta a estas interrogantes, pero son sólo eso: teorías. La estructura anímica, mental y psicológica de cada individuo responde a la influencia de los factores de un tiempo, modo y lugar, por lo tanto son individualizadas e irrepetibles. Bien decía Ortega y Gasset: "Yo soy yo y mis circunstancias." La propia muerte, esa amiga entrañable del mexicano, con la que ríe, juega y se divierte, sólo es una vía para atender la entrañable nostalgia de volver al origen. No puede ser de otra manera. La vida es viaje a tierras extrañas y se convierte en un perpetuo camino de retorno. Desde que nacemos comenzamos el periplo, a recorrer la circunferencia, para volver al punto de partida. Todo es circular. Lo cuadrado fenece, se agota, se irrumpe.

Una mañana, mientras desayunábamos, Catalina me miró y me dijo, directa como ella es:

—Papito, este año que llevamos en Madera has cambiado mucho, pero para bien. No te acalambres. Te veo sonriente, siempre de buen humor, energético. No sé, nunca te había visto así y sabes que eso paga cualquier sacrificio que haya tenido que hacer al dejar mi mundo en Guadalajara. Ni me digas a qué se debe. Yo conozco la respuesta, porque ese cambio es obvio, ahora entiendo la necesidad que tenías de vivir y realizarte aquí y creo que mi mami y Leo están de acuerdo conmigo.

—Claro que sí —dijo sonriente Rubia, y Leo lo aprobó levantando el pulgar y guiñendo su ojo izquierdo.

Una de las primeras visitas que hice fue a la casa de la tía Mercedes, la tía Mechita, como era conocida familiarmente entre sus numerosos sobrinos. Única sobreviviente de los hermanos y hermanas de mi padre. Era una matrona regordeta, de pelo blanco, cuello alargado, siempre con un chongo en la parte posterior de su cabeza adornado diariamente con una peineta diferente, generalmente con vivos dorados, que le daban cierto aire aristocrático. Se la pasaba rodeada de hijos, nietos y bisnietos. A sus ochenta y cinco años gozaba de excelente salud,

carácter y dinero. Feliz combinación que le había permitido viajar, conocer países, hacer vida social, ser visitada, y controlar de alguna manera a su prole, mediante préstamos y generosos regalos, que sabiamente distribuidos, convertía a sus destinatarios en sus acreedores perpetuos.

—Idelio, hiciste bien en regresar a Madera. Me han contado que te ha ido muy bien. Me da gusto hijo. Un día de estos me traes a tu familia para conocerla.

—Desde luego tía —me limité a decir.

—Ya has oído que de la familia como del sol, entre más lejos mejor. Nunca me ha gustado ese dichito, para mí, ver crecer a mis hijos, a mis nietos y sobrinos ha sido siempre motivo de alegría, aunque siempre hay prietitos en el arroz.

De pronto la tía Mechita soltó un grito estentóreo ¡Conchaaaaaaa...! Quien no la conociera dudaría que correspondiera semejante volumen de voz a una anciana. Enseguida apareció una jovencita que ayudaba en las labores del hogar a quien se le ordenó que me trajera un jugo de mango para paliar el sofocante calor de agosto. La casa de la tía Mechita tenía un gran solar, donde los árboles frutales entregaban periódicamente sus riquezas; mangos, ciruelos, guayabos, higueras y parras, en verano, y manzanos, cítricos y nogales, en invierno. Algunos de nuestros familiares en voz baja le decíamos la tía Manguitos, porque congelaba pulpa de mango y todo el año tenía jugo, nieve o pay de la dicha fruta con los que halagaba a las visitas. Me gustaba platicar con la tía, porque tenía una memoria prodigiosa y recordaba fechas, eventos, anécdotas y uno que otro secretito de familia que a veces soltaba con suavidad, sin herir a nadie. Así me enteré que el tío Alfonso, su hermano, llevaba ya dos matrimonios cuando lo conocí casado con la tía Licha, que tenía hijos en Estados Unidos, y que la riqueza de su hijo Lorenzo se fincaba en un hallazgo de tres ollitas repletadas de monedas de oro al derrumbar un viejo muro de un establo, que databa de la época de la Revolución. La tía Mechita no sólo sabía la historia familiar, sino que conocía la de muchas familias de la ciudad, y con mayor detalle daba cuenta de los habitantes vivos y difuntos de ese hermoso barrio en el que ha vivido siempre. De pronto acudió a mi mente la idea y sin pensarlo mucho le pregunté.

—Oye tía, cuando uno es niño o adolescente, ¿no se te ocurre hacer ciertas preguntas y te quedas con dudas o quizás te formas cierto concepto de determinada persona o situación? Tengo muchas preguntas en la cabeza y creo que tú eres la persona indicada para ir matando mis enigmas. ¿Cómo ves que te visite una vez por semana para platicar de tantos temas que tú sabes y me permitan ir armando mi rompecabezas? Creo que las piezas faltantes las tienes tú.

—Claro que sí, Idelio, y a mí también me servirá para recordar a tantas personas que quise y se han ido.

Nos veíamos los sábados por la tardes y abordábamos algunos temas que yo preparaba en la semana, en ocasiones los anotaba en una pequeña libreta de taquígrafía para no olvidarlos.

Mi familia había llegado a la calle Ocampo procedente de una rancharía del centro del estado, San José Obispo. Mi padre Gervasio Alfaro fue comerciante, hombre influyente en la región y había decidido, cuando tuve edad para estudiar la primaria, emigrar a Madera para que su prole tuviera educación.

La tía Mechita era originaria del mismo lugar, pero había salido veinte años antes, cuando se casó con un profesor rural, que con el tiempo dio clases en la ciudad. Fue un sábado de septiembre la primera vez que visité a la tía, dentro del programa acordado. La ciudad lucía adornada, vendían banderitas en la calle y el verano iba perdiendo intensidad. La tía, a pesar de sus años sólo usaba lentes para leer, la limpia mirada de sus ojos café claro poseía expresiones que manejaba a voluntad, desde el tono apacible, sereno, amoroso diría yo, hasta la agudeza cuando inquiría o buscaba respuesta en su interlocutor, sin dejar de advertir resabios de cierta coquetería de sus años mozos. La presencia de la tía Mechita nunca pasaba inadvertida.

—Yo quise mucho a tu papá —me dijo. Le llevaba cinco años a Gervasio, pero él se fue primero. En este asunto de la vida y la muerte la lógica siempre queda a deber. Cuando fui adolescente él era todavía un niño. Muy inteligente. Hacía preguntas de mayores, y siempre conservamos esa confianza para platicar de cuestiones muy personales que no le participábamos a nadie. Era alegre y simpático, además de guapito, con sus ojos azules, vivarachos. Tuvo varias novias y conquistó

muchas mujeres. Siempre fue ojito alegre. Se casó con tu madre, que había llegado a San José Obispo como maestra. Mireya fue siempre distinguida, esbelta. Cuando joven, muy bonita y activa. También inteligente y en una ocasión le escuché a tu padre decir que se había casado con ella, además de atractiva, para que ustedes no salieran tan desposeídos intelectualmente. Él tenía sus ideas y una era ésa, que la inteligencia se heredaba. Medio en broma, medio en serio decía que de padres inteligentes a veces salen hijos brutos, pero que de padres brutos, siempre salen hijos rebrutos.

Yo me limitaba a sonreír. Lo que ahora relataba mi tía ya lo había escuchado en labios de su padre, pero me deleitaba en recordarlo y sobre todo la forma siempre amena con que Mechita, maestra del suspenso y de los énfasis, lo relataba.

—Tus padres fueron nuestros compadres —continuó la tía. Arturo, mi difunto esposo se llevaba muy bien con Gervasio. Parrandeaban juntos y siempre sospeché que hasta cómplices eran en aventurillas amorosas.

—Oye tía, pláticame de tu infancia en San José Obispo. Fui algunas veces con papá, pero era muy pequeño y no recuerdo mucho.

—Sobrino, ahora sí me diste tema —dijo ella desplegando una deliciosa sonrisa y entornando levemente sus ojos hacia arriba.

—Tú sabes que la memoria remota es más poderosa que la inmediata y yo como cualquiera, tengo recuerdos imborrables. Así que ponte cómodo y me puedes interrumpir cuando quieras. Tuve una infancia feliz, aunque mi madre murió cuando yo nací y mi padre se casó con una prima de ella, quien fue la que realmente nos crió. Mi recuerdo más remoto es meciéndome en un columpio que papá había colgado en la rama de un sauce en el patio de mi casa. Tendría unos cuatro o cinco años y quería subir hasta las nubes. Recuerdo mi primer día de clases —continuó su relato — muchos niños y niñas lloraban y la maestra, doña María, me ponía como ejemplo y yo me sentía orgullosa de guardar mis emociones. Ella fue nuestra maestra hasta tercer año, así era antes, ante la escasez de profesores. Pero tres años de esos valían por toda la primaria de ahora y creo que parte de la secundaria. En fin, sobrino creo que te estoy aburriendo al hablar demasiado de mí, pero tú me lo pediste, que conste.

Era un simple cumplido de su parte porque, la verdad, yo estaba embobado, absorto con cada palabra de aquella viajera del tiempo ido, que a través de su fértil memoria y gracia lo ponía ante mí.

—Mi papá, tu abuelo Isauro —reanudó mi tía— era el único herrero y carpintero, por lo que tenía siempre mucho trabajo durante el día, y por la noche jugaba dominó o baraja con otros lugareños. Además, era agricultor y tenía un pequeño rancho con ganado vacuno. Recuerdo a un mudo, me parece que se llamaba Salvador, soltero, flaco, con el pelo medio largo, y una daga colgando del lado derecho de su cintura. Sostenía largas conversaciones con mi padre, ambos reían, meditaban, cuando la plática seguramente lo requería y berreaba de una manera horrible cuando no estaba de acuerdo con lo que afirmaba su interlocutor. Más de una noche desperté en medio de pesadillas donde el mudito intervenía. Debe haber tenido alguna desviación sexual, porque escuché decir que en ocasiones, por las noches, robaba prendas femeninas de los tendedores. Otro personaje que me infundía temor, lo llamaban Montealto, creo que era su apellido, usaba un parche negro de cuero en su ojo izquierdo, colgando de una correa del mismo material, que anudaba en su nuca, era alto, usaba sombrero negro de fieltro y rengueaba de su pierna izquierda. Cuando le pregunté a mi padre me dijo que en el ojo había recibido un machetazo que lo dejó tuerto y un balazo en la pierna: pero mi padre decía que a pesar de su tipo siniestro, era una buena persona, pero lo que sigo dudando hasta ahora. Había llegado a San José huyendo de su lugar de origen para alejarse del peligro. Mi padre fue padrino en su boda, título con el que se dirigía siempre Montealto a mi padre, con respeto y consideración.

—A mi papá le escuché hablar de un cuchito que era muy conocido en San José. ¿Lo conociste?

—Claro. De él si me acuerdo perfectamente bien porque fue mi compañero de escuela, se llamó Leopoldino Ventura, y efectivamente nació con labio leporino, ese término vine a aprenderlo después, porque la gente decía únicamente que había nacido cucho. Era inteligente, pero su hablar gangoso lo hacía motivo de burlas y bromas. Desde joven, quizá como forma de rebelarse contra su destino, se aficionó a las bebidas embriagantes y terminó alcohólico. Se ganaba la vida y la bebi-

da haciendo mandados de diverso tipo, entre ellos llevar y traer cartas de enamorados, actividad en la que logró cierto grado de confiabilidad al hacerlo con efectividad, y guardar la debida discreción, aun en estado de ebriedad. Pero déjame hablarte de otro personaje singular, don Juan Polainas, así le llamaban todos, era el zapatero del pueblito, más bien bajo de estatura, de barba blanca e hirsuta. Tenía la manía de hablar solo, y mientras caminaba hacía ademanes. También era cuetero en las fiestas y buen declamador, lo que nunca supe y quedará siempre como un enigma es si era o no el autor de esos poemas.

En mis conversaciones con mi tía, nunca miraba yo el reloj y sólo con el aviso de que la cena estaba lista me percataba de que debía despedirme, aunque siempre me invitaba a compartir los alimentos. Consumíamos de dos a tres horas en la sabrosa charla y disfrutábamos, ella en recordar, yo en conocer.

—Ahora que han pasado tantos años desde que mis padres fallecieron, se vale preguntarte, ¿papá tuvo hijos fuera del matrimonio? Nunca supe, pero si los hubo, tú debes saberlo.

La tía pasó saliva, me miró fijamente, tomó mis manos cariñosamente y me dijo:

—Tuvo una hija antes del matrimonio y un hijo como de tu edad, era muy discreto en sus cosas y pocos lo sabíamos. Siempre vio por ellos económicamente. Tú mamá también lo sabía y cuando tocamos el tema me dijo que la primera no fue en su año y del segundo que le perdonaba a tu padre esa calentura y hasta se juzgaba culpable por haberlo desatendido en ese tiempo. Sobrino, hay verdades que no quiero llevarme a la tumba, y contigo se me presenta la oportunidad de aligerar la carga. Pero hay otras que ni atormentándome las voy a revelar. Hay personas que aun viven y nunca me lo perdonarían. Oye, lo que veo es que me he ido por la libre, quizás tu interés se centre en otros temas o personas y te estoy endilgando historias que ni te interesan.

—De ninguna manera tía, todo lo que me has contado me interesa. El próximo sábado quiero que me platiques de la gente de acá de Madera, especialmente de los que vivieron en la calle Ocampo.

Nunca acepté que la nostalgia motivó que Idelio Alfaro hubiere regresado a Ciudad Madera. Casualmente conocí a un vecino suyo en

Guadalajara quien me reveló que Idelio había tenido amores con una joven casada y que el marido de ésta lo había amenazado de muerte. Que ésa era la verdadera causa de su regreso a Madera. Que lo de la nostalgia era un cuento, que bien contaba y todo mundo se lo creía. Hasta su familia, que nunca supo del amorío. La tía Mechita, después de un año de viuda, conoció a un general que era el encargado de la zona militar, de quien fue amante y al que, dicen, supo exprimirle la cartera, hasta hacerse de un regular patrimonio. Me parece correcto que Idelio no tocara, ni indirectamente el tema, pero era vox populi lo sucedido. Por su parte, Gervasio Alfaro, el padre de Idelio, tenía ese lado suave, atractivo, de los caciques. Pero también era cabrón, muy cabrón, y se dice que mandó matar a dos líderes campesinos que solicitaban ampliación de tierras para un ejido colindante con sus predios. Leovigildo, el hijo adolescente de Idelio sí comenzaba a fijar su mirada joven, pero no precisamente en mujercitas, sino en varones, estaba aflorando su homosexualidad y ello seguramente influyó también en el regreso de Idelio a Madera.

2



LA TIRANÍA DE LAS IMÁGENES

Todas las noches, hacia las nueve, don Angelino de Dios, como se hacía llamar, salía a la banqueta de su casa, casi enfrente de la nuestra. Con sus sesenta años, ligeramente rebasados, era moreno, grueso, de lentes verde oscuro, con una guayabera blanca de manga larga y una gruesa cadena de oro colgaba a su cuello de toro de lidia. Con su brazo derecho mecía un incensario de regular tamaño y pronunciaba frases audibles a tres metros, conjurando al chamuco e implorando la presencia divina.

—Retírate Satanás que conmigo no podrás —repetía incesantemente— Dios divino ilumina mi camino, amén de otras similares.

Don Angelino era curandero. Casado con doña Tirsa tenían cuatro perritos falderos que hacían mucha bulla y denunciaban irremediabilmente su presencia. Vivían en una especie de vecindad, con su casa al fondo y rentaban cuartos a lo largo del amplio pasillo que conducía a la calle. Yo diría que es todo lo que sabía de ellos.

—Tía, tú eras amiga de esa pareja curiosa que formaban don Angelino y doña Tirsa, nuestros vecinos y seguramente sabes buena parte de su historia. Soy todo oídos.

—Fíjate Idelio que los dos eran personas muy finas y caritativas. Tenían un pasado muy interesante. Don Angelino era guatemalteco y doña Tir, como le decíamos cariñosamente, mexicana de Comitán. Habían sido en su juventud gente del circo, ambos trapeceistas y parece que de los buenos. Cada vez que venía un circo a Madera, los empresarios, y acróbatas los invitaban a las funciones y tenían deferencias con ellos. Recuerdo que en una función del Circo Orrin les hicieron un reconocimiento en una de las pistas y hablaron de sus brillantes trayectorias. Ahí donde los conociste vivieron por más de veinte años. Había aprendido a curar con hierbas, huevos de gallina y oraciones con un curandero muy famoso de Veracruz, de la región de los Tuxtles. Tú has de recordar como venía gente a consultarlo y a tomar sus tratamientos. Había un área con sillas y un joven que iba anotando a los que llegaban. A las cuatro de la mañana abría la puerta y el movimiento era en grande, hasta las nueve o diez de la mañana. Lo mismo veías a personas en silla de ruedas, que enfermitos cargados por sus familiares. Tenía muchos pacientes a los que curaba de vitiligo, entonces conocido como “mal del pinto”. Pedía una cuota mínima para comprar los materiales con los que

trabajaba. Nunca se supo que haya cobrado a alguien, decía que era la condición para ser escuchado por el altísimo, que sólo era un conducto para sanar. En una función de circo en Mazatlán, perdieron a su único hijo, de 16 años, al caer del trapecio y eso los había sumido por largo tiempo en una persistente depresión. Después de superado el trance, si es que se puede hablar así, y cuando el tiempo hizo su balsámica labor, decidieron venir a vivir a Madera simplemente porque aquí vivía la única hermana de doña Tir. Cuando un cirquero, nómada irredento, cuyo único apego son las carpas, decide dejar su hogar, el trabajo que ha sido su vida, ve con cierta indiferencia el nuevo hogar que el destino le tiene deparado. Lo que fue su pasión ha quedado atrás, ahora tendrá que aprender, en su tierna madurez, a vivir de otra manera. A tal grado había llegado su fama, que un día llegó una pareja de salvadoreños, con un pequeño que se convulsionaba de una manera impresionante, emitía espuma por la boca y sus ojos se tornaban blancos, hasta que repentinamente regresaba a la normalidad y nada recordaba. Decían que estaba poseído por Satanás. En una semana don Angelino, con hierbas, rezos, y el sacrificio de pequeñas especies, gallinas, conejos y cuyos, que él mismo criaba en un solar contiguo, devolvió la salud a aquel infante y la felicidad a sus padres. Él mismo me platicó que lo primero que hacía al ver un enfermo, era preguntarle al creador, si esa persona podía volver a ser sana; si era así él se hacía cargo; en caso contrario ahí mismo le decía al paciente que su fin terrenal estaba próximo, porque el altísimo lo requería para un ciclo de mayor plenitud. Angelino era un místico, a pesar de su complexión gruesa, contraria al ascetismo, irradiaba una serena espiritualidad y su mirada acuosa, amorosa, cautivaba en un instante. A veces desaparecía con su esposa por una semana o diez días y nadie sabía a dónde iba. Suponíamos que a algún lugar de la república a aprovisionarse de hierbas, esencias, amuletos y crucifijos que utilizaba en sus tratamientos, también se pensaba que iban a algún retiro espiritual para fortalecer su energía y recargar sus pilas. Pero en realidad, sólo ellos lo sabían y con nadie lo compartían. La pareja mostraba siempre un lado humano, caritativo y desinteresado, pero también se envolvían en cierto misterio, propicio para que pacientes y vecinos dieran vuelo a la imaginación y abrieran

la puerta de las conjeturas, que ellos no se molestaban en desmentir. Cuando alguien tocaba el tema, así fuera de manera indirecta, lo más que conseguía era una leve sonrisa, enigmática como la Gioconda. Angelino y Tir hablaban de conocer el día y la hora de su muerte, sin embargo, con nadie lo compartían. Primero murió Angelino, sin que se supiera que padecía alguna enfermedad, y tres años después doña Tir, aquejada por un cáncer terminal. En ambos casos aun y cuando diferentes, fueron preparando su partida con una frialdad poco común, adquirieron una fosa en el cementerio local, firmaron testamento, y quedó como albacea una hermana de ella, con claras instrucciones de repartir sus bienes entre la casa hogar del niño, el asilo de ancianos y la Cruz Roja. Hay afirmaciones que basta con ser pronunciadas una sola vez, para propulsarse como auténticos misiles. A escasos tres meses de la muerte de doña Tir se repetía como verdad absoluta que los difuntos se aparecían en el techo de su casa, vestidos de blanco, con sus figuras estilizadas y saludando sonrientes, como lo hacían en vida.

Ésa era la historia que ellos contaban, pero yo que cultivaba amistad con doña Lesbia, hermana de doña Tir, supe que en realidad, había una tragedia griega detrás. Según esa versión, Angelino de los Cielos, que así se hacía llamar antes, era amante de doña Tir, quien estaba casada con otro trapequista, también estrella del circo, al que Angelino dejó floja la cuerda de un trapecio, lo que ocasionó la muerte de "Juan el volador" como se hacía llamar el personaje y todo para que Tir quedara libre y pudiera casarse con Angelino. Si fue crimen, quedó impune; si fue accidente, nunca se sabrá a ciencia cierta. Los viajes que cada año hacían don Angelino y doña Tir misteriosamente atendían a la convocatoria de una especie de secta o grupo de brujos, chamanes y curanderos denominada, conferencia de los divinos, que lo mismo se reunían en San Juan Chamula, en los Tuxtlas, en Oaxaca, con los coras o en la Petaca, en Nuevo León, en una especie de cambalache de limpias, sanaciones, intercambio de toda clase de conocimientos que cada uno utilizaba en sus diarias actividades. El evento duraba una semana e incluía, ayunos, oraciones, invocaciones, ritos especiales y leves flagelaciones con ortigas en la espalda desnuda.

3



EL OFICIO DE JOSÉ

—Tía, ayúdame a resolver un crucigrama que por mi corta edad dejé inconcluso.

—Tú sabes que frente a nuestra casa vivían los Carranco. Todo un clan. Don Lucio y doña Guirnalda (no he vuelto a conocer a otra persona con ese nombre, y siempre me recordaba las guirnaldas de olivo del “Himno Nacional”), eran los ancianos troncos de ese hormiguero. Petronilo, el mayor, era ya medio anciano cuando lo conocí. Luciano, era como el jefe de aquel enorme taller de carpintería que todo el santo día se llenaba del ruido de las sierras chillando, emitiendo un extraño lamento como el de los gatos; borbotones de aserrín, risas, gritos estentóreos, audibles a pesar del ruido; el inconfundible olor a thínner y a barniz. Beto, Loncho, Gil, Marcial y Juvenal, hermanos menores también formaban parte del ejército de carpinteros que acaparaban la mayor cantidad de trabajo del pueblo. Al fondo del patio tenían un cobertizo donde colocaban los muebles terminados: roperos, camas, cómodas, burós, mesas, sillas, alacenas y libreros. Luciano, con quien yo tenía más amistad y confianza era de mediana estatura, pelo entrecano y acostumbraba trabajar en el verano con el torso descubierto. Siempre un lápiz sobre la oreja derecha. Petronilo era panadero. Dejó el oficio de carpintero cuando una sierra eléctrica le cercenó el meñique y el anular de su mano derecha. La carpintería no tenía nombre, sólo era conocida como la de Carranco, y coloquialmente algunos la mencionaban como la de “los carrancanes”. Cosas de los pueblos. Como éramos vecinos, observábamos mutuamente los movimientos que se daban en cada casa. Cuando iban a entregar o recoger muebles, recibían madera, o salían por refrescos al tendajo de la esquina o ellos observaban cuando mi papá salía a trabajar o mis hermanas iban por las tortillas. Las puertas y ventanas de las casas en el barrio estaban generalmente abiertas; si se cerraban era para evitar la entrada de los perros callejeros. Los postigos permitían ver lo que sucedía en el interior de las mismas. Por la noche, cuando las actividades habían terminado, era costumbre sacar las mecedoras sobre las banquetas y apoltronarse para recibir la leve brisa nocturna, saludar a los de enfrente y entablar un breve diálogo sobre el clima, la familia o algún acontecimiento anunciado en la radio o publicado en la última edición

del vespertino El Farolito. Los sábados por la noche Luciano me invitaba a escuchar las peleas de box, transmitidas por Toño Andere, el Mago Septién o Jorge Sony Alarcón, voces ligadas al boxeo, aunque el Mago también era bueno transmitiendo beisbol. Cuando salía de mis clases en la prepa me gustaba ir a la carpintería a leer el Esto, que compraba Luciano y comentábamos sobre el box del sábado. Tiempos del Ratón Macías, el Toluco López, Joe Becerra, José Medel, el Pajarito Moreno. Qué nombres. Qué ídolos. Fíjate que en alguna ocasión me dio por ser boxeador, llené un costal de aserrín y lo colgué de un árbol en el patio de mi casa. Me conseguí un par de guanteletes y una cuerda para brincar. A la semana de entrenamiento me dijo Luciano: "Güero, tú nunca podrás ser boxeador. Primero porque no tienes hambre y segundo porque eres narigón y a los primeros jabs vas a sangrar." Ese comentario me retiró del boxeo. Luciano no tenía mujer, a pesar de haber cruzado los cuarenta. A la distancia me parece que su celibato no se correspondía con alguna desviación sexual. Su familia eran sus padres y hermanos. La única ocasión en que lo acompañé a ver un juego de beisbol, deporte que practicó en su juventud, se presentó la tragedia. Fue al abrir la séptima entrada, cuando un bateador llegó a primera con intención de robar la segunda y antes del tercer lanzamiento, el pitcher reviró a primera para ponerlo out, con la mala fortuna de que la pelota golpeó la cabeza del primera base y cayó fulminado. Se suspendió el juego. Se escucha el aullido de la ambulancia. Salimos parsimoniosamente del estadio. Voces anónimas: "para mí que ya va muerto el pobre Betillo. Ojalá me equivoque". Pues no se equivocó el aficionado. En los siguientes días fue tema de conversación la muerte de Alberto Rivas Robles, alias el Betillo. Dejó viuda y tres pequeños. La calle Ocampo era de terracería y en ella jugábamos por las tardes y los fines de semana la chamacada del barrio, canicas, beisbol, futbol, trompo, yoyo o elevábamos papalotes en los días ventosos. Vivíamos una infancia feliz. Eran pocos los vehículos que transitaban por esa calle, siempre despacito, como si el piso fuera de hielo. Excepto los días y horarios de escuela siempre había chavitos jugando. Conocíamos casi todos los vehículos particulares que pasaban por ahí. El viejo De Soto negro de don Silverio, quien trabajaba en Pemex; la camioneta verde de Plácido,

el panadero; el carrito Opel rojo de la maestra Tula; los de bicicleta con su canasto de pan en la cabeza; los albañiles; el fifí, siempre de traje y sombrero, pero en su bici; la camionetita de don Berna y sus músicos. Luciano decía que cuando él fue niño hacía lo mismo que nosotros, en el mismo lugar, aunque con juegos diferentes. Desde la recámara donde dormía con mis tres hermanos, en el segundo piso de nuestra casa, observaba el techo de la vivienda de los Carranco, al que imaginaba como un lago de plata en noches de luna llena. La calle era espacio de encuentro, de libertad, el escenario donde se construye la felicidad que da el juego. La pista donde se medía la habilidad, velocidad, destreza y la fuerza de todos. No había cita previa, pero estábamos siempre puntuales para jugar. En la calle Ocampo se circulaba de poniente a oriente y a tres cuadras de mi casa fluía el río San Miguel, con su tenue corriente de agua; sus afluentes eran proveedores del acueducto que alimentaba Ciudad Madera, antaño era lugar visitado para nadar en sus pozas o pescar mojarras, lisas o bagres.

—Yo conocí muy bien a todos los Carranco —dijo entrecerrando los ojos la tía Mechita—, buenas personas, educados, trabajadores, respetuosos. Pero efectivamente Luciano era el líder de todos ellos. Lo que tú no sabes es que Luciano fue casado con una muchacha de nombre Ángela Uriegas, si mal no recuerdo, coquetona, muy bonita, que antes del año de casados huyó con un primo de Luciano y dicen que éste estuvo encerrado más de un mes, deprimido y tomando. El tiempo que todo lo alivia o lo revela, le ayudó a superar el duro trance y desde entonces no se le volvió a conocer mujer o fue muy discreto, como suele suceder.

—Eso sí no lo sabía y como dice el dicho que lo que molesta o mortifica ni se recuerda ni se platica, pues lo hubiera ignorado toda la vida si no me lo dices, tía. Así es la vida verdad, todos tenemos secretitos que deseamos olvidar. Ahora medio entiendo que Luciano nunca hacía comentarios sobre las mujeres, era como neutral, seguramente porque traía atravesado ese asunto que me platicas. Caras vemos, pasados suponemos. ¿Y qué fue de todos ellos? Desde que salí de Madera les perdí la pista.

—Los viejitos fallecieron, ya estaban muy mayores. Tres de los hermanos murieron en accidentes y el bueno de Luciano todavía vive y no lejos de aquí. Tiene un pequeño taller de carpintería. Nunca ha dejado el oficio pero sólo hace sillas. El año pasado le compré seis. Precisamente ésa en la que estás sentado la hizo él.

Se decía en el barrio que Luciano en realidad era hijo de una hermana de doña Guirnalda, producto de un “voladito” con su novio, y que había muerto en el parto. Pero como era de la misma familia, se parecía a sus primos. En esa misma carpintería de los Carranco había trabajado hacía varios años como aprendiz un joven a quien le apodaban, la Perinola, porque era bajito de estatura delgado y le encantaba el baile. Con el tiempo se vio involucrado en un robo a casa-habitación, donde fueron sorprendidos por el propietario de la finca, que regresó intempestivamente a su casa y resultó muerto por la Perinola y su cómplice. Ya en la cárcel, estuvo asignado al taller de carpintería por sus conocimientos en el oficio. Por pedido construyó un mueble con doble fondo en el que escapó el día de la entrega, probablemente con la complicidad de los custodios. Recuerdo que a Luciano una vez lo vi entrar a La Preciosa, la tienda de la esquina, propiedad de una viudita joven, doña Elvira, y me llamó la atención, pero no pensé mal, porque entonces era yo un chamaco, pero de repente la dueña cerró la única puerta del negocio. Después supe que tenían sus quereres y así se encontraban, creo yo.

4



LA ESQUINA FLORIDA

Ahora que me vuelvo a ocupar de ello, identifico a cuatro familias que vivían en el mismo domicilio. La superficie era reducida. Apenas quinientos metros, donde convivían unas treinta personas. El tronco eran doña Leona y Pantaleón Ampudia, un par de ancianos delgados, pero laboriosos. Habían tenido cinco hijos y cuatro de ellos con sus respectivas parejas vivían en el predio. Además, habían adoptado al hijo de una prima de ella que quedó huérfano por un accidente de sus padres. Cuando pasaba por esa vecindad escuchaba radios a todo volumen, niños llorando, gritos, risas, ladrido de perros, o el saludo de un perico; se veía ropa tendida en improvisados tendederos, juguetes en el piso, alguna mujer regando las macetas. Por las noches disminuía la actividad, pero no desaparecía en aquel enjambre humano.

Cuando murió Tomasa, una de sus hijas, por la noche llegaron dos lechuzas y se posaron en una gran palmera que se alzaba en la propiedad. Al escuchar su graznido, lastimero y estridente, las mujeres se persignaban y apuraban el paso, retirando a sus hijos de la calle donde alegremente jugaban. En una familia como ésta había ovejas de varios colores. Doña Leo y don Panta, como eran conocidos socialmente, sacaban sus mecedoras, cuando aparecía la primera brisa del huasteco, como se le conoce a ese viento del sureste proveniente del Golfo de México. Alrededor de ese núcleo se iban agregando hijos, yernos, nietos, vecinos, hasta semejar un hormiguero nocturno salpicado con historias y risas. La hija mayor, Anavelia, era alta, espigada, de ojos saltones y un perene chongo sobre la nuca, tipo Leona Vicario, nunca supe en qué trabajaba, pero usaba pulseras y collares que simulaban una pequeña representación del arcoíris. Un día me enteré que leía las cartas y curaba de espanto. Supongo que de ahí obtenía sus ingresos. Tenía dos hijos y su marido Simón había estado preso, al parecer por haber asesinado a un vecino en una riña. Juanelo, hijo de Epifanía, nieto de los fundadores del clan, doña Leo y don Panta, de escasos 17 años, quería ser boxeador y emular las hazañas del Chango Casanova y Kid azteca. Se preparaba para el torneo de los "Guantes de Oro". Nos invitaba a verlo entrenar con su manager don Cirilo, un viejo boxeador con la nariz apachurrada y un bamboleo de su cabeza que lo condenaba a estar negando todo. Juanelo fue noqueado en el segundo round de su primera pelea en el

torneo; la explicación que daba es que lo habían tomado mal parado, y un uper seco a la barbilla lo convenció de que ése no era su camino. Terminó de taxista en la zona de tolerancia de Madera.

Don Panta y doña Leona nunca se casaron. Lo cual nada tendría de extraordinario, pero el detalle era que ambos habían estado casados anteriormente, pero sin hijos, cuando él era empleado de un puesto de frutas en el mercado local y ella acudía a comprar comida para su hogar. Ahí se flecharon. Ambos se divorciaron y se unieron en un feliz y pródigo concubinato. Parece que la muerte de Tomasa se debió a que le "hicieron un mal" unas vecinas con las que se peleó porque tiraban la basura en el mismo solar de los Ampudia. Decían quienes la vieron morir que de sus senos salían gusanos por los pezones. Tania, otra nieta de don Panta, era novia de un piloto fumigador que la llevaba a pasear en su avioneta y platicaba a sus íntimas que era una sensación única fornicar en las alturas. Juanelo, el boxeador frustrado, reveló tiempo después que la pelea "estaba arreglada" para encumbrar al otro boxeador, por lo que recibió doscientos pesos, con los que se compró una bicicleta valona.

5



EL CINE ALBORADA

En los muchos años que fui al Cine Terraza Alborada, recuerdo siempre a la misma boletería y al mismo cácaro. A escasas tres cuadras de mi casa, en la calle Artesanos, se ubicaba este glorioso cine, en el que disfruté durante diez años las mejores películas de Hollywood. La proyección iniciaba a las 20:30, con intermedio de quince minutos para surtirnos de palomitas, refrescos, chocolates o helados. Cuando había doble función, generalmente de lunes a miércoles, uno regresaba a casa alrededor de la medianoche. Las leyendas del cine norteamericano como Charlton Heston, Robert Taylor, Tony Curtis, mi admirado Kirk Douglas, Glenn Ford, Víctor Mature, Fred Mc Murray, Richard Widmark. Anthony Quinn, Audie Murphy, el Gordo y el Flaco, *el Llanero Solitario*, Mickey Rooney, Paul Newman, Dean Martin, Frank Sinatra, Sammy Davis Jr., Ernest Borgnine, John Wayne, Gary Cooper, Errol Flynn, Henry Fonda, Chaplin, Gregory Peck, Richard Burton, Gary Grant, Marlon Brando, Jerry Lewis, Clark Gable, Jack Lemmon, Johnny Weismuller, Lee Marvin, Rock Hudson, Tyrone Power, James Dean, Karl Malden, Sidney Poitier, Humphrey Bogart, David Niven, Anthony Perkins, Robert Mitchum, Burt Lancaster, Sal Mineo, Yul Brynner, George Kennedy, el feísimo Jack Palance, Rod Steiger, y tantos, tantos otros.

Las más bellas mujeres: Kim Novack, Liz Taylor, Sofia Loren, Shirley Mac Line, Jane Russell, Esther Williams, Deborah Kerr, Jane Allison, Audrey Hepburn, la mismísima Marilyn Monroe, Vivien Leigh, Grace Kelly, Katherine Hepburn, Ava Gardner, Bettie Davis, Doris Day, Susan Hayward, Silvana Mangano, Jane Mansfield, Debbie Reynolds, Raquel Welsh, Claudia Cardinale, Natalie Wood, la hermosísima Romy Schneider y tantas más.

Películas de película: *Ben Hur*, *Cantando bajo la lluvia*, *Rebelde sin Causa*, *El Puente sobre el río Kwai*, *Billy The Kid*, *Espartaco*, *Melodía Inmortal*, *Casablanca*, *Al Capone*, *El Tren de las 3:10 a Yuma*, *Una Eva y dos Adanes*, *Lo que el viento se llevó*, *Duelo al sol*, *El Ciudadano Kane*, todas las de Tarzán, *Francisquito*, aquel fantástico mulo que hablaba, y otras, muchas otras.

Si bien el cine Alborada era terraza, tenía una parte al fondo con techumbre de lámina y cuando llovía, todos nos refugiábamos ahí, algunos sentados en el vil piso o de pie; otros se subían al foro, en un descanso que tenía, a escasos tres metros de la pantalla y recostados, continuaban viendo la película. Otra particularidad del Alborada, era

que los propietarios vivían en el solar de la parte posterior y desde un segundo piso, en otra pequeña terraza, veían directamente la película cuando querían, sólo era cuestión de sentarse cómodamente y disfrutar la proyección. El verano era propicio para disfrutar la velada. En invierno se suspendía ocasionalmente la función por los fríos inclementes.

Guardo con vívido recuerdo una función sabatina. En la pantalla Espartaco despedazaba romanos, con esa agilidad asombrosa que tenía Kirk Douglas. De pronto, en la fila anterior a la mía un hombre de edad madura, acompañado quizás por su hijo, comenzó a convulsionarse y cayó hacia adelante provocando gran estruendo. En menos de un minuto se suspendió la proyección.

—¡Un médico, un médico! —gritaba el acompañante del epiléptico.

Una mujer que dijo ser doctora ordenó con autoridad sacar y acostar en el pasillo al enfermo que, para entonces, ya llevaba un pañuelo en la boca. Se oyó el ulular de una sirena que se acercaba al cine, entraron dos socorristas, lo colocaron en la camilla y se lo llevaron cuando empezaba a recuperar la conciencia. Después, Douglas siguió con su lucha descomunal contra los soldados romanos. En Madera había otras dos terrazas, los cines Regio y el Popular, donde exhibían películas mexicanas y a las que asistían las clases medias bajas. Yo, que pertenecía a una familia media-media, según mi autocalificación, me colaba de repente a ver a Cantinflas, Resortes, Clavillazo, o al más grande, el inmortal Tin Tan, pero también a Tun-Tun, el enano, a Pedro Infante, Negrete, Armendáriz, al Indio Fernández, a Gastón Santos, al maldito de Wolf Ruvinskis, el Santo; o a las bellas María Félix, Silvia Pinal, Sonia Furió, María Antonieta Pons, Rosita Quintana, Vitola (no tanto), Libertad Lamarque. Tampoco me perdía las de gánsteres de Juan Oral. Como dije, de los siete a los diecisiete años fui un fidelísimo asistente al Alborada. Solo o acompañado, siempre disfruté, a través de esa ventana mágica, que es y sigue siendo el cine, el conocimiento de ficciones convertidas en realidad por mi aceptación. Imagen, sonido, trama y actuación dan vida a una realidad expectada, en la que voy evolucionando, desde mi condición ajena, el involucramiento gradual, parcial o total. Desde mi butaca estoy presto a participar sensorialmente o a mantenerme ajeno, como un juez frío e imparcial, que quizá rechace la invitación y califique

negativamente la película. La dulcería del Alborada estaba concesionada a un tipo nerviosón, de baja estatura, fumador de habanos, que se multiplicaba con sus ayudantes y en ocasiones era su propia familia quien le auxiliaba en atender a los clientes siempre numerosos.

Cuando salí de Madera aún funcionaba el cine Terraza Alborada. Después tuve noticia de que a mediados de los sesenta había sido incendiado por un fanático comunista, que al ser detenido confesó que lo hizo porque "era un centro de irradiación de la ideología capitalista y judía al exhibir películas norteamericanas que servían de propaganda en contra del proletariado". La boletera, furibunda compradora de cachitos de lotería, obtuvo un premio mayor equivalente a cincuenta años de su sueldo y se retiró a disfrutarlo. El terreno donde estaba construido el cine era propiedad de una hermana del empresario, quien lo había rentado por veinticinco años. Cuando falleció la señora, sus herederos reclamaron la entrega de la propiedad por vencimiento del término y ante la negativa de entregarlo se desató el litigio que al fin ganaron los verdaderos propietarios y lo remodelaron como salón de fiestas infantiles. Cuando paso por ahí sólo veo a la boletera, la entrada, las butacas y las figuras de los artistas que me hicieron feliz.

6



**LAS FIESTAS DE HERNÁN
SUÁREZ PECH**

Hernán Suárez Pech, vecino nuestro, había llegado a Madera desde su original Yucatán como gerente de una desfibradora de henequén, que había comenzado a operar, después de seis años de que don Zoilo Zorrilla, un empresario audaz, plantó en la región, en compañía de otros socios, un millón de hijuelos traídos por barco y tren desde la Ciudad Blanca.

Don Hernán, a quien mi padre se dirigía siempre como “mi querido yuquita”, no podía haber provenido de otro lugar del mundo: de estatura baja, blanco, regordete, cabezón, calvo, con su sombrerito de palma fina, y exhibiendo cada día una guayabera diferente, amén del acento típico de los peninsulares del sureste de México. Era un tipo amable, dicharachero, contador de bombas, romántico, no mal cantador, añorante de su querida Mérida. Tenía su “círculo yucateco” como le llamaba a una docena de paisanos emigrados para trabajar en la agroindustria del henequén. Pero Hernán Suárez Pech era memorable por los festejos de su cumpleaños. Se celebraba el primero de mayo, y además de sus paisanos invitaba a otros amigos o vecinos, como era el caso de mi padre, a quien acompañé algunas veces. Sobra decir que abundaba la cochinita pibil, los papadzules, los salbutes, los panuchos, el relleno negro, los frijoles puercos, la sopa de lima y otras linduras de la célebre comida yucateca. Siempre había un trío de trovadores que entonaba canciones típicas del sureste y de la trova cubana. Hernán, aun y cuando sus invitados ya lo sabían, siempre advertía:

—Mis fiestas duran doce horas, de la una de la tarde a la una de la mañana.

Y así era. A las doce cincuenta y cinco estaba ya en la puerta despidiendo a todo mundo. Cuando iba de vacaciones a su tierra regresaba reconfortado, traía comida yucateca, ropa, discos con nuevas canciones, y plástica, mucha plástica de su familia y de los lugares que había vuelto a visitar. A mí me encantaba escucharlo decir sus bombas, de las que recuerdo una en especial, picosa como todas las de su género. Decía:

—“En esa boquita hermosa, que te ha regalado Dios, no hay ningún labio inferior, son superiores los dos. ¡Bomba!”, gritaba el simpático yucateco.

Hernán Suárez Pech, aunque yucateco, había casado con Martina, una nortea guapetona, inteligente, quien había adoptado el estilo yucateco para beneplácito de su marido. Cocinaba como la mejor del Mayab, usaba ropa de aquellas tierras, hasta el acento había modificado. Tuvieron seis hijos. Tres varones y tres mujeres, a quienes bautizaron con los evocadores nombres de Popolvuh, Bonampak y Tizimin. Las mujeres no escaparon a la excentricidad de su padre: Mérida, Itzá y Peregrina. Se convirtieron todos en un recordatorio perenne de la raza maya. En esas doce horas de febril éxtasis yucateco de sus fiestas Hernán cantaba, bailaba, declamaba, contaba anécdotas y bombas. Era un agradable torbellino que reunía a su público en la sala de su casa, cual si fuera un habilitado anfiteatro que glorificaba a su artista, único, genial, irrepetible.

7



LA LEGIÓN VETERINARIA

Cuando se abrió en Madera la Escuela Nacional de Veterinaria comenzaron a llegar estudiantes de diferentes partes del país y del extranjero. Prosperaron las casas de asistencias, se ocuparon cuartos de casas de huéspedes y hoteles baratos para albergar a los recién llegados y a los que vendrían en los años siguientes. Las muchachas comenzaron a arreglarse mejor, la afluencia en las tardeadas de la plaza Vencedores, comenzó a animarse. En fin, la ciudad inició una perceptible dinámica, con la inyección de un centenar de nuevos jóvenes habitantes.

Fue en esa época, en la propia calle Ocampo, donde vivíamos, cuando una casa sombría, de dos plantas y abandonada por años, la cual se rumoraba había sido escenario de una tragedia en la que un hombre mató a su esposa, a sus dos hijos y luego se suicidó, se aceleraron los trabajos de remodelación del inmueble y en cuestión de un mes se llenó de estudiantes. Gracias a que uno de ellos, Lucas, procedente de Durango, apareció como novio de mi hermana Lucrecia, comencé a saber más sobre la casona ahora convertida en residencia estudiantil. Me platicaba Lucas que en la madrugada se escuchaban lamentos y alguien aseguraba haber visto cruzar el jardín a una mujer de luto. Eran dieciocho los estudiantes que la habitaban. Habían acordado que cada uno de ellos llevara la administración de la casa por un mes. No invitar o llevar mujeres a la casa. Contratar a tres empleadas mayores de cincuenta años para encargarse de la cocina, la lavandería y el aseo de los cuartos. A través de mi proyecto de cuñado, con el que empaticé rápidamente por ser también como yo amante del fútbol, pude conocer a cada uno de los habitantes de la “casa encantada”, como se le identificó luego. Llamaba la atención un mocetón norteño de Chihuahua a quien apodaban el Torote, de 1.90 de estatura, fornido, y con el tatuaje de un toro de lidia en el antebrazo izquierdo, quien pronto destacó en el fútbol americano. Su físico contrastaba con su voz delgada y chillona, que por respeto o temor no le hacía a uno reírse o por lo menos sonreír al advertir aquel cómico contraste. Ahí escuché por primera vez las palabras bato, morra, chavalillo y otras expresiones típicas del noroeste mexicano. Según Lucas, el primer problema a resolver fue el reparto de los calcetines, ya lavados, de dieciocho estudiantes, después de un prolongado “debate” en la “asamblea”, como le habían dado en llamar

a la reunión de los estudiantes para decidir temas relacionados con la convivencia diaria, la solución la dio un callado estudiante de San Luis Potosí, a quien apodaban el Pinolillo, quien propuso, y fue aceptado por unanimidad, que en la parte superior de los calcetines se pusieran las iniciales del nombre y apellidos de todos y asunto arreglado. En la casona de los estudiantes sucedían eventos inesperados y jocosos, que se tornaban memorables producto de la inventiva de los jóvenes, como aquella borrachera en la que después de haber lavado a conciencia el tinaco de la casa, lo llenaron de coca cola, ron, hielo, y con sólo abrir cualquier llave de la casa se podía llenar el recipiente y hartarse de cubas. Lucas me hizo tío, el cabrón, antes de recibirse y ahora es mi cuñadito querido. Regresó a su tierra, pero no me gusta visitarlo, porque le dio por tener de mascotas, tortugas, cuyos y una impresionante boa constrictor, que sólo de verla me arrugo todito.

Conocí a otro personaje en esa casa de estudiantes a quien le decían el Güero Copo, por dos sustentadas razones: su piel blanca, el pelo rubio con atisbos pelirrojos y porque llevaba el exclusivo grecorromano nombre de Procopio. En el cuarto que compartía con otros dos estudiantes, tenía en la pared señalamientos de tránsito que se robaba en las calles. Alto, flechas señaladores, símbolos de "No estacionarse", placas vencidas. Al menos una docena de ellas documentaba su cleptosignomanía. Después de muchos años, cuando paso por ahí, inmediatamente mi mente despliega imágenes de mis vivencias con los estudiantes de aquella casona. Lo que sucedió con la mayoría de ellos es un enigma. Sólo conozco, gracias a mi cuñado la ubicación y el quehacer actual de unos cuantos.

Estoy seguro de que si se hubiese hecho una encuesta sobre el siguiente destino ocupacional de la casona nadie hubiera acertado. Ahora era un espacio de culto cristiano, con el bíblico nombre de "El verbo se hizo carne", nominación que me arrancó una malévola sonrisa, al asociar la palabra carne con la profesión que estudiaban los que ahí vivieron. No volvió a hablarse de apariciones, ni de extraños ruidos. Aún sigo buscando la respuesta a si fue una mera casualidad o alguna inefable conexión atemporal.

8



LOS ECOS DEL CONVENTO

Don Jacinto Parra era muy conocido en Madera. Dueño de una docena de viejos y destartalados autobuses que prestaban servicio en la ciudad y zonas suburbanas. Viudo, con tres hijos mayores de edad que laboraban en el negocio familiar, comentaba, cuando acudía puntual a las dos de la tarde al bar El Oasis, que no tenía problema económico, su salud era buena a los sesenta años, pero se sentía solo. Había analizado la situación de ciertas damas casaderas, tanto por viudez como por soltería y quienes le gustaban no querían y las que querían, no le gustaban. Un dilema se presentaba al señor Parra: resignarse a su incómoda soltería o salir a buscar a otro pueblo o ciudad de la región. Había enviado un aviso a una revista del corazón exponiendo su situación, pero sin respuesta alguna hasta entonces. También pedía a sus conocidos que le avisaran si sabían de alguien que tuviera el perfil que él requería, y podían ganarse algún dinerito. Así transcurrieron los meses, sin que Parra tuviera claro el panorama. A las que descartaba como candidatas, sin que lo hiciera explícito, les encontraba defectos insalvables: “¡Uy, qué vieja!”, “demasiado joven”, “excesivamente gorda”, “enojona”, “sin educación”, “con familia complicada”, “olor desagradable”, “parlanchina”, “lela”, “fodonga”, “interesada”, “coqueta”, “enfermiza”, “mocha”, “atea”, “muy morena” y un sinnúmero de adjetivos que fundamentaban sus juicios lapidarios e inapelables. Una mañana, mientras se rasuraba en el patio de su casa bajo la sombra de un aguacate a donde hacía llevar un espejo que un mozo colocaba justo en el nacimiento de dos ramas y frente a una poltrona con lavamanos y agua caliente —una costumbre heredada de su padre—, le avisaron que tenía una llamada telefónica de su compadre Cástulo Cariño, persona de alta estima del señor Parra, por lo que acudió presuroso, con media cara enjabonada.

—¡Compadrito, qué gusto saludarte! —dijo Parra—, a tus órdenes como siempre.

Durante los siguientes tres minutos Parra mantuvo su boca cerrada, pero fue efusivo en su mímica, abrió los ojos, alzó las cejas, sonrió, asintió con su cabeza, fijó su mirada en el suelo, en el techo, en el horizonte, donde una afanosa sirvienta barría la calle frente a su casa. Por fin tomó aire y dijo.

—Me late compadre, me late, estoy más que puesto para conocerla. ¿Cómo dices que se llama? Priscila... Mmmhhh, me cuadra también el nombrecito.

Se trataba de Priscila Mayorga Peinado, ingresada a los catorce años de edad al convento de las Madres Trinitarias donde después de veinte años de internamiento, de levantarse a las cuatro de la mañana para los primeros rezos, haber recorrido todas las actividades del sacrosanto lugar, fregado pisos, arreglado el jardín, trabajado años en el taller de costura, en la cocina, sabía hacer rompopo, panecillos, pasteles, velas de cera, en los últimos dos años su espiritualidad había sufrido severos ataques del llamado de la carne y puesto a prueba su vocación conventual, hasta buscar congruencia con sus íntimos deseos y colgar los hábitos en el último verano.

Todo ello había sido del conocimiento de don Cástulo, quien guardaba cierta amistad con la familia Peinado, e inmediatamente pensó en su compadre, el señor Parra, como un posible candidato para satisfacer los deseos de Priscila Mayorga, de contraer matrimonio tan pronto como fuera posible, porque todavía se sabía, y era así, estaba en edad de merecer. Todo fue conocerse y ponerse de acuerdo. Durante el noviazgo, si pudiera llamarse a las tres ocasiones en que se encontraron previas a la boda, en las que hablaron de generalidades, siempre coincidieron en que, por ahora, casarse era lo que convenía a ambos, por las particulares razones de cada uno. Asintieron en que el amor vendría después, con el trato diario, las atenciones, las buenas maneras y los mimos que prometía el señor Parra y la entrega plena que como esposa ofrecía Priscila, semejante a la que antes había ofrendado a las cosas de Dios. Con tan prometedores augurios se celebró la boda religiosa en la iglesia local y el banquete en un salón de fiestas. Si bien no hubo derroche, tampoco se asomó la austeridad en aquella fría tarde de otoño. El viaje de bodas, tan sólo de una semana, fue a un destino de playa del sureste. El largo encierro de Priscila en el convento le había dado valiosas especialidades en varios oficios, pero en contrapartida le había inhibido del conocimiento y la experiencia que en otras lides tenían las mujeres de su edad. Después de la noche de bodas, ambos con caras risueñas y complacientes bajaron al restaurante del hotel a

desayunar. Luego de revisar detenidamente la carta, le preguntó don Jacinto a su flamante esposa.

—¿Qué quieres pedir?

—Un poco de fruta y unos huevos al gusto.

La pregunta del mesero no se hizo esperar.

—Sí, señora, pero, ¿cómo los quiere?

Y ella, segura de sí misma, reiteró:

—Al gusto, como dice aquí.

El mesero y el señor Parra trataron de esconder infructuosamente una leve sonrisa, para no ofender a Priscila. Inmediatamente entró al rescate su esposo, repreguntando:

—¿Rancheros, revueltos, a la mexicana?

Hasta que ella comprendió el lenguaje cifrado que sólo una anterior vivencia le hubiese revelado.

Cuando regresaron a Madera los votos de obediencia, que alguna vez profesara Priscila en el convento, al igual que los de castidad pronto fueron superados y si bien se mostraba atenta y solícita con Jacinto Parra, poco a poco mostraba una personalidad con carácter, largo tiempo reprimida, en busca de su propia opinión y decisión, especialmente en las cuestiones propias del hogar. Con la anuencia de Parra, remodeló la casa, se deshizo de los viejos muebles, mandó tumbar muros, compró cuadros, ordenó iluminación donde faltaba, renovó el jardín. Si bien en el convento realizaba una intensa tarea, parecía que quería recuperar el tiempo perdido o utilizado de otra manera, por lo que había entrado en un febril activismo, sin que mostrara signos de cansancio. Jacinto Parra la dejaba ir y venir a su aire, sintiendo un secreto gozo en que su flamante esposa le hiciera olvidar tantos años de sufrimiento, enfermedades, pleitos, y demás calamidades con su anterior mujer. La luna de miel, parecía prolongarse. Después del primer año de matrimonio surgió la primera discusión. Priscila quería un hijo, que si bien descartaba el embarazo por su edad, veía la adopción como una vía idónea para satisfacer tan legítimo deseo. Tema que nunca había sido tratado en el breve noviazgo, ni en los meses de matrimonio. Desde la primera insinuación que le hizo Priscila Parra atajó el avance de la negociación.

—Eso sí que no, ni tú ni yo estamos para cuidar niños chiquitos. Olvídate de ese tema. Tienes muchas actividades en qué entretenerte. Pídeme cualquier otra cosa, menos eso.

Después de un mes de casados Priscila confesó a su marido que lo único que extrañaba del convento era a su guía espiritual y confesor, el padre Frías, un varón que frisaba los cincuenta años de edad, alto, pelo entrecano, de modales refinados, voz suave y convincente con base en argumentos debidamente estructurados. Había estudiado la mitad de su carrera sacerdotal en Roma y destilaba ese aire mundano y cosmopolita que entrega la vieja Europa a quienes se atreven a recorrerla y con mayor razón a permanecer ahí por varios años.

Visitaba el convento cada semana y permanecía ahí todo el día, confesando y platicando, ya sea en grupo o en forma individual con las novicias entre las que distinguía sutilmente a sor Maricruz, nombre religioso con el que se identificaba a Priscila Mayorga Peinado. Vistos estos antecedentes, obtuvo el consentimiento de su esposo para que cada mes la visitara el padre Frías, recibiera su confesión y le entregara aquellos consejos espirituales que tanto bien hacían a la recién casada. En ocasiones el padre Frías invitaba al señor Parra a platicar y poco a poco fue ganando su confianza. El sacerdote visitaba mensualmente a la ex monja, sin que importara si el marido se encontraba o no en el pueblo. Ello provocó inevitablemente que se comenzara a murmurar sobre un posible entendimiento carnal, más allá del mero encuentro religioso y espiritual. Asero nunca probado, y menos admitido por alguno de los presuntos partícipes, condición que no acredita su inexistencia. Por lo tanto, ha ingresado ipso facto al dilatado universo del enigma.

Cuando Jacinto Parra quedó viudo en forma repentina, ya que su mujer, Rosaura, no acusaba enfermedad aparente, se especuló que fue asfixiada por su marido, en uno de aquellos feroces pleitos que tenían cada vez con mayor frecuencia. Parra era hombre influyente. Amigo del gobernador del estado, prestaba sus camiones incondicionalmente cuando se requería transportar gente a mítines políticos, informes y otros acarreos. Por lo mismo no se hizo autopsia al cuerpo de Rosaura y el parte oficial fue que murió por un ataque cardíaco. Cinco años después de que Priscila lo abandonara,

el convento de las madres trinitarias se vino abajo en un temblor que lo convirtió en ruinas, con la fortuna de que esa tarde la mayoría de las monjas habían ido a un día de campo y se decía que la mano divina las salvó de una muerte segura. Como apunte curioso varios días después, en la remoción de los escombros del convento se advirtió que, empotrados en las gruesos muros de adobe, había varios esqueletitos de nonatos.

9



EL CHINO APARENTE

Los primeros extranjeros que conocí en Madera, mi ciudad, fueron árabes, españoles y chinos. Con el genérico de árabes se englobaba a libaneses, verdaderos árabes, turcos, egipcios, sirios, palestinos o a cualquiera otro procedente del Medio Oriente. Los españoles o gachupines no admitían distinción, procedieran ya de Galicia, Asturias, Andalucía, el País Vasco, Castilla, Canarias o Madrid. Y chinos o chales eran los hijos del legendario país, al igual que japoneses, coreanos, filipinos o tailandeses. Cualquier persona con ojos rasgados aplicaba para el gentilicio. Cuando entré a cuarto año de primaria mis padres me cambiaron de una escuela pública a un colegio particular y ahí conocí a Alfredo Chung García, hijo de Tung Chung, nacido en China y de Amancia García, mexicana de nacimiento. El padre de Alfredo, había llegado a México cuando cumplió dieciocho años, con dos hermanos mayores que él. Al salir de clase comenzamos a caminar con el mismo rumbo y después de dos cuadras le pregunté,

—¿Y tú donde vives?

—Aquí adelantito —dijo—, en la calle Ocampo.

Vivía a tres cuadras de mi casa, pero nunca lo había visto, ni a su familia. Al correr de los años nos hicimos amigos y fuimos compañeros hasta la secundaria. Yo visitaba su casa o él la mía. Un día mi padre me preguntó.

—Oye, ¿ese amiguito tuyo no es hijo del chino del café Pekín?

—Creo que sí —le dije—, porque Alfredo me platica que los sábados por la tarde va a ayudar a su padre en ese negocio.

Alfredo tenía solo dos hermanas, una pequeña, muy bonita y otra, mayor que él, fea, alta, desgarbada, con los pómulos prominentes y unos dientes chuecos que le hacían taparse la boca cuando hablaba. Alfredo había heredado ese aire misterioso, parco, impávido de los orientales. Nunca le escuché una risa fuerte, menos una carcajada. Lo más que concedía era una leve sonrisa que le hacía cerrar sus pequeños y oblicuos ojos. Aguantaba bromas pesaditas y comentarios mordaces de la jauría de compañeros y su defensa era el silencio, inalterable, sólo respondía con la gradualidad de su enigmática sonrisa.

El café Pekín era famoso en Madera. Sus bísquets de harina de arroz atraían a decenas de parroquianos. El menú era binacional, tanto el típico chop suey con arroz frito, como las enchiladas o el caldo de

res. Junto a la caja, donde una empleada menudita y sonriente cobraba los consumos, había una vitrina destartalada a la que le faltaban varios cristales y donde se exhibían, pays de mango, de fresa, flanes o pasteles, ante los cuales uno dudaba si eran con pasas o tenían moscas aterrizadas sobre los mismos. Otra broma hiriente de la que era objeto Alfredo era que cuando llegó su papá a México envió su pasaporte a China, y así fueron llegando todos sus hermanos, porque por sus rasgos, parecían la misma persona. Y mi amigo impasible, regalándoles tan sólo su sonrisa giocondiana.

Lo que pocos sabían era que Tung Chung era hijo de un pobre obrero de Shanghái. Había sido seleccionado por su padre para partir a Estados Unidos, ganar dinero y llevarse poco a poco a sus cinco hermanos. México era sólo la antesala de su destino, según las instrucciones de su padre. Pero conocer a Amancia García y sus dieciséis años cambió su destino. Cuando comenzó a mandar dinero a su padre y a traer a sus hermanos el anciano consintió en que se quedara acá.

10



LOS JUEGOS DE LA FE

En mi barrio, exactamente en un predio que ocupaba media manzana destinado a un establo, de pronto fueron removidas las vacas y los viejos corrales hechos de adobe, y comenzó a construirse un templo católico. Como mi familia tenía una casa grande y un patio con frondosos árboles, dos sacerdotes pidieron hablar con mi madre y le informaron que eran jesuitas y habían recibido la encomienda del obispo de construir un templo católico en el lugar mencionado, que se consagraría primero como capilla y posteriormente sería la iglesia de san Ignacio, en honor del fundador de la compañía de Jesús, por lo que solicitaban que el próximo sábado por la tarde les permitiera hacer una reunión en el patio de nuestra casa a la que invitarían a todo el vecindario. Mi madre, devota de la virgen de San Juan de los Lagos, rezandera puntual del rosario y lectora pertinaz de la Biblia, les ofreció además de un cafecito en la sala de nuestra casa, una amplia sonrisa de aprobación, sin consultar siquiera con mi padre, que si bien no era devoto, tampoco se oponía a su religiosidad. Me parece que fue el último sábado de mayo, porque el verano ya se asomaba, el día había sido caluroso, pero a las seis de la tarde, hora de la convocatoria, el noventa por ciento de las sillas, estratégicamente distribuidas bajo las sombras de los aguacates, del mango, del naranjo y del nogal se encontraban ocupadas. Los curitas, que se presentaron como el padre Javier y el padre Salvador estaban de pie al frente en un lugar visible junto a una pequeña mesa que mi madre había facilitado, cubierta con un mantel blanco. Yo me había sentado sobre unos bultos de mazorcas que le habían regalado a papá. Primero habló el padre Javier, el más joven, quizás de unos treinta años de edad; agradeció la asistencia de todos y a mi mamá por haber prestado su casa para la reunión, y dijo que todas esas acciones Dios las toma en cuenta, lo que motivó que mi madre regalara a los asistentes una amplia sonrisa de complacencia. Luego explicó el motivo de la reunión, que no era otro que lo que ya se sabía, la erección de un templo dedicado a san Ignacio para propagar la doctrina cristiana, honrar a Dios, y hacer que las familias fueran más felices, practicando los mandatos de la Santa Iglesia Católica, su moral, y las enseñanzas de Jesús. Yo estaba atento, no perdía palabra, y observé que más de una señora utilizó el pañuelo, trapo, papel o a mano limpia para

sonarse, atrapar lágrimas furtivas, o aclarar la garganta con un discreto carraspeo. Cuando intervino el padre Salvador pidió la cooperación de todos, tanto en numerario, en la medida en que Dios nuestro señor le dé, señaló, como en organizar rifas, tómbolas, cooperaciones, visita a posibles donadores, vendedores de materiales y de cualquier forma que pudieran hacerlo. Dijo que la Iglesia iba a ser de todos, que ellos sólo venían a servir con todos los auxilios espirituales que se requiriesen, y que el próximo 31 de julio, día de san Ignacio, habría una gran kermés en el lugar donde se construiría el templo y para ello era conveniente crear un comité, solicitando por ahora nombres de personas para hacer una lista y posteriormente citarlos a una reunión y formalizar el mismo. Enseguida se anotaron ocho mujeres y dos varones, lo que provocó una sonrisa discreta en ambos sacerdotes.

La kermés fue un gran éxito. Había más de doscientas personas distribuidas en tres largos espacios enlonados para guardarse del sol. Pronto se agotó la vendimia de tamales, comida de todo tipo, asado de puerco, arroz, pescado frito, burritas, postres diversos, aguas de sabores, juegos de mesa, rifas, lotería, tómbola, venta de artículos usados, pero en buenas condiciones, todo donado por lo fieles. En un par de meses estaba ya lista la cimentación de la iglesia. De septiembre a diciembre se subieron los muros, con sus traveses y castillos. El año siguiente se techó, se hizo el repellado general y los pisos; entraron los ebanisterías a preparar el altar mayor y los pintores a dibujar figuras celestiales, estatuas de yeso de santos, confesionarios, bancas, y mil detalles que parecían no acabar. Por fin, cinco años después de haber puesto la primera piedra, el señor obispo consagró aquel templo de la cristiandad con una misa solemne y concelebrada. Y el clero empezó a tejer la sutil red de seducción: las hijas de María Dolorosa, los Caballeros de San Ignacio, los niños de las vanguardias, con himno y todo, el círculo de obreros católicos, las misioneras de la juventud, las damas catequistas, las de Acción Católica. En los siguientes cinco años se consolidó una actividad febril, con reuniones semanales de los grupos y trabajo intenso de los sacerdotes, que no se daban abasto para celebrar misa, confesar, casar, bautizar, asistir enfermos y organizar peregrinaciones. Sólo algunos viejos socarrones y los masones no atendieron los llamados

espirituales para sumarse a la congregación. El padre Javier era galán, blanco, de ojos azules y cejas pobladas, alto, delgado, de sonrisa fácil y encantadora, con la difícil sencillez de los cultos y humildes y siempre dispuesto a escuchar y ayudar. Su confesionario recibía a jovencitas y señoras de las cinco a las seis de la tarde y comenzaron los comentarios de que era amante de una joven viuda, a quién recibía en la sacristía y en su oficina y platicaba con ella un par de veces por semana. Ante el avance de las habladurías, un día desapareció de Madera aquella mujer. Afirmaban algunos que resultó embarazada y fue a parir a la capital, donde continuaba viéndola el padre Javier. Al año siguiente este jesuita fue enviado como misionero a África. Siguió el padre Salvador, quien fue acusado de hacer tocamientos a algunos niños y jóvenes y también enviado a misiones a la sierra. Fueron reemplazados por dos religiosos, mayores de sesenta años. Desde entonces dejé de ir a misa.

Después de la partida del padre Javier hubo dos o tres divorcios en Madera a raíz de las revelaciones de Jacintillo, el sacristán, quien maltratado por los jesuitas, acusado constantemente de robar limosnas, sin vacaciones y despedido un día sin indemnización, guardaba un arraigado rencor a sus jefes y sabía bastantes secretos, que fue despepitando, entre verdad y mentira, y enlodó lo suficiente el recuerdo de los curas y de paso alteró la vida dulzona de varias conocidas familias de Ciudad Madera.

11



VIDA Y MUERTE DE MR. KELLY

En la última casa de la calle Ocampo, hacia el oriente, justo junto al río San Lucas, vivió míster Kelly, de quien nunca supe su nombre, en un amplio terreno de una hectárea, con un letrero en inglés al frente, "Happy Jungle". Era un personaje singular. Vestía camisas vistosas tipo hawaiano, con palmeras, aves, animales, paisajes lacustres, ambientes selváticos, y siempre acompañado por un pequeño mono araña sobre sus hombros. Hablaba con acento español. Decía chaval por muchacho, vos por usted, joder por carajo, coger por agarrar, chalado por loco o fósforo por cerillo. Sonreía fácilmente y parecía estar de buen humor siempre. Contaba sin ambages que era originario del estado de Oklahoma en Estados Unidos, hijo de padre militar, ex combatiente de la guerra de Corea, piloto aviador y enamorado de México, al que conocía mejor que muchos. Recibía pensión del gobierno americano y criaba puercos, gallinas, gansos; tenía también una fosa con seis cocodrilos. Cultivaba mangos, aguacates, ciruelos, naranjos, limoneros, y en otra sección había flores de ornato, rosales, lirios, gardenias, claveles y hermosos girasoles. Con la ayuda de una pareja que ahí vivía, estaba siempre laborando, mantenía todo limpio y en orden. Vendía la mayor parte de su producción. Hacía jamón, embutidos, mermeladas. Por la tarde en una pequeña palapa, tomaba café y escribía sus memorias. Mr. Kelly fue la primer persona a quién le vi un tatuaje. Era una cobra que ocupaba toda la parte interna del antebrazo izquierdo. De tarde en tarde, solía recorrer las calles de Madera en su vieja Harley Davidson llevando en el asiento trasero a niños o jóvenes, hombres o mujeres, que aceptaban su invitación para pasear. Ocasionalmente lo visitaba algún gringo. Había vivido cinco años en diversas provincias de España, como instructor de la Fuerza Aérea Española. Solía decir "me gusta el carácter suave de los mexicanos, no son gritones como los gachupines. Aunque menos instruidos son mas educados, corteses y amables. Por eso escogí México para vivir el resto de mi vida". Mi país, decía, "es una nación de enfermos, que sólo piensan en el dinero y en la guerra." Disfrutaba cuando alguien le pedía conocer su lugar y hablar de lo que tenía y lo que hacía diariamente.

Un domingo por la mañana, temprano, mientras me disponía a jugar futbol en la calle escuchamos el característico ulular de la sirena, y de pronto apareció en nuestra calle una julia de la policía, seguida de

una ambulancia a toda velocidad y se detuvieron frente a la finca de Mr. Kelly donde, hasta entonces nos percatamos, ya había un grupo de ocho o diez curiosos. En ese momento pasaba Chepo, el voceador del único periódico de Madera, El Alfiler, a quién le pregunté, ¿qué pasó allá?, señalando a la casa del señor Kelly. Su respuesta fue como una descarga eléctrica: “Anoche mataron al gringo”.

Por el periódico y los chismes de los vecinos alguien conocía las rutinas de la finca y sabía que la pareja de ayudantes salían el sábado por la tarde para regresar el lunes temprano, aprovechó la circunstancia para introducirse a la casa y aunque la vigilaban dos pastores alemanes, estos fueron envenenados y de esa manera el o los asesinos le dieron un balazo y lo remataron a cuchilladas. Parece ser que le robaron una buena cantidad de dólares, porque Mr. Kelly no confiaba en los bancos y guardaba su dinero en una caja fuerte empotrada que también desapareció. Otros circulaban la versión de que era gay y que fue su amante quien lo asesino. De enigmas está llena la vida y éste es uno más.

12



LA OPULENCIA Y SU SOMBRA

Aquel sábado por la mañana se estacionó frente a mi casa una camioneta tipo guayín americana de modelo reciente. El chofer se bajó, tocó la puerta y cuando mi madre salió, le preguntó por su esposo. En unos minutos apareció mi padre, se despidió de mi madre, saludó con reverencia a don Lucrecio del Valle, un individuo regordete de ojos negros y pequeños, nariz levemente aguileña, extensos cachetes, pelo engomado hacia atrás, sonriente y perfumado, quien permaneció cómodamente sentado en el asiento del copiloto. Este protocolo se repetía cada mes. Don Lucrecio vivía en la capital del estado y era propietario de un rancho ganadero en las faldas de la sierra, a donde acudía para supervisarlos y mi padre además de acompañante en sus visitas, era una especie de administrador informal, que proveía al mayordomo y a los vaqueros de alimentos, enseres, y todo lo que hiciera falta para la operación de la finca. Mi padre se comunicaba por radio con Babilonio, el encargado del rancho y en su camioneta les llevaba lo necesario. Cada mes hacía cuentas con mi padre y así iban caminando las cosas. En algunas ocasiones acompañé a mi padre a El Tejón, que era el nombre del rancho de don Lucrecio. Tenía una casita tipo americano de madera, con su porche al frente y a cierta distancia estaban tres casas iguales de mampostería, donde vivían en cada una, el mayordomo y dos vaqueros con sus familias. Del Valle tenía una finca muy productiva. Más de quinientos animales de la raza Hertford, doscientos cincuenta marranos Yorkshire y una nave con más de dos mil ponedoras. Todo funcionaba bajo la mirada y mano férrea de Babilonio Pereda, un mocetón alto, moreno, de facciones finas, con mirada de águila, que montaba un cuaco tordillo de gran alzada, o manejaba un viejo jeep en el que parecía estar en todas partes. Pereda trabajó varios años en ranchos de Texas y había aprendido maneras de administrar con excelente resultado. El lugar, desde que lo adquirió don Lucrecio de una viuda vieja y achacosa, cambió de nombre y dejó de llamarse Hualala, que al parecer en un dialecto de las islas hawaianas que quiere decir paraíso o algo semejante. Lucrecio del Valle había recorrido medio mundo. Dueño de una plática interesante y atractiva, atrapaba a sus interlocutores cuando comenzaba a recordar sus viajes a Grecia, a Rusia o a América del Sur. Del Valle era un hombre

de ciudad, con orígenes rurales, de donde le provenía esa nostalgia por lo campirano. Su padre, hacendado porfiriano a quién la Revolución “lo dejó como ay”, según feliz expresión de un viejo ladino mirando hacia el suelo pelón que lo circundaba. Su fuerte eran las relaciones políticas y las mujeres, amigo de diputados, presidentes municipales, grillos y demás fauna. Tenía a su esposa y su amante oficial, Ofelia. Dormía indistintamente en la casa de cada una de ellas, sin que la otra protestara o hiciera mala cara. Con cada una tenía cinco hijos, que se trataban entre sí. Los hijos de una le decían “madrina” a la otra y entre ellos se identificaban como hermanos. La mayoría eran adolescentes que aparentemente aceptaban sin zozobra la especial condición de su familia. Don Lucrecio era una fábrica de anécdotas y frases con las que remataba parlamentos y sentenciaba. Gustaba decir siempre la última palabra. Ante el agotamiento del diálogo o debate, disfrutaba la sensación de que siempre lo acompañaba la razón. Recuerdo una de las que más le regocijaban. Decía pomposamente blasfemo: “En dos cosas se equivocó Dios, en ponernos las pantorrillas en la parte posterior de las piernas, cuando los golpes los llevamos en las espinillas y la otra en que resultaba inútil que lloviera en el mar.” Y estallaba en una carcajada profunda, sonora, asegurándose de ser él quien primero festejaba la gracejada.

La familia de Babilonio Pereda eran su mujer, su suegra y dos chiquitines. Cuando don Lucrecio permanecía un par de noches en El Tejón, que era lo más que aguantaba, Chonita, la suegra de Babilonio, era quien preparaba platillos especiales que le gustaban al patrón, que no se cansaba de alabar la buena mano de la cocinera. Con el caldo de res, las enchiladas rojas, el pan de elote y el cortadillo se hubiera podido envenenar fácilmente a Lucrecio del Valle. Le llamábamos todos Chanito, porque su nombre real era Graciano. Hijo mayor de don Lucrecio, con su esposa Margarita. Tenía gran parecido con su padre, gordinflón, bonachón y amigo del menor esfuerzo. Cuando él iba al rancho Don Lucrecio me invitaba también a mí. Disfrutaba yo andar en los corrales y en las porquerizas mirando el ganado. Él prefería quedarse en la casa, sentado, tomando refresco. Lo que sí hacíamos juntos era practicar el tiro al blanco. Colocábamos varios envases de lata o de vidrio a diez

pasos y con un revólver calibre 22, nos terminábamos una caja que contenía cincuenta cartuchos. Él era bueno en eso. Le gustaba mostrar su habilidad, pero en cualquier ejercicio físico yo lo superaba.

Así transcurrieron más de quince años, en esa relación de trabajo, amistad y buen entendimiento entre mi padre y don Lucrecio. Sus negocios y El Tejón le dieron a ganar mucho dinero, que el viejo gastaba a manos llenas, pero le sobraba bastante y según platicaba mi papá tenía dinero en Estados Unidos y más de mil centenarios de los que era coleccionista.

Fue un sábado de invierno, cuando mi padre llegó a la casa agitado y nervioso. Le dijo a mi madre:

—Murió don Lucrecio anoche.

—¿Cómo, cuándo? —alcanzó a musitar mi mamá.

—En la capital, no sé los detalles todavía.

Efectivamente, un ataque al miocardio privó de la vida al próspero hombre de negocios Lucrecio del Valle Rivas a los setenta y cinco años de edad. Fue sepultado con mariachis como lo había deseado siempre. Comenzó la rebatinga. Aquellas dos familias que tan bien se llevaban se volvieron enemigas irreconciliables. El ganado del rancho se remató al postor más inmediato. A ciencia cierta sólo Lucrecio del Valle sabía los bienes que tenía. Las cuentas de banco no tenían beneficiarios. Cada familia nombró su abogado y estos comenzaron a lo suyo, a pelear y a cobrar. Yo salí de Madera y sólo de vez en cuando preguntaba a mi padre, quien me daba ciertas noticias de cómo se iba consumiendo la fortuna de don Lucrecio. Hace seis meses, por mera curiosidad tome una pick-up y fui a lo que fue el gran rancho El Tejón. Me encontré con un letrero que anunciaba “Ejido La Gloria. Bienvenidos”. Miré un espejismo de lo que fue. La imagen de mis años de niño se tornó en páramos y muchas casuchas de palma. Pasé cerca de un gran mezquite, donde varios ejidatarios, supongo, acompañados de un fara fara, tomaban cerveza y parecían alegres.

Don Lucrecio del Valle murió en un cuarto de hotel de la capital, efectivamente de un infarto al miocardio acompañado de una actricita, que era su novia en turno. A pesar de que mi padre le insistió en que hiciera testamen-

to, siempre se rehusó a ello, diciendo que como quiera se iban a pelear sus hijos y sus mujeres, rubricando su afirmación con una sonora carcajada, de las que acostumbraba. Casi presintiendo su próxima muerte, lo que sí hizo fue dejar en fideicomiso el dinero suficiente para hacer una capilla dedicada a san Judas Tadeo, que había sido el santo de adoración de su madre.

13



EL PAN DE LA PANACEA

Entre las cinco y seis de la tarde, La Panacea, que era el nombre de la panadería de mi barrio, despedía uno de los olores más subyugantes que he experimentado. Como abejas al panal, arribaban hombres, mujeres y niños a comprar conchas, donas, huesitos, banderillas, cocoles, chilindrinas, orejas, marranitos y bolillos, entre otras linduras. Don Matías y sus dos hijas eran quienes atendían a la clientela. Entonces no había estantería al exterior, sólo un mostrador. Los anaqueles con el pan estaban a espaldas de los despachadores. El cliente iba pidiendo, dos conchas, tres donas, cuatro bolillos y mentalmente quien despachaba llevaba la cuenta, cinco ochenta, nueve cincuenta, y el cliente pagaba a quien cobraba frente a la registradora. Así era el movimiento en La Panacea.

Don Maty era un hombre chaparrito, medianamente gordo, casi calvo, con unos ojillos vivarachos y un bigotito recortado. Era sumamente cuidadoso en escoger todos los materiales que utilizaba en la elaboración de su pan. La harina, el azúcar, la manteca tenían que ser de la mejor calidad. Horneaba con leña de ébano, mezquite, o palo mulato, que semanalmente le entregaban en su negocio. A las cuatro de la mañana se levantaba y a las seis en punto entregaba tres costales de bolillos a la presidencia municipal, para las comidas de los reclusos y otros tres costales al Hospital Civil. Los primeros los recogía una camioneta de policía, de las que llamábamos julias y los otros una ambulancia con sirena abierta. Así pasaron los años y si bien las ventas no eran espectaculares daban para ir jalando. Don Maty y sus dos hijas vivían bien.

Fue en un verano de los años sesenta cuando apareció el primer minisúper en el barrio. Don Maty no advirtió de inmediato que le iba a hacer sombra, porque aparentemente su línea de ventas era otra, pero con el tiempo comenzó a notar una ligera disminución de sus ingresos. Y era que el pan de caja, los pastelitos, los pingüinos, el pan glaseado, o las donas prefabricadas le estaban afectando. Don Matías respondió con la contratación de dos repartidores a comisión, que en bicicleta y con canastos sobre la cabeza incursionaban en otras colonias para tratar de incrementar las ventas. Pero los minisúper también proliferaron, según la moda gringa, en otros barrios de la ciudad. El hombre veía que por más esfuerzos que hacía su negocio no sólo no prosperaba, sino iba en picada. Vinieron tiempos nuevos. Hubo relevo

en la presidencia municipal y le retiraron las entregas de bolillos y al poco tiempo también en el hospital civil. La puntilla se la dio la inauguración, con bombo y platillo, de una moderna panificadora propiedad de un español. Efectivamente La Trigueña, acabó con las pocas panaderías que quedaban en la ciudad y una a una fueron cerrando. La de Don Maty no fue la excepción. Pero había que sobrevivir. Ahora es triste ver a don Matías Ramírez, como jefe de panaderos de La Trigueña.

Matías Ramírez siempre fue espiritista. Asistía con regularidad a las sesiones que cada sábado se celebraban en la casa de su compadre Espiridión. Habló con muchos espíritus. La mayoría coincidía en que vendrían tiempos difíciles para él. Así que de alguna manera estaba ya resignado. Esperaba alguna enfermedad, el incendio de su negocio o algo similar. Por ello era sumamente cuidadoso con el uso de la lumbre. Tenía varios extinguidores. Lo que nunca imaginó fue que lo eliminara la competencia.

14



LA MARCA DE LA BONDAD

Cuando uno ya ha toreado muchos años, alguna vez puede ser sorprendido con una extraña pregunta, ¿quién ha sido tu mejor maestro? Eso me sucedió y la preguntaja me metió de inmediato al túnel del tiempo, pero en reversa.

Recuerdo bien el primer año de mi primaria. Un mundo nuevo, hostil, incierto, reclamante en el que me sometían a otra autoridad, la maestra, amén de las bromas y la crueldad de mis compañeritos. Recuerdo un grandulón, de apellido Pacheco, que después supe era repetidor, tenía grandes dientes y el pelo cortado casi a rape. Le daba por molestar a los demás en clase y sobre todo en el recreo. Nos tiraba bolitas de papel, pequeñas piedritas que guardaba en la bolsa de su pantalón. Tiraba ligazos con cascaritas de naranja. Llevaba un globo con agua y mojaba al compañero que tenía delante. Era reprendido constantemente por doña Mary, nuestra maestra y a veces lo expulsaba del salón para poder continuar dando la clase sin interrupciones. Doña Mary era una mujer blanca, con el pelo enteramente del mismo color. Sonreía siempre. Sus anteojos tenían cristales transparentes y arillos metálicos, y mostraba un rostro pleno de bondad. Usaba una peineta de carey para sostenerlo en la parte posterior de su cabeza. Me dispensaba una atención especial. Como mi madre fue maestra, cuando entré a primero ya sabía leer y escribir y me mencionaba como ejemplo ante mis compañeros. Eso despertaba envidias y comenzaron a llamarme el Consentido. Cuando la llamaban de la dirección, que era muy frecuente, me encargaba el grupo. “Vigíalos, decía, que no hagan desorden”. Pero tan pronto salía y entraba a la dirección, según nos informaba un compañerito a quien habíamos nombrado vigilante comenzaba el relajo. A Pacheco se le echaban encima tres o cuatro para vengarse de sus travesuras. Muñoz, un flaco alto y pecoso se paraba al frente y comenzaba a imitar a doña Mary. Nos hacía desternillar de risa. Nadie estaba en su lugar. De las bolsas de los compañeros salían yoyos y valeros que inmediatamente comenzaban a moverse. Cuando el vigía anunciaba, “Ahí viene”, en segundos todo volvía al orden. Abrían los cuadernos y adoptaban pose de estar estudiando.

—¿Cómo se portaron? —preguntaba la maestra.

Y todos contestaban en coro.

—Muuuy bieeeeeen, maestra.

Lo que corroboraba yo con un movimiento afirmativo de cabeza. Doña Mary era viuda y vivía sola. Solo Toña, su sirvienta, era su compañera de más de treinta años. Después de ver a sus alumnos toda la semana, nos invitaba los sábados por la mañana a su casa a dos o tres de sus pupilos más aplicados y nos platicaba que había sido maestra de primaria de alguien que llegó a ser Presidente de la República y con quien mantenía contacto. Coleccionaba una buena cantidad de piezas arqueológicas, o reproducciones de figuras de varias culturas prehispánicas. Mostraba un conocimiento profundo de las culturas azteca, olmeca y huasteca. Respondía las preguntas inocentes que podíamos hacerle desde nuestros siete años. Explicaba, al alcance de nuestro párvulo entendimiento, las características de muchas piezas. Lo hacía de una manera tan didáctica, que no parpadeábamos cuando hablaba. Nos regaló unos pequeños pitos de barro, de los que obteníamos extraños sonidos. Aun conservo el mío. Al mediodía sacaba de su refrigerador helado de vainilla y nos servía generosamente en copas de cristal. A la distancia confirmo que doña Mary realmente amaba a los niños y era maestra por vocación. Tenía diez años de haber quedado viuda. Su esposo, Adolfo Uriegas, también profesor como ella, murió en un accidente automovilístico. Habían tenido un solo hijo, Alberto, ahora Ingeniero naval, casado y con residencia en Veracruz. Además, de ser nuestra querida maestra, doña Mary también era muy apreciada por sus vecinos. Los sábados por la mañana que pasábamos en su casa, varios de sus vecinos iban a saludarla o a regalarle comida. Siempre los recibía con gran alegría y de inmediato se interesaba por sus familias.

“Como sigue Miguelito”. “¿Ya encontró trabajo tu marido?” “No te preocupes, yo te consigo las medicinas”.

Esas expresiones u otras semejantes escuchábamos sus invitados. Así transcurría felizmente el primer año de mi primaria. Me gustaba la escuela. Mi madre, siempre al pendiente de mí, supervisaba mis tareas. De vez en cuando iba a hablar con doña Mary a su casa. Y por su expresión, aunque no era muy explícita verbalmente, sabía yo que la maestra le había hablado bien de mí.

Poco después del 15 de mayo, día del maestro, un jueves, llegué a la escuela, como de costumbre, un poco antes de la ocho de la mañana

y noté que entraban y salían personas en la dirección. Los alumnos en el patio no formaban las filas acostumbradas para entrar al salón. Se habían formado pequeños grupos. Las caras de mis compañeros se veían pálidas, desconcertadas.

—¿Qué pasó?, ¿qué pasó? — pregunté de inmediato.

—¿A poco todavía no sabes? — me dijo el grandulón Pacheco.

—¿Qué? —repregunté.

—Parece que anoche se murió la maestra Mary.

La noticia me dejó sin aliento. Sentí que la tierra entraba en un vértigo bajo mis pies, que la humedad invadía mis ojos.

—¿Cómo? ¿De qué? —alcancé a balbucear.

—Creo que fue un infarto —completó Julio Peña, otro compañero que estaba junto a mí.

Nos pidieron que a las cuatro de la tarde, uniformados, estuviéramos en la funeraria. Ahí estuve puntual, acompañado de mis padres. Nos acercamos a verla en el ataúd y parecía dormida. Se dibujaba en su rostro una leve sonrisa. Su expresión era más bondadosa que nunca. Jamás he llorado igual, ni mis ojos han vuelto a ser rojos por todo un día.

Doña Mary tenía cincuenta y siete años de edad y treinta y ocho de ser maestra. Siempre de primer año. Decía que las plantas, había que cuidarlas desde muy pequeñas para que crecieran derechitas. Siempre será mi maestra preferida. Su imagen, su dulzura me han acompañado siempre. Cuando la evoco, que es muy seguido, miro al cielo, donde seguramente está, le sonrío y le agradezco siempre haberme marcado para bien. Este debe ser un sentimiento compartido por mis compañeritos de hace cincuenta años y todos los que fueron sus alumnos.

15



EL ROPERO SIN LUNA

Una vez por semana, siempre los sábados por la mañana, mientras jugábamos fútbol en la calle, aparecía aquel hombre corpulento, de andar pausado, con una especie de bolsón de lona, lleno de ropa, cargado en sus espaldas y sujeto a su frente por una gruesa y sucia tira elástica. Se anunciaba con un extraño silbato que emitía un tono suave y prolongado, pero lo suficientemente potente para que se escuchara a media cuadra. Nunca he vuelto a oír algo semejante y si llegare a suceder irremisiblemente pensaría en aquel personaje y en aquellos años. Sólo recuerdo que le llamaban don Chafik. Nombre y apariencia delataban su procedencia de algún país árabe. Cuando alguna posible clienta salía de su casa con intención de comprar, hacía un alto. En ocasiones entraba a la vivienda, cuando era invitado a hacerlo o sobre la banqueta, en plena terracería, o bajo la sombra de un techito o de un arbusto, resoplaba, sacaba de su pantalón un paliacate rojo, se secaba el sudor de la frente y de su semicalva cabeza y procedía a abrir el bolsón. Cargaba blusas para dama y niñas, ropa interior para ambos sexos y tamaños; calcetines y medias; pantalones de gabardina, mezclilla y uno que otro de dril; pañuelos y ropa de bebé. Como buen comerciante, cuando alguien le preguntaba por alguna prenda y no la traía en aquel enorme envoltorio, sacaba un libretita grasienta y arrugada de la bolsa izquierda de su pantalón, y con un pequeño lápiz que portaba en su oreja derecha anotaba y decía, “Cuente con eso, el próximo sábado le traigo el encargo”. En esa misma libreta anotaba a sus deudores, que eran casi todos sus clientes. De hecho a don Chafik le convenía vender en abonos. Si alguien le preguntaba por el precio de una blusa, decía:

—Miras, se las vendo en trece besos al contados o catorce besos en abonos, me las pagas en siete semanas a dos besos por semana. Animase, le conviene.

Y así inducía lo que proponía, cuando el precio real de contado hubiese sido de seis o siete pesos. En realidad sólo caminaba dos largas calles del pueblo. No había cuadra donde no tuviera uno o dos clientes. Con eso le bastaba. Había llegado de su país cuando contaba con ocho años de edad, con sus padres y un tío materno. A los quince años quedó huérfano de padre y tuvo que hacerse cargo de su madre y empezó su oficio de vendedor ambulante. Ya tenía cuarenta y cinco de edad y

se sentía cansado. Pensaba establecerse en algún lugar. Sin embargo estaba tan acostumbrado a lo que hacía que le resultaba difícil decidirse. Se había casado con una mexicana. Tenía dos hijos estudiando, ya casi profesionistas. Cuando alguien se atrevía a preguntarle sobre su nacionalidad, respondía inmediatamente:

—Yo soy más majacano que los chiles señora. Tanto como osté, mi esposa y mis hijos.

Se regocijaba en ello. Me recordaba a Pardavé en la película El hermano Jalil.

Don Chafik, apenas recordaba a su padre. Sin embargo, su madre le hablaba de él cómo un hombre bueno, que tuvo una floreciente mueblería, pero perdió todo por la guerra civil y tuvo que salir huyendo con su familia para salvar el pellejo. Por las noches, después de las duras jornadas, Chafik iba al cine con su esposa. Los domingos por la mañana acudía al parque central a jugar ajedrez, su hobby predilecto, después a misa y por la tarde a descansar a sus anchas. Si bien tenía muchos conocidos y algunos amigos, su familia era el centro de su atención. De pronto desaparecía dos o tres días y se iba visitar a sus hijos que estaban estudiando en la capital. Badri, su hijo mayor estudiaba medicina. Inteligente, apuesto, carismático, era orgullo de sus padres. Hasan, el menor, también con iguales o mejores atributos que su hermano, estudiaba ingeniería civil.

—Busquen una mujer buena, como su madre o su abuela Sherezada —les aconsejaba Chafik.

—No vayas a caer con unas lagartonas —remataba.

A su modo don Chafik era feliz. Todo lo que tenía, lo había hecho trabajando, recorriendo esas calles de Dios, comerciando, que era la vocación innata de su raza. Puede discutirse o no estar de acuerdo con el lucro que busca todo comerciante. Sin embargo, es una actividad lícita, que le había permitido mantenerse con holgura, apoyar a su madre hasta su último día, educar a sus hijos.

Don Chafik no creía en el destino, pero un acontecimiento inesperado lo hizo cambiar de opinión.

Un domingo por la tarde recibió una llamada telefónica de su hijo Hasan y comenzó a decirle que había leído una noticia asombrosa

en una revista de peluquería que le iba a leer textualmente ya que el peluquero le había permitido arrancar la hoja. El título de la nota rezaba: “Se busca a heredero libanés”. Y la nota decía: “El señor Abdul Ayub, de nacionalidad libanesa falleció hace un año en la ciudad de Beirut a los ochenta años de edad. Soltero, sin descendencia, estipuló en su testamento que dejaba como único y universal heredero de sus bienes a su sobrino Chafik Taffich Ayub, hijo de su hermana Sherezada Ayub y de su cuñado Mustafá Taffich, quienes habían emigrado a México y de quienes desconocía su paradero. El señor Ayub estableció como condición que si en un plazo de cinco años no se localizaba a su sobrino Chafik, todos sus bienes pasarían a la Beneficencia Pública. Quien conozca al afortunado heredero favor de comunicarse a la Embajada de Líbano en México, con el C. Cónsul, quien proporcionará toda la información requerida”.

—Papá, papacito —repetía Hasan—, eres tú, tú, ¿quién más, quién más?

La esposa de don Chafik comenzó a preocuparse al ver a su marido adquirir un color pálido. Comenzó a lagrimear y enmudeció.

—¿Qué pasa? ¿Le sucedió algo a Badri? —fue lo primero que se le ocurrió decir.

—No mujer nada de eso, nada de eso.

—Hasan, hijo, avísale a tu hermano y vénganse este fin de semana, para que me ayuden a decidir qué hacer.

Don Chafik y su hijo Badri, después de haber obtenido la información necesaria con el cónsul libanés, partieron hacia Beirut. Se entrevistaron con el notario que administraba el testamento, quien le informó al heredero que don Abdul Ayub, había dejado una cuantiosa fortuna en bienes inmuebles, cuentas bancarias y acciones, y que se estimaba su valor en aproximadamente diez millones de dólares. Después de un año en engorrosos trámites y varios viajes entre México y Líbano don Chafik podía disponer de todo. Pidió una lista de las veinte instituciones de ayuda humanitaria en Líbano y a cada una de ellas les donó cien mil dólares. Lo mismo hizo en México. Construyó en Madera un gran tienda de ropa Almacenes Libaneses, y ahí se le volvió a ver cobrando en la caja y vendiendo en abonos.

16



DON PETRONILO Y SUS HAZAÑAS

En Madera, mientras el verano se enseñoreaba, más raspados vendía el sargento Petronilo. En los largos días de estío, especialmente sábados y domingos, decenas de niños y jóvenes íbamos a comprarle los deliciosos chopos de hielo, aplanado con su mano huesuda de uñas largas y renegridas por la mugre acumulada, pero endulzados con néctar de grosella, mandarina, limón, mango, uva, fresa y otros coloridos sabores. A mí me gustaba tomar el raspado ahí, cerca de su carretón, recargado en un frondoso roble para escuchar las historias que contaba de sus años como revolucionario. Decía que participó como carrancista en varios combates donde fue herido en un costado y cuando platicaba esa historia se levantaba las faldas de la camisa y mostraba orgulloso sus cicatrices. Mi Sargento, como le decían algunos o don Nilo como también aceptaba ser nombrado con una sonrisa, contaba historias sabrosas, que uno no lograba ubicar de inmediato entre la realidad o la fantasía y que aun ahora quedan como enigma. Presumía que en sus días de revolucionario, cuando el hambre apretaba aprendió a comer mapaches, tlacuaches, ratas, víboras, tortugas, puercoespines, lagartijas, hormigas, chachalacas, palomas, pericos y cualquier animal que encontraban en las serranías inhóspitas del norte de México; igual aprendió a beber su orina, agua sucia hervida, o la sangre caliente de algún animalito para saciar la sed. Cuando me daba cuenta yo, más de uno teníamos la boca abierta al escuchar la plática del Sargento, que sabía darle la entonación y las pausas a su plática para atraparlo a uno hasta que el relato terminaba. Siempre contestaba preguntas cuando a alguien le quedaba alguna duda. Tendría en ese entonces unos sesenta y cinco años. Era flaco, de esos cuerpos que llaman correosos, con un sombrero de los que usaban los carrancistas, con dos barras que al parecer daban cuenta de su grado de sargento en la Revolución. De ojillos café, pequeños y vivarachos, lucía un bigote alacranado, y las manos como dije, largas, secas y huesudas, con las uñas moradas de mugre. Tenía un perro con manchas blancas de nombre Villano, que permanecía acostado a su lado y al que de vez en cuando le tiraba algo de comida. Explicaba don Petronilo que el nombre se lo había puesto como muestra de desprecio al general Francisco Villa, su enemigo en la Revolución.

También en mi barrio vivía un hombre, de la misma generación del Sargento, a quien le decían el Mochado, porque efectivamente carecía de su brazo derecho y había sido villista. Iba al puesto de don Petronilo, no precisamente a comer raspados, sino a picarle el buche a don Nilo. Se pasaban una hora discutiendo, que si Villa fue un bandido, que si Carranza un ratero, que quién había sido más hombre. Recordaban dos o tres batallas en las que les tocó pelear en sus respectivos bandos.

Le decía el Mochado a don Nilo:

—A mí se me hace que usted está vivo porque se escondía a la hora de los fregadazos.

El Sargento dejaba de hacer por un momento lo que tenía entre manos y se daba otro levantón a las faldas de camisa y reviraba

—¿Y esto qué? A poco cree que me las hice yo solo, —y mostraba orgulloso sus heridas de guerra. Y volvía a picotear:

—A mí se me hace que el brazo lo perdió usted en alguna pendejada, en algún accidente y no en la bola.

Terminaban retándose a un duelo a muerte.

—El día que usted quiera —decía el Sargento, nos vamos por ahí al río, con nuestras pistolitas y lo mando de una vez al otro barrio. Y reviraba el Mochado.

—Nomas póngale fecha y lo mando a descansar de hacer esas cochinas que vende.

Y entre sonrisas y bravatas se retiraba el Mochado. Y lo despedía el sargento con una frase venenosa.

—Si no regresa, nadie lo va a extrañar, eh.

Y esos ademanes que hacemos los mexicanos con el brazo en alto, el puño cerrado y como aventándolo para adelante. Quienes tenemos la suerte de ser testigos de esos diálogos, que se repetían por lo menos una vez al mes, disfrutábamos enormemente una divertida obra de teatro. Diez años nos deleitó el Sargento con sus sabrosos raspados y sus pláticas. Un día no apareció. Supimos después que había muerto, no en un duelo con el Mochado, sino en la noche y en su cama.

Petronilo Alvizo Quiñones era su nombre completo y, efectivamente, fue un soldado revolucionario, siempre carrancista. Tuvo varias mujeres y muchos

hijos. Cuando estaba relajado, mostraba unas cuantas fotografías que guardaba celosamente en una bolsa gris de lona, donde aparecía vestido de militar, o acompañado de mujeres, o sobre un hermoso caballo azabache. Y remataba con una foto de don Venustiano a la que besaba fervorosamente diciendo "Éste si era hombre, no pedazo".

17



EL LEGADO DEL PROFESOR

Don Tito Barreto fue mi profesor de Biología en la secundaria. Vivía a unas cuantas cuadras de mi casa. Solterón, la primera impresión que daba era la de Charles Chaplin en sus mocedades, con el bigotito característico, y sus pantalones brincacharcos. Acostumbraba trabajar de noche y cuando pasábamos frente a su casa, desde la acera, se podían apreciar un par de esqueletos humanos, quijadas de tiburón, cabezas de vaca en sus huesos, y un sinnúmero de botes de todos tamaños, en los que se apreciaba a simple vista, animales conservados, probablemente en formol. El profe Barre como lo identificábamos en la escuela, abreviando su apellido y con cierto dejo burlón, de que se trataba de un barrendero, era de temperamento colérico. A la menor provocación se enrojecía su carilla redonda y respondía con una filípica o de plano la expulsión del salón y suspensión por una, dos, tres clases y hasta por una semana. Vivía de sus clases de Biología que daba en varias escuelas. Tenía pocos amigos. Él preparaba sus alimentos, barría su casa y el frente de la calle, además lavaba y planchaba su ropa. Nunca supe si por ahorrarse dinero o simplemente porque le gustaba estar solo. En cierta ocasión nos dijo en la clase, que si encontrábamos algún animal vivo o muerto o planta raros, de cualquier tamaño, se lo lleváramos y él nos lo compraba. Una vez al mes nos invitaba el sábado a una excursión a la sierra cercana y era muy agradable, porque conocía bastante de botánica y su plática era una clase al aire libre. Cuando volaba alguna ave o se atravesaba una ardilla, rata o conejo, de inmediato soltaba una cápsula científica, que denotaba conocimiento y pasión por el tema. Aún recuerdo algunas enseñanzas del maestro. Decía que la biología era la ciencia del estudio de los animales y las plantas, de su evolución y de su interacción con la naturaleza. Algo así. Que comprendía el estudio de la zoología y la botánica. Nos hablaba del sabio inglés Charles Darwin y su teoría de la evolución de las especies, y de las leyes de la herencia del sacerdote Gregorio Mendel. Estoy seguro que si el maestro viviera, sería un experto en el ADN, cuyo estudio se desarrolló muchos años después de su muerte. Más de uno de mis compañeros decidieron hacerse biólogos por el profe Barre. Luis Gándara, uno de los más inteligentes del salón es hoy una reconocida autoridad en mamíferos acuáticos. En las primeras clases

de enero del año en que cursaba tercero de secundaria el profe Barre nos platicó de sus recientes vacaciones de fin de año. Se había ido solo, en su camioneta, a recorrer el estado de Chiapas y venía encantado. Había llegado a Tuxtla Gutiérrez, después de dos días de largo viaje. Contrató un guía que le acompañara en todo el recorrido. Primero fueron al cañón del Sumidero, que desemboca en la famosa presa de Chicoasen, entonces en construcción. Nos platicaba que el cañón iba en medio de una montaña, y que era una falla geológica que tenía treinta y cinco millones de años cuyos muros alcanzaban más de un kilómetro de altura. Después viajó a San Cristóbal de las Casas, un hermoso pueblo en los altos de Chiapas, lleno de extranjeros, tanto gringos y canadienses como europeos. Que ahí juntito está San Juan Chamula y su iglesia sincretista (entonces conocí en voz del profe el significado de esa palabrita, la combinación de imágenes y creencias paganas prehispánicas y del catolicismo). Después se fue a conocer las lagunas de Montebello, que tienen diferentes colores, en los meros límites con Guatemala. Luego, tomó rumbo a Palenque y se detuvo en las famosas cascadas de Agua Azul. Recorrió Palenque y sus ruinas milenarias. De regreso a Madera trajo una gran variedad de plantas de aquellos lugares y un mono araña. Platicaba esto el profe Barre con gran emoción, como si estuviera reviviendo los mejores momentos de su viaje. Afirmaba que los estados más hermosos de nuestro país eran Michoacán y Chiapas. Lo decía con la autoridad que le daba conocer toda la República mexicana. Recuerdo que el examen final consistió en hacer un trabajo escrito de investigación sobre cualquier animal o planta que escogiéramos. Yo escribí sobre el elefante, inspirado en Tantor, aquel enorme animal en que se transportaba Tarzán, el hombre-mono y desde el que lanzaba su peculiar grito para reunir a todos los animales.

Después nos enteramos que también trajo de Chiapas a un joven indígena, que llevaba el exótico nombre de Hans Puc, seguramente influidos sus padres por algún alemán con finca cafetalera en ese estado. Hans tenía quince años y era su mozo. Aunque él nunca lo dijo, al parecer lo compró por unos cuantos pesos. Hablaba un español champurrado, pero era obediente y laborioso.

Quando el profe Barre murió dejó testamento en el que donaba toda su colección de plantas, animales y libros al Museo de Historia Natural del estado, donde se le asignó una gran sala, con una placa alusiva. En cierta ocasión que llevé a mis pequeños hijos a visitarla, confirmé que mi profe seguía dando lecciones a través de su legado.

18



LA MISIÓN DE LA BOTELLA

Mi vecino Salomón Vidales acostumbraba regresar a su casa a las ocho de la noche, con un envoltorio bajo el brazo, prodigando saludos y sonrisas. Era padre de Blas y Lucina, mis dos amiguitos de la infancia y esposo de doña Cata, como se le nombraba en mi barrio. Nunca me pregunté qué transportaba don Salomón en aquella misteriosa bolsa. Alguna vez pensé que era una hogaza de pan para la cena, un litro de leche, o el periódico vespertino. Nunca se me ocurrió, hasta que un día Benito, un vecino, me reveló el secreto.

—¿Sabes qué lleva don Salo en esa bolsa, siempre junto a su pecho?

—No, ni idea —respondí.

—Una botella de ron, con la que se ponen él y doña Cata hasta las chanclas.

—No es cierto, no los difames —fue mi primera reacción.

—Deveras, como son mis vecinos, una noche que andaba en la azotea de mi casa, desde donde se ve la de ellos, me di cuenta. Si quieres un día nos subimos y vas a ver que te estoy diciendo la verdad.

Y agregó Benito:

—Blas y Lucina, después de cenar se encierran en sus cuartos y la pareja todos los días hacen lo mismo, no ven televisión ni hacen otra cosa que tomar el ron con refresco. A veces comienzan a discutir hasta que uno u otro se duerme en el sofá y el otro lo despierta para irse trastabillando a dormir. De vez en cuando prenden el tocadiscos y se ponen a bailar —remató Benito, casi sin aliento.

Salomón Vidales era burócrata municipal, encargado de un departamento en el área de tesorería. Su alcoholismo no le impedía cumplir celosamente con su trabajo. Era el primero en llegar e iba por las tardes, aun y cuando no tuviera la obligación de hacerlo. Doña Cata vendía artículos de belleza en su casa. No había duda de lo que mi amigo me había platicado. En mi temprana vocación de detective, un día fui a revisar la basura de la casa de don Salomón y efectivamente encontré la botella de ron vacía. Recuerdo que me sentí tan satisfecho de aquel hallazgo, como si hubiese descubierto el crimen más horrendo. Ahora mi inquietud me llevó a encontrar respuesta a la pregunta de, ¿Por qué tomaban? La revelación vino por casualidad. Aquella mañana iba

yo tranquilamente a la escuela y al pasar por la casa de los Martínez, vecinos de mi barrio, escuché una conversación de doña Juanita, la madre de ellos, quien barría la calle y platicaba con otra amiga.

—No Tenchita —decía— si yo estuviera en el caso de Doña Cata haría lo mismo, la pobre ha de sentir culpa por lo que le pasó a su hijito.

El tema me interesó, disminuí el paso e hice como que se me había caído algo y comencé a buscarlo en el suelo, con el deliberado propósito de escuchar el diálogo

—¿Pos que le pasó oiga? A ver, cuénteme —dijo la amiga.

—¿No lo sabe? —se sorprendió dona Juanita.

—No, a ver platíquemelo —insistió la amiga.

Yo seguí buscando hormigas en el piso y aunque me miraban de reojo, no le dieron importancia y siguieron la plática.

—Pues resulta que un niño de ellos, creo que se llamaba Jaime, de dos años, se le murió a doña Cata en sus brazos, asfixiado:

—Pero, ¿cómo? —interrogó de inmediato Tenchita.

—Así como lo oye —replicó doña Juanita. Se le atoró en la garganta una pastilla que le dio doña Cata, porque tenía temperatura y el chamaco se ahogó, por más esfuerzos que hizo para salvarlo.

—No me diga —replicó su interlocutora.

—Sí, así mero fue —remachó doña Juanita—. Esa es la causa de que los dos se entregaron a la bebida.

—¡Santo Dios! —exclamó la vecina.

Acto seguido se despidió, no sin antes persignarse. Yo también continué mi camino. Los esposos Vidales durante el día hacían una vida normal. Se levantaban temprano, despachaban a sus hijos a la escuela, después de desayunar juntos. El hombre iba a su trabajo y regresaba a comer a su casa. Ella comenzaba a hacer llamadas a sus clientes, a proveedores, a recibir personas que venían a comprarle cualquier producto de belleza de la extensa gama que manejaba. Por la noche, a partir de que cenaban, los hijos se encerraban en sus habitaciones a hacer tareas, pero principalmente a no presenciar el bochornoso espectáculo que daban sus padres embriagándose. Uno pensaría que la forma que habían seleccionado para olvidar, así fuera por unas horas, el sentimiento de culpa que ambos compartían, él en solidaridad

con ella, por la muerte de Jaimito. La idea de que querían suicidarse debía descartarse, porque estaban de por medio sus dos hijos, todavía menores de edad que también los necesitaban. Blas y Lucina mostraban al principio cierta indiferencia ante el comportamiento de sus padres. Sin embargo, con el paso del tiempo se fueron aislando. Casi no salían a la calle a jugar como antes. Cuando cumplió dieciséis años Lucina, quién era muy bonita, decidió irse a vivir a Estados Unidos con su profesor de literatura, lo que ahondó las penas de sus padres y se entregaron con mayor ahínco a la bebida. Desde sus catorce años, Blas había comenzado a fumar, sólo que a escondidas de sus padres, como lo hacen muchos adolescentes. Ahora lo hacía en su cuarto, por las noches, dejando intencionalmente el cenicero lleno de colillas. Sabía que sus padres nada podían recriminarle, porque habían perdido la autoridad moral para hacerlo. Cualquier reclamación a su hijo iba destinada al fracaso, desde su endeble posición de alcohólicos. La vida del matrimonio Vidales se deterioraba cada día. Era previsible un desenlace fatal de cualquiera de ellos. Sin embargo, ese viernes por la tarde, ya con la botella bajo el brazo, de regreso a casa, don Salomón enfrentaba una racha de fuerte viento y de pronto un volante que se había levantado del piso lo impactó en su pecho y al tomarlo para volver a lanzarlo al viento, logró ver el encabezado con letras grandes “Esta puede ser tu última oportunidad”, lo que llamó su atención. Lo dobló y lo guardó en su saco, para leerlo posteriormente. Este hecho aparentemente fortuito cambió su vida, la de su esposa y de su familia. En el mensaje, La iglesia Hermanos del Sinaí invitaba a una reunión sabatina para suprimir, de una vez por todas, enfermedades, angustias, vicios, adicciones, pleitos, y toda clase de calamidades. La fuerza de su rutina hizo que todavía esa noche de viernes los Vidales, tuvieran su última borrachera. El sábado por la mañana, don Salomón leyó el mensaje completo y a las cinco de la tarde estaba en la reunión con su esposa. La palabra de Dios, a través de un orador bíblico de alto impacto, hizo que los Vidales lloraran como niños. Sentían que las palabras que escucharon eran exclusivamente para ellos. Se alejaron de la bebida. Fueron asiduos a las reuniones de la iglesia y enderezaron su rumbo en un inesperado giro de ciento ochenta grados.

Ahora Salomón Vidales está jubilado. Es ministro en esa misma iglesia. Hace reuniones, junto con su mujer, en su propia casa. Se ha convertido en un profundo conocedor de la Biblia. Acaba de publicar un librito dirigido a las personas que, como él, fueron víctimas de los vicios, con el sugestivo nombre de "Cambia de Amo". Narra en él su dramática experiencia y la de su esposa en quince años de alcoholismo. Él mismo se cuestiona el enigma de cómo pudieron sobrevivir. Su hijo Blas terminó su carrera de medicina y está especializándose en Nueva York. Lucina les regaló dos hermosos nietos y mantiene una afectiva relación con sus padres.

19



LA PRIMERA COMUNIÓN

En tercero de secundaria Lucho Galván era el único que platicaba de sus primeros pasos en el mundo de las relaciones sexuales. A cuatro o cinco imberbes que éramos sus compañeros de clase nos tenía embobados con sus platicas eróticas, en las que se había iniciado desde hacía varios meses, por recomendación de su padre, quien había dado dinero a un empleado para que llevara a Lucho con las putas a la zona de tolerancia de Madera.

Lucho era un adolescente güero, flaco, ojiverde, con ese corte que se usaba en los cincuentas de “cepillo” o Flat-top, como decían los gringos.

—Cuando quieran nos damos una vuelta en mi carro, al cabo que ya me sé el caminito —agregaba.

El siguiente fin de semana, aprovechando que mis padres habían salido de viaje, le dije a Lucho que Pancholin, otro compañero de clase, y yo queríamos que nos llevara a visitar a las chicas llamadas del tacón dorado. Aceptó de inmediato y efectivamente el sábado a las nueve treinta íbamos entrando a nuestro común destino, luego de sobornar al policía de entrada, por ser menores de edad. En las dos anchas calles de terracería que formaban la zona, Lucho presumía su conocimiento del lugar, en razón de haber ido en dos ocasiones anteriores.

—Miren, vamos a dar una vuelta para que se ubiquen —nos dijo—, en esta calle están La Burbuja, El Calipso, El Lesbos y La Tarántula, dicen que son los mejores, aunque yo solo he estado en el Calipso —reconoció con cierta modestia. En esta otra calle —agregó— están La Galaxia, La Hawaiana, Las Martitas y El Embarcadero, de acá conozco estos dos últimos, son de medio pelo y por lo mismo, todos los servicios un poco más baratos. Ustedes dicen, —nos dijo con aire retador.

—Nomás no me pidan ir al Lesbos porque ése es de jotos vestidos de mujer, a menos que les guste jugar en ese patio, a mí no —agregó y se rió con ganas.

El Pancholin y yo intercambiamos miradas y coincidimos en ir a dos de los más económicos. La Galaxia era un salón rectangular, con el cielo pintado de un azul celeste, con estrellas y una media luna en uno de sus extremos. Fue lo primero que me impresionó. Dos filas laterales de asientos ahulados semejabán un restaurante, y al fondo una pequeña pista de baile, con música grabada de tipo romántico, norteño o tropical que se iban alternando. Había una mesa grande, redonda, con ocho o

diez suripantas platicando, o riendo, que era como un muestrario para ir a invitar a alguna de ellas a bailar o bien a fichar en la mesa del cliente. Otra opción para los más desesperados era ir directamente, seleccionar a la elegida, convenir el precio e ir al cuarto a tener relaciones. Ahí nos tomamos dos cervezas cada uno y nos dirigimos después a El Embarcadero, casi enfrente del anterior. Era éste un salón más pequeño, con doce mesas distribuidas en su superficie, y una barra de cantina al fondo. No había pista de baile, pero sí una docena de mujeres sentadas en una larga mesa formada por la unión de tres mesas cuadradas del lugar. Tomamos asiento, volvimos a pedir una cerveza cada uno, por lo económico, y porque eso es lo que habíamos tomado ocasionalmente en fiestas o reuniones con amigos. Cuando vino el mesero, le pedimos que invitara a nuestra mesa a una mujer alta, morena, pelo corto, con un vestido rojo escotado, que fumaba elegantemente. Se llamaba Virginia. Nunca supimos si era su nombre real o lo utilizaba como una paradoja de su oficio. Vino lentamente, contoneándose desde unos zapatos también rojos de tacón altísimo.

—Hola chicos, ¿cómo están, qué andan haciendo? Soy Vicky para los amigos —agregó.

Después de presentarnos sólo con nuestro nombre de pila como ella, nos dijo que era originaria de Aguascalientes.

—Nacho, tráeme lo de siempre —dijo al mesero con familiaridad.

En unos minutos tenía una copa de coñac, acompañada de un vaso de agua mineral. Pancholin y yo confiábamos en la economía boyante de Lucho, que traía siempre el fajo de billetes, producto de ayudarlo a su padre a entregar en la ciudad botellas de whisky, cigarros, o cartuchos, que aquél traía de contrabando de Estados Unidos. Después del primer trago, preguntó la Vicky

—¿Ya habían estado por acá?, porque no los había visto.

—Yo sí —contestó pronto y ufano Lucho—, pero estos bueyes no, es su primera vez.

—Ah, eso está muy bien, porque ya tienen edad, eso de darle duro a la puñeta no es bueno, dicen que quedan medios locos o les sale un pelo grande en la palma de la mano —y festejó su comentario con una carcajada y una fuerte aspiración a su cigarro y la exhalación que hizo competía con cualquier fumarola de volcán.

—Nacho, repítame la dosis —dijo al mesero que se acercó a atendernos y nosotros pedimos nuestra segunda cerveza.

Casi al terminar las bebidas, Lucho, el de la experiencia, preguntó a Vicky.

—Oye, ¿y cuánto cobran?, porque aquí mi amigo —dijo señalándome con su mirada— viene dispuesto a hacer la primera comunión y necesita una madrina.

—Aquí todas igual, cien pesos mi rey, porque somos de primera.

—Órale, ¿cuál te gusta —me preguntó Lucho—, por la lana no hay bronca, te presto si no te alcanza y ahí luego me pagas.

—Puedes ir con la que quieras —agregó Vicky—, pero sí te digo que soy especialista en casos como el tuyo, resulté una buena maestra para enseñar las primeras letras mi rey — agregó, y volvió a reírse.

Por un momento dudé, dirigí una mirada a las chicas de la mesa, pero a la distancia ninguna me pareció lo suficientemente atractiva como para decidirme, entonces Lucho con un movimiento de ojos me sugirió que a la Vicky y entonces acepté ir con ella.

—Bueno ahorita venimos —dijo la Vicky—, la lección va a ser rápida pero muy buena.

El cuarto estaba pintado de color de rosa, una cama confortable, buró y lámpara. Colgaba en la pared una pintura de los dos grandes volcanes que cuidan la capital de la República.

—Bueno mi rey váyase encuerando —me ordenó, como maestra iniciando la clase.

Apagó la luz del cuarto y prendió la del baño contiguo, de manera que se estableció una penumbra agradable. Después nos abrazamos de pie y comenzamos las caricias en nuestros cuerpos. Mi miembro respondió de inmediato con la propiedad de mis quince años. Ella lo tomó con su mano y me volvió a ordenar:

—Vente a la cama, te voy a enseñar tres posturas básicas —me dijo, al tiempo que me colocaba hábilmente un condón que tenía en el cajón del buró—, primero vamos a hacerlo “de perrito”.

Se arrodilló y puso su bien formado trasero junto a mí, con su mano dirigió mi espada hasta el lugar donde debía y lo demás fue empezar el movimiento.

—La mente es todo mi rey, me dijo, no pienses en venirme, piensa en otra cosa.

Después de unos dos minutos haciéndolo de esa manera, se separo de mí, me pidió que me recostara, comenzó a acariciar mis testículos y con mi miembro erecto, se colocó sobre mí, mirándome y volvimos a embonarnos milimétricamente, entonces ella tomó el control total de la situación y comenzó a subir y bajar lentamente, pero con movimientos de su cintura que me proporcionaban enorme placer. Después cambió de postura, se acostó sobre sus espaldas y me invitó a estar sobre ella, penetrándola, hasta que mi cuerpo expulsó el esperma acumulado. Cuando me quitó el condón comprobé que éste contenía más de la mitad de mi fluido vital.

—¿Cómo te sentiste?

—preguntó.

—Bien, muy bien — sólo acerté a decir

—Bueno ya tienes tu primera lección.

Pasó al baño a asearse, después lo hice yo, nos vestimos y regresamos a la mesa donde Lucho ya había pagado la cuenta. Enseguida emprendimos el regreso.

Esa noche no pude dormir bien, mentalmente repasaba todos los instantes de mi primera comunión carnal. Estaba seguro, como así fue, que nunca olvidaría a esa mujer. Me puse a pensar cómo habría sido la primera vez de mi padre y hasta de mi abuelo. Concluí que todo eso quedaría en el enigma, porque nunca me atrevería a preguntarles, a pesar de que ambos vivían, so pena de que recibiera una buena cachetada por irrespetuoso. Con los años, el buen Lucho terminó como dueño de un night club elegante, con ficheras traídas de diferentes lugares de la república.

20



LA RELIGIÓN DEL BUICK

El licenciado Varela, padre de mi amigo Chucho era notario público en Madera. Propietario de un reluciente Buick Súper, verde y blanco, modelo 57. El hombre se desplazaba como un pavo real en las tranquilas calles de la ciudad con ese aire suficiente que da la soberbia. De linaje aristócrata, diariamente usaba traje sin importar los ardientes veranos, llevaba el pelo engomado y la ralla más recta y perfecta que yo recuerde haber visto en cabeza alguna. De joven, sus padres lo mandaron un año a Inglaterra. Hablaba perfectamente el inglés con acento británico y allá adquirió ese porte elegante y pedante que lo distinguía. En la notaría no cualquiera podía pasar a hablar con él. Se reservaba para clientes y asuntos importantes y siempre previa cita. No era muy adicto a saludar de mano a clientes y personas en general, sino cuando ello resultaba inevitable, pero en la primera oportunidad acudía al lavabo para lavar perfectamente sus manos y evitar cualquier contagio microbiano. Era fanático de la puntualidad, otra de las buenas costumbres adquiridas en la Gran Bretaña. Si alguien tardaba más de diez minutos ya no lo recibía y tenía que hacer otra cita, con la recomendación de Locha, su eficiente secretaria, quien les explicaba lo importante que era para su jefe la puntualidad. Cuando regresaba de comer, a las cinco de la tarde en punto, entraba Locha con una taza de té inglés que le había enseñado a preparar el licenciado Varela, costumbre también importada de Albión. Había pensado en contratar chofer y viajar en el asiento posterior de su Buick, como era frecuente en Londres ver a los hombres importantes y poderosos, pero luego reaccionaba y no le agradaba que su amado vehículo lo condujeran otras manos. En su casa le construyó una cochera especial, y otra en la notaría, para protegerlo de los rayos del sol y de las inclemencias climáticas. El Buick lo había adquirido el notario en la capital de la República, importado directamente de Estados Unidos. Tuvo la fortuna de que recién había regresado a Madera un mecánico que había trabajado en la General Motors en Detroit, y éste atendía las ocasionales fallas que presentaba y le hacía sus mantenimientos, bajo el ojo siempre avizor del licenciado Varela. En cierta ocasión, el alcalde de Madera, con quien mantenía una relación agria, le mandó preguntar si vendía su Buick y el licenciado le contestó a través del propio mensajero:

—Dígale que si ha visto en algún lugar un anuncio de venta del carro. Que si quería uno, fuera a la ciudad de México a comprarlo.

El licenciado gustaba de hacer largos viajes con su esposa y dos hijos en su Buick a diferentes lugares de recreo en la república y se ufanaba de que jamás había tenido una falla mecánica. Era tan conocido y admirado su vehículo en la ciudad que en un carnaval se lo pidieron prestado para que desfilara la reina en su cofre pero él se negó rotundamente, ante el temor de que resultara dañado.

Chucho, su hijo, era la antítesis de su padre. Sencillo, humilde, generoso, en cierta forma, le molestaba la manera de ser de su progenitor y si bien no se avergonzaba, ni renegaba de ello, haciendo honor a su deber filial, por lo general evitaba comentar el tema, pero conmigo se desahogaba. Ya adolescente, había expresado a su padre su deseo de aprender a manejar, en lo cual consintió el licenciado, pero con la condición de que lo hiciera en un carro viejito, para que no corriera ningún riesgo su adorado Buick. El fin de semana, en su casa, levantaba el cofre de su vehículo y contemplaba extasiado cada una de las piezas que conformaban el potente motor. Si advertía que requería limpieza, iba al taller de servicio y ordenaba que la hicieran en su presencia, al igual que la aplicación de polish para abrillantar y proteger la carrocería. Como complemento de su idolatría al Buick, el licenciado se había documentado y estaba al día en los nuevos modelos, las características de la marca, a través de la suscripción de Buick The Best una revista norteamericana especializada que mensualmente arribaba a su domicilio. Para compartir tanto conocimiento requería de un interlocutor idóneo como el mecánico de su auto con quien sostenía largas pláticas sobre el tema. Vivía también en Madera un viejo gringo que en sus buenas épocas había tenido Buicks en Estados Unidos, con quien sostenía pláticas en inglés sobre el tema de sus amores. La notaría, descansaba casi por completo en Locha, una señora que sólo había terminado la secundaria, pero de inteligencia natural. Había aprendido los secretos del oficio de dar fe, que más bien se trataba de venderla. Ella atendía al público, hacía certificaciones, poderes, testamentos, y le pasaba todo al notario para su firma, más que para revisión del titular, que sólo ocasionalmente lo hacía.

En su oficina se entregaba a la lectura de los clásicos, otra de sus pasiones. Las obras de Platón eran sus libros de cabecera, pero también leía a Aristóteles y a Cicerón. Al igual que con el tema del Buick, en los temas filosóficos pocos eran sus interlocutores. De vez en cuando se encontraba con un antiguo compañero que llevaba muchos años como maestro de filosofía en la preparatoria local y hablaban con soltura y hasta con deleite del tema. Justo después del 2 de noviembre, día de los muertos en México, a primera hora, entró Locha al privado de su jefe y le dijo:

—Licenciado, ¿puedo hablar con usted unos minutos sobre un tema personal?

—Sí, Locha, claro, siéntate.

Dos pensamientos rápidos surgieron en la cabeza del notario, uno que le iba a pedir dinero prestado, lo que hacía ocasionalmente o solicitar un permiso para faltar uno o dos días. Nunca imaginó el licenciado Varela lo que se le venía encima.

—Mire licenciado, este fin de semana estuve hablando con mi esposo y con mi familia y como ya llevo muchos años trabajando con usted quisiera decirle que voy a renunciar a partir de enero del próximo año, dándole tiempo para que consiga a otra persona que le ayude.

El semblante siempre tranquilo y flemático del licenciado Varela se fue transformando. Abrió sus ojos negros y los fijó en Locha.

—Pero mujer, ¿por qué me haces esto? ¿Qué, no te he tratado bien? Te pago muy bien. No me hagas esto.

Pensó en decirle por favor, pero se mordió la lengua al considerar que sería un signo de debilidad que no podía permitirse.

— Sí licenciado, de eso no tengo queja, lo que pasa es que quiero disfrutar a mis nietos, atender a mi esposo que empieza a tener achaques, y me siento cansada. Así que eso es definitivo licenciado —remató.

Desde ese momento, Varela, abandonó sus plácidas lecturas y comenzó a manejar opciones. En realidad Locha era el alma de la notaría. Encontrar y capacitar a la persona idónea para sustituirla no parecía una empresa fácil. Él también ya andaba en sus sesenta y tampoco tenía ánimo para volver a empezar. A Locha le extrañó que no le hubiere pedido ayuda para encontrar a quien la sustituyera.

Ella conocía a dos o tres candidatas que bien podían funcionarle al licenciado. Lo notó más meditabundo que de costumbre. En la primera semana de diciembre llamó a Locha.

—Mira, he estado pensando en tu renuncia y en mi situación personal y he decidido cerrar la notaría. Yo también estoy un poco cansado de esto. Así que ve preparando todo.

Con el aguinaldo le dio un generoso bono a Locha que no se esperaba. En la última semana mandó quitar el letrado que anunciaba la notaría, envió los libros al Archivo de Notarías, dio los avisos respectivos, remató los muebles y recibió el nuevo año con su familia y nuevos planes en su vida. Volvió a sus viajes con la familia, ahora más frecuentes, siempre en su adorado Buick. Cuando el auto desarrollaba su potencial en carretera era cuando más gozaba en conducirlo. Dedicó más tiempo a la lectura. Comenzó a escribir poesía, su viejo sueño. Hizo su testamento ante un compañero notario. Tres días después de haber cumplido setenta años se despidió de este mundo, dormido en la placidez de su cama. En su cortejo fúnebre, inmediatamente después de la carroza, lo acompañaba su amado Buick con su familia.

Después de pasados seis meses de la muerte del licenciado Varela su familia decidió vender el Buick, que sólo al verlo les recordaba su partida y casi los llevaba al llanto diario. Se corrió la voz en Madera y apareció un discreto anuncio en El Perico, el periódico del lugar. No tardó en aparecer un buen cliente, don Porfirio Peniche, viejo ganadero y agricultor. Hombre muy rico, casi analfabeto, que no sabía conducir, pero atraído por la fama del auto y el poder de su economía no regateó el alto precio y lo compró. Luego se veía el Buick con don Porfirio sentado en el asiento posterior y conducido por un hombre con sombrero de paja. Siempre muy empolvado el auto, con su tablero tapizado con peluche y un notorio rayón en su costado derecho, producto de un ligero accidente de tránsito.

21



GOYITO EL BOTICARIO ELEGANTE

Con su ropa blanca perfectamente planchada y almidonada Goyito, el boticario, lo único que cambiaba era, quizá, su ropa interior y su corbata de moño de las que contaba con una amplia variedad. Había estudiado dos años de medicina, pero la muerte de su padre lo obligó a regresar a Madera y hacerse cargo de la botica Vida Sana que había fundado su abuelo don Gregorio Montesinos y Albuerne, cuyo nombre había llegado hasta él. Goyito estaba dedicado en cuerpo y alma a su familia y a la botica. Tenía dos empleados, una mujer y un varón que le ayudaban a preparar los medicamentos y quienes, con el paso del tiempo y estudio, fueron aprendiendo lo suficiente para desempeñarse con soltura en el oficio. Aplicaba inyecciones, tomaba la presión y recomendaba medicinas o remedios para gripes, dolores estomacales, de cabeza, ronchas, quemaduras leves, penicilina para atacar la gonorrea. Había preparado el “elixir de la buena suerte” a base de agua de rosas, un poco de alcohol, perfume de azahar y una tintura color de rosa, presentado en un atractivo frasco de plástico con rociador y una etiqueta que mostraba a un hombre y una mujer con las manos llenas de dinero. A un precio atractivo hacía que las personas llevaran dos o tres para su uso personal y regalar a sus seres queridos. Goyito era un hombrecito delgado, casi calvo, de cejas pobladas y ojillos verde oscuro, amable, solícito, siempre dispuesto a escuchar y ayudar a la gente, atributos suficientes para tener éxito en su negocio. Abría temprano la farmacia y siempre estaba al pendiente de todo. Cuando preguntaban por algún medicamento que no tuviera, les prometía surtirlo lo más pronto posible

—Para en la tarde, para mañana a más tardar —solía decir.

A veces lo mandaba comprar en otra farmacia y lo revendía al mismo precio, sólo con el afán de mantener al cliente y dar el servicio. O hablaba por teléfono a la capital con un colega y le pedía que se lo mandara rápido por autobús y a la mañana siguiente ya lo tenía. Había instruido a sus empleados para que actuaran de esa manera en la hora que se ausentaba al mediodía para tomar sus frugales alimentos. La esposa de Goyito, Zoila, era una mujer flaca, alta, arrogante, fumadora empedernida, siempre maquillada, que raras veces aparecía por la botica. Se levantaba tarde, cuando ya Goyito había preparado su desayuno y estaba al frente de su negocio. Contaba con una hábil

cocinera oaxaqueña, quien preparaba diariamente la comida y la cena. Todas las tardes de cinco a ocho jugaba canasta con sus amigas. Pero Goyito la amaba y la consentía en todo. Había sido su única novia desde la secundaria y procrearon dos hermosas hijas. Una de ellas estaba por darles una nieta. Las dos estudiaban carreras universitarias. Tina iba a ser química y Malena doctora. Goyito era miembro de la Asociación Nacional de Propietarios de Boticas y Farmacias y estaba al tanto de las últimas noticias en la actividad que desempeñaba. Siempre alerta a la celebración de congresos o conferencias en algún lugar de la República, eventos a los que asistía regularmente solo, ya que Zoila, era alérgica a los viajes y a perder varias de sus gloriosas tardes de canasta. Era cierto que Goyito tenía un genuino interés profesional en aprender más de su profesión y relacionarse con sus colegas, sin embargo, había otro motivo por el que Goyito reforzaba su interés en salir de Madera. A veces se sentía asfixiado por la rutina diaria con su mujer, su casi nula actividad sexual y el temor a que su bien ganada fama de hombre recto, fiel, justo y generoso se fuera a ver manchada por el escándalo de un desliz amoroso o el simple rumor que se desataría. Madera era un pueblo chico y cualquier aventurilla amorosa fuera de su matrimonio acabaría por revelarse y él lo sabía. Entonces, esas escapadas a los congresos le permitían echar canitas al aire. Tan pronto como llegaba comenzaba a indagar sobre casas de citas, bares con mujeres o bien prostitutas con quien podía contactarse. Goyito tomaba todas las precauciones posibles para no contraer alguna enfermedad venérea y como buen boticario que era había preparado una infusión de hierbas que llevaba en un pequeño frasco desde Madera, para sólo preparar una infusión caliente y esperar la estimulación necesaria, con los buenos resultados ya obtenidos en anteriores ocasiones. Después regresaba a su ciudad, para continuar su diaria rutina, con sus nuevos conocimientos adquiridos en el congreso y los placenteros recuerdos de sus secretas aventurillas.

Goyito el Elegante, como se le conocía, era un devoto de su pasado familiar. Tenía un grueso volumen con las fotos de su abuelo y otro con las de su padre. Estaba orgulloso de encarnar la tercera generación de boticarios. Al no haber engendrado hijo varón, alimentó siempre el deseo que una de sus hijas o ambas, continuaran con la

tradición familiar, sólo que ahora bajo las faldas de sus herederas. Sin embargo, aun y cuando escogieron estudiar carreras con cierta relación con el negocio, no era precisamente lo que deseaba, aunque él mismo recordaba que había escogido la carrera de medicina y el destino lo hizo boticario. Secretamente alimentaba el deseo de que la vida le permitiera ver crecer a alguno de sus nietos e interesarlo por asumir el noble oficio y legarle los secretos que habría acumulado en su larga vida. Sin embargo, estaba consciente de que ello sólo representaba una lejana posibilidad, sujeta a la ineludible condición de ser abuelo y que su nieto fuera varón.

Siguió el perenne desfile de los años con los mismos protocolos conocidos. Sus dos hijas solteras terminaron sus carreras, tomaron trabajos en un hospital y un laboratorio respectivamente. Se casaron. Malena tuvo dos hijas y Tina, la química, no quería concebir. Goyito ya había pasado el paralelo de sus setenta años y un día pensaba cerrar la farmacia, otro venderla. Al parecer nadie de su descendencia mostraba interés en continuar la tradición. Entonces la vida y sus sorpresas dieron muestras de que lo inesperado podía suceder. Tina se divorció, porque el marido tenía la obsesión de tener hijos ya y ella prefería esperar, para disfrutar un poco más de la vida, decía. Se fue a la capital a hacer una maestría en su profesión. Comenzó a tratar a otras personas y apreció en su vida Aurelio Zamarripa. Comenzaron a conocerse, y ella le confesó la verdad de la terminación de su anterior matrimonio. Él era un solterón de treinta y cinco años. Lo llevó a Madera y lo presentó a su familia. Platicó largo y tendido con Goyito. El tipo era simpático, elegante, culto y Tina se sentía muy contenta con él. Al año se casaron. Ahora está al frente de la famosa botica Vida Sana el licenciado en farmacéutica Aurelio Zamarripa, que resultó ser la profesión universitaria del nuevo yerno de Goyito, quién sigue asistiendo esporádicamente a congresos, ahora con el único propósito de distraerse, sin pretensiones de otro tipo.

El éxito logrado por Aurelio Zamarripa al frente de la botica era notorio. Incrementó las ventas al conseguir nuevos clientes. Hacía promociones, se anunciaba en la radio y en el periódico. Hizo el milagro de que su esposa Tina se interesara también por el negocio familiar y al poco tiempo abrieron una sucursal en otro pueblo cercano. Farmacia Montesinos de corte modernista,

donde vendían también algunos abarrotes. Anaqueles modernos. Entrega a domicilio. Servicio médico integrado. Goyito, ya anciano, gustaba que lo sentaran en un reposet en un área de Vida Sana, donde entre dormitadas y ratos de vigilia, siempre de blanco y con su corbata de moñito, disfrutaba de la que había sido su amorosa actividad, ahora en manos de su yerno y de su hija.

22



DOS ENSAYOS Y UN FUNERAL

La primera vez fue en diciembre. Lo recuerdo porque el frío calaba y habían empezado las posadas. A sus ochenta y cinco años comenzó con una gripe, siguió con laringitis y el último diagnóstico fue francamente desesperanzador, neumonía. Mi madre comenzó a llamar a sus dos hermanas y a sus dos hermanos que vivían en otras ciudades y estos fueron llegando. Cuando los amplios cuartos de mi casa estuvieron llenos con uno o dos miembros de cada familia, se habilitó una bodeguita con colchones y cuando éramos más de quince, entre tíos y primos, a los últimos en llegar los alojó mi madre en un hotelito propiedad del esposo de una amiga. Mi madre se adelantó a hablar con el señor Urrutia, el único muertero de la ciudad, para ver la compra de la caja. Él se encargaría de los trámites y de ordenar cavar la sepultura en el panteón municipal. La velación probablemente sería en mi casa. Pasaron dos días y el desenlace no se daba. La abuela pedía su comida a sus horas, reconocía a toda su parentela, pidió que la asearan. Al tercer día los que habían pedido permiso en sus trabajos, abandonaron la ciudad, quedando a pendiente de lo que sucediera. En una semana la abuela fue respetada por la muerte y continuó su vida normal, con las limitaciones propias de su edad y mi casa volvió a ser la misma. Todos los días leía pasajes de la Biblia. Perteneecía a la secta de los Testigos de Jehová y aunque ya no iba a sus reuniones, recibía la revista que editaban, La Atalaya y subrayaba con un plumín verde los párrafos, frases o ideas que le parecían importantes. El abuelo Miguel había sido capataz en una mina de plata y casó en segundas nupcias con la abuela Agatha, después de haber enviudado él. La abuela era de la misma edad de Domitila, la hija mayor de su esposo. El abuelo era veinticinco años mayor que la abuela, por lo que quedó viuda relativamente joven. El abuelo Miguel le había dejado diez propiedades inmuebles, tanto urbanas como rurales, una buena cantidad de monedas de oro y cinco hijos a quienes mantener y educar. Tarea a la que se dedicó afanosamente. Cuando el dinero se acabó, comenzó a vender propiedades y propiciar que sus hijos estudiaran una carrera. Así, mi madre y dos tías fueron maestras. Un tío médico, y otro ingeniero. Una semana después de haber cumplido los noventa años, la abuela nos dio otro susto. Le habían dado una pequeña campanita para que la hiciera sonar cuando necesitara algo.

El continuo repique en la madrugada anunciaba que la abuela se sentía mal y respiraba con dificultad. Mi madre y mi hermana, siempre pendiente de ella, nos despertaron con gran alboroto. Llamaron al doctor Estrada quien somnoliento y malhumorado llegó a las cuatro de la mañana. Revisó a la abuela, la inyectó, prescribió ciertos medicamentos y se retiró con la promesa de regresar más tarde o acudir antes si se requería. A las doce la revisó nuevamente, confirmó que estaba tomando las medicinas prescritas y recomendó tener un tanque de oxígeno para ayudarla a respirar cuando fuera necesario. Pasaron los días. La salud de la abuela semejaba un vaivén. Un día amanecía muy bien y se agravaba por la tarde. El médico aconsejó prepararse para un desenlace en cualquier momento. Previsión que mi madre ya había realizado desde la crisis anterior. Avisó a sus hermanos y todos quedaron en espera de la fatal noticia, que nunca llegó. Siete años vivió la abuela en mi casa, y cuando decidió aceptar la invitación de mi tía Angelita, otra de sus hijas, para vivir con ella se fue más saludable que cuando llegó. En la casa de la tía, cercana a la nuestra, íbamos frecuentemente a visitarla. Tenía una memoria que funcionaba a plenitud. Recordaba la mayoría de las fechas de nacimiento, no sólo de sus hijos, sino de casi todos sus veinte nietos. Recitaba con voz clara y articulaba largos pasajes bíblicos. A veces nos sorprendía con deseos y ocurrencias inesperados. Un día le dijo a mi tía, "Creo que pronto me voy a morir. Quiero que me acompañes a escoger la caja a mi gusto y comprarla de una vez". Ella tenía sus ahorritos que guardaba en una bolsa de plástico negro que tenía siempre a su alcance. "También quiero que me lleves al panteón para saber el lugar exacto donde me van a enterrar", lo que tuvieron que hacer ante su insistencia. Le pidió que le ayudara a hacer una lista de las personas que iban a estar acompañándole en su entierro. Por último expresó su deseo de que el hermano Torres, ministro de su religión, dirigiera el ritual de su despedida y su hijo Isaías diera las gracias a los asistentes por haberlos acompañado en el duelo. Los días continuaron deslizándose y la abuela pensaba en dormirse por la noche y no despertar. Así había deseado e imaginado su muerte. Sin embargo, los sucesos tomarían un camino inesperado. La tía Angelita, quien acababa de cumplir sesenta años, casada y con tres hijos también con sus propias familias,

caminando sobre la banqueta a una cuadra escasa de su domicilio, fue brutalmente atropellada por un automovilista borracho que a las siete de la mañana se quedó dormido. Si bien, la muerte de cualquier persona, en cualquier circunstancia para familiares, amistades o simples conocidos es un acontecimiento, en el caso de la tía fue de un impacto brutal en la familia. La lógica y las expectativas se estrellaron ante una realidad completamente inesperada. La tía gozaba de buena salud. La abuela era la candidata indiscutible para partir. Pero fue su hija menor la llamada por Dios a poner fin a su vida terrenal. La abuela regresó a mi casa. Vivió tres años más con buena salud en el contexto de su edad y una noche de enero amaneció sin vida. Se le concedió su muerte como lo deseaba, repentina, dormida, sin molestar a nadie. Se cumplieron todos sus deseos sobre su funeral y su entierro.

La abuela Agatha fue una mujer hermosa. Al quedar viuda tuvo más de un pretendiente, a quienes siempre rechazó y prefirió dedicarse a criar y educar a sus hijos. Ésa fue su mejor obra. La recuerdo leyendo pequeños pasajes de la Biblia y conminándome a ser bueno y hacer el bien. "Es el mejor negocio, decía, las utilidades son incalculables". El día que murió estuve muy triste porque en verdad la quería y era la única abuela que conocí. La otra y mis dos abuelos se habían ido antes. Mi madre heredó su Biblia y cuando nos reuníamos en mi familia a leer algún pasaje del evangelio, era inevitable recordarla y terminábamos con lágrimas en los ojos.

23



EL MENSAJE SERRANO

Uno de las primeras imágenes grabadas en mi mente es un mensaje colocado en una larga ladera de la Sierra Madre, muy visible desde todo el pueblo de Madera que rezaba “VOTA POR RUIZ CORTINES”, precedido y rematado con logos del PRI, cruzados por una X, señalando la intención del voto. Era el lejano 1953 y yo era un niño despertando a la vida. Después supe que el espectacular letrero estaba hecho de piedras de colores, los emblemáticos, verde, blanco y rojo, que tardaban dos meses en realizarlo y que las latas de pintura las subieron en burros y mulas. Esto me lo platicó casualmente un día Virgilio, un jornalero que ayudó al ingeniero Molina encargado de la maniobra electorera.

Mucha agua tuvo que correr bajo el puente para que apareciera una ley ecológica que prohibiera insultar a nuestros cerros y montañas de manera tan agresiva. Uno va entendiendo, casi sin proponérselo, el intrincado sendero de la política mexicana, que deja como imberbe al laberinto del minotauro griego.

En su momento, ciertas acciones de mis padres carecían de conexión alguna. Él, contador privado, hombre de negocios pequeños, amigo de politiquillos; ella, maestra, lidercilla sindical. Si no expertos, sí avezados en el fino ejercicio del intercambio de favores políticos, a cambio de pequeñas pero importantes acciones en beneficio del sistema. Así, yo mismo fui entendiendo cómo se tejía el estambre. De pronto escuchaba a mi padre:

—Hoy nos habló el licenciado Mandujano para acompañar al doctor Moreno a registrarse como candidato a diputado local.

Y a mi madre:

—Ya tengo organizado un desayuno con cincuenta mujeres, en el salón del sindicato de meseros, para después ir a votar.

Otro episodio de mis avatares de niño político sucedió en la clase de civismo, en tercer año de secundaria. Nuestro profesor Encarnación Perales nos encargó a tres alumnos elaborar una lista de veinte preguntas, revisadas y corregidas por él, para que acordáramos con el presidente del Comité Directivo del Partido Único Nacional, PUN, en nuestra localidad y le formuláremos el interrogatorio, anotáramos las respuestas y las presentáramos a la clase, en una semana. Nos consumió dos días localizar a la persona indicada, quien resultó ser un

carpintero que vivía en una humilde casa con techo de palma, y tenía su taller bajo la sombra de un viejo mezquite. Después de informarle de nuestra misión dijo.

—Con permiso, ahorita regreso.

Se introdujo en su humilde cabaña y salió con un maltratado portafolios azul, del que sacó algunos documentos del partido y los extendió sobre el banco de trabajo. Con parsimonia, pero con acierto fue dando respuesta al extenso cuestionario, mostrando oficio y conocimiento del tema. Cuando pasamos en limpio las anotaciones Luis, cuyo padre era licenciado, se ofreció a pedirle a su papá que los revisara y corrigiera y de esa forma el maestro Chon Chon, como le decíamos, nos dio un merecido diez a cada uno y una felicitación frente al grupo, que nos hizo salir muy honrados.

En mi casa siempre reíamos cuando mi padre platicaba una sabrosa anécdota relacionada con éste tema. El asunto era que unas tías tuyas, ya ancianas, que tenían carro y chofer, pasaban por un pequeño pueblo en dirección a su hogar, cuando una de ellas, desde el asiento posterior donde viajaban alcanzó a ver en una barda la palabra Pan, y le dijo al chofer.

—Elías, párate para comprar pan.

La hermana un poco mas alerta le dijo:

—No nena, no es de ese pan, es del otro pan, ese del PRI.

Mil veces contó la anécdota mi padre y siempre recibía generosas sonrisas de sus interlocutores y a veces sonoras carcajadas. Años más tarde cuando mi hermano Heliodoro fue regidor del ayuntamiento de Madera mis padres lo festinaban como si se tratara del nombramiento de gobernador.

Siempre he sido alérgico a la política. Me parece un gran circo donde actúan los más cínicos, corruptos e ineptos. Cuando participan hombres y mujeres virtuosos son marginados. De lo que más se arrepintió Porfirio Díaz fue de haber declarado al periodista gringo Creelman que México ya estaba preparado para la democracia. Cuánta sangre han ocasionado esas palabras. La dictadura blanda sigue siendo necesaria, sólo que con ciertos ribetes democráticos. Entiendo que la política y los partidos son un mal neces-

rio. La naturaleza del ser humano será siempre corrupta o sublime, falsa o heroica, avara o malévol, generosa o perversa y así serán siempre las instituciones que represente.

24



LAS HUELLAS DEL GALLERO

Desde mi casa casi no se escuchaban, pero quienes vivían en la manzana siguiente, renegaban con los primeros cantos de los más de cien gallos de Severiano Palomera, el gallero de mi barrio. Al frente de la calle, dos modestos cuartos de piedra sin enjarres y atrás una cocina-comedor de leña y palma. Un largo traspatio con jaulas galleras alineadas. Palomera tenía dos hijos varones, Leoncio y Agripino, este último llamado así en honor a su abuela paterna, sólo que en versión masculina. Rita, la mujer de Severiano y madre de sus hijos, vivía postrada en una silla de ruedas. Era atendida por Hortensia, una hermana suya solterona, que se había pegado a la familia, desde hacía diez años, cuando su hermana fue atropellada por un camión de ruta urbana y quedó parálitica.

Severiano Palomera era hombre de andar en los palenques, y pasaba pocos días en casa. La crianza de los gallos estaba a cargo de sus hijos adolescentes, que ya habían sido preparados por su padre en el cuidado de los valiosos plumíferos.

El Gallero, como se le identificaba en el pueblo, sabía de memoria las fechas de las principales ferias del país, y lo mismo estaba en abril en Aguascalientes, que en agosto en León o en Zacatecas o en los pueblos de Jalisco, tan apegados a las peleas de gallos. Era de los que mejor sabían amarrar navajas en el ambiente y de una primera mirada tomaba una radiografía del gallo. Peso, color, mirada, forma de caminar, posición de la cabeza, todo entraba en el escrutinio de Palomera para cazar una apuesta o comprar un semental, para cuando regresara a casa y mejorar su criadero. Leoncio y Agripino, también sabían vender sus gallos o mandarle a su padre dos o tres de los mejores para jugarlos. A veces Palomera ganaba buen dinero y les enviaba a sus hijos un giro telegráfico para depositarlo en su cuenta, pero en ocasiones cuando atravesaba malas rachas les mandaba a pedir dinero.

Cuando hablaba de gallos, que era casi siempre, se transformaba en lunático, intolerante en buen grado cuando se le contradecía, pues muy ocasionalmente aceptaba opiniones diversas. Abría sus pláticas en la materia que dominaba, sentando dos supuestos imprescindibles: que el gallo de pelea nació para ser agresivo y defender su territorio, y se seguía con la procedencia de las principales razas en estos animales. En su opinión las mejores eran la malaya, la inglesa, la española y

quizás la belga y la japonesa. Aclaraba, sin embargo, que difícilmente se encontraban ya razas puras, y lo que predominaba era el mestizaje con rasgos físicos o biológicos de una u otra. Explicaba que los griegos habían hecho las mejores mezclas con base en la observación y la cruce de los ejemplares de excelencia. Indicaba también el docto gallero que las pollas o gallinas de esas razas tenían nulo valor ante el precio realzado de los machos, según su jerarquía y aptitudes para el combate.

Severiano Palomera podía disertar varias horas sobre el tema sin cansarse. Sin embargo, tanta ilustración terminaba por cansar al oyente, que con una cortés disculpa o una mentira piadosa, optaba por alejarse de tan singular enseñanza. Por otra parte, el tiempo descubrió que Leoncio y Agripino tenían medios hermanos en varios lugares de famosos palenques. Si bien en el tema gallero Severiano era autoridad, también tenía debilidad por la baraja y las carreras de caballos, donde perdía lo que ganaba en los gallos y algo más.

Un día regresaba yo de la escuela cuando vi un camión al que iban subiendo todos los gallos de Severiano. Se supo después que lo estaban embargando por unos pagarés que debía. En el barrio hubo dos semanas de franca alegría entre los vecinos al dejar de escuchar el canto madrugador de aquellos animales. Sin embargo, el gusto duró poco ya que en escasos treinta días, se hicieron los Palomera de otros ejemplares y siguió la crianza y el canto temprano acostumbrado.

El padre de Severiano Palomera también había sido gallero. Cuando Severiano se iba a casar con Rita Cárdenas le advirtió cómo iba a ser su vida matrimonial y la importancia que los gallos representaban para él. Le aclaró que iba a tener que viajar mucho y que la economía a veces podía andar boyante y en otras había que pedir prestado. Ella aceptó las condiciones del gallero sin chistar, por eso nunca hubo reclamos. Eso le gustaba a Palomera y que no le hiciera preguntas que le obligaran a mentirle. Lo que nunca supo Severiano es que Rita, calladita, calladita le había puesto el cuerno y Agripino, su segundo hijo, no era hijo del gallero, sino de un vecino que consolaba a Rita en las largas ausencias de su marido.

25



ELEGIR ES RENUNCIAR

Cuando cruzábamos los meandros de la adolescencia, Leopoldo Cadena y yo nos hicimos muy amigos. Nos empezaba a pegar el mal de amores y eso nos unía al tener cada uno en el otro en quien confiar o por lo menos ser escuchado y sacar íntimos secretos.

Un día compramos cuatro cervezas y una cajetilla de cigarros y nos fuimos a un paraje cercano a despepitar nuestras cuitas, bajo la sombra de un añoso sabino. A Polo le gustaban para novia dos mujercitas. Una con el soviético nombre de Karenina, vecina de nuestro barrio, de quien me enteré que llevaba el internacional nombrecito porque su padre era admirador de León Tolstoi; la otra musa de mi amigo era Helena, compañera de la prepa, cuyo nombre evocaba a la causante de la guerra de Troya. Hermosas las dos, en la flor de su juventud. Karen, como la llamábamos todos, era blanca, con el pelo corto y un poco rojizo natural, unas cuantas pequitas, con una mirada sensual procedente del tenue verde de sus hermosos ojos. Su cuerpo anunciaba apenas el nacimiento de dos pequeños volcanes que realzaban su belleza. Helena era de otro estilo, morena clara, cabellera de mediana longitud que descansaba sobre sus hombros, ojos grandes y muy negros, con un lunar coquetísimo donde comenzaba su pómulo izquierdo; se sabía bonita y era todo un espectáculo cuando se enfundaba en unos pantalones entallados que revelaba su perfecta anatomía. Todos estábamos enamorados de Helena. Ella había esparcido la noticia de que tenía novio, sólo que estaba estudiando medicina en la capital de México. Verdad o mentira eso ponía un valladar entre las pretensiones de quienes nos gustaba y la posibilidad de que se hiciera novia de alguien. Después de la primera cerveza, Polo y yo nos desinhibimos y comenzamos a confesarnos. Me confió que la madre de Karen, le había comentado a su mamá, que le gustaría que Karen y él fueran novios y que eso no le había gustado mucho, porque sentía que si le pedía a Karen que fuera su novia, podía ser por darle gusto a la madre de ella, aunque sí le gustaba Karen. Sin embargo, me dijo que se masturbaba cuando Helena llevaba esos pantalones rojos a la escuela, que soñaba con sus hermosas nalgas y sus carnosos labios.

Cuando terminábamos con la segunda cerveza, Polo, de pronto, sollozaba y me decía:

—De plano, no sé qué hacer mi Torito.

Así me llamaba en honor a aquella famosa película de Pedro Infante, con quien me encontraba cierto parecido, quizás por el tipo de camisetas que yo usaba, más que alguna semejanza física con el ídolo cinematográfico. Inmediatamente me ubicaba yo en un papel neutral.

—No sé mi Polo, esas son decisiones muy personales; de plano no me atrevería a decirte por quién decidirte. Las dos son hermosas, así que piénsale bien y lánzate compadre.

Polo Cadena era un tipo bien parecido, de cuerpo atlético, lanzador de jabalina, con su copete engomado, de piel blanca, pero pusilánime. Siempre dudaba en tomar decisiones. Yo le conocía ese lado flaco y en ello le llevaba ventaja, porque creía conocerme, y para mí no representaba mayor problema tomar uno u otro camino. En cierta ocasión lo invité desde un lunes a ver un partido de beisbol para el siguiente sábado y no se decidía a ir.

—No sé si vaya, luego te digo —era su respuesta, ante el requerimiento de mi parte.

—De plano Torito, tú no quieres ayudarme, pensé que eras mi amigo.

Y así continuaba con una serie de reproches que me hacían pensar que quería escuchar de mí lo que tenía que hacer en el tema amoroso. Yo lo escuchaba y le repetía de nueva cuenta mis argumentos, cambiando quizás algunas palabras, y de pronto me reviró.

—Oye, Torito, ¿y a ti quién te gusta? No me vayas a salir que te gustan más los tornillos que las tuercas, que corres para tercera, cabrón —y rubricó su frase con una sonora carcajada.

Aun y cuando no esperaba el cuestionamiento de inmediato le respondía:

—Hay varias, mi Polo, pero hasta ahora no ando clavado con alguna.

Lo que no sabía Polo era que yo estaba enamorado como un loco de Helena. Así que espere su nueva insistencia para ayudarle en su decisión y le deslicé:

—Bueno mi Polín, yo creo que te conviene más la Karenina, porque conoces a su familia, es muy hermosa y sé que anda tendida también sobre ti.

Movió su cabeza afirmativamente y alcanzó a decir:

—Gracias, Torito.

Le dije la frase que recién había escuchado de mi madre, “Elegir es renunciar” y consideré haber eliminado a un competidor más en la conquista de Helena Selvera.

Creo que aun y cuando por otro motivo atiné en la recomendación amorosa que le di a Polo Cadena, con el tiempo, y después de seis años de noviazgo, se casaron, tuvieron hijos y fueron felices. Nunca me he atrevido a decirle a Polo por qué le recomendé que se hiciera novio de Karenina. Quién sabe como reaccionaría. Helena nunca fue mi novia. Resultó que sí era cierto lo de su novio el doctor. Actualmente está casada con él y creo que hasta es abuela. Me dolió que no me hiciera caso. Pero apareció Silvia mi mujer y todo quedó en el pasado.

26



APRENDER SIN ENSEÑAR

Cursábamos el sexto año de primaria. Ponchito Velarde se sentaba siempre en la primera fila. En ese tiempo yo pensaba que era por su interés en las enseñanzas de nuestra maestra Laurentina. Muchos años después me confesó en una plática ética, que lo hacía para ver mejor el pizarrón, porque ya comenzaba a advertir una leve miopía, pero principalmente para ver las hermosas piernas de la maestra Tina. Tendría ella unos veinticinco años, alta, apiñonada, de cintura breve, pechos abultados, dientes muy blancos y perfectos, usaba un perfume del que nunca supe su nombre, pero se percibía discretamente cuando uno estaba a menos de un metro de ella. Tenía una voz potente, pero no desagradable. Cuando la llamaban de la dirección, un compañerito se colocaba afuera del salón para “echar aguas”, mientras nosotros retozábamos. El primero que pasaba al frente era Julio Bolado, que ya era actor. Se colocaba dos bolas de papel bajo su camisa, simulando las tetas de la maestra, caminaba en las puntas de los pies, parodiando el tacón alto, y tirando un poco las nalgas hacia atrás. Nos desternillábamos de risa y hasta aplaudíamos cuando el vigía anunciaba “Aguas, ahí viene”; abríamos de nueva cuenta nuestros cuadernos y asumíamos una actitud seria y meditabunda.

Periódicamente convocaba a nuestros padres, especialmente a las mamás, que eran las que acudían, para platicar sobre el comportamiento de sus hijos. Nos tenía bien radiografiados y cuando llegaba a casa mi madre me señalaba lo que decía la maestra Tina de mí. Siempre me sorprendía lo que observaba de mi comportamiento. Que si no ponía atención en matemáticas, que si en el recreo me juntaba con X compañero, que tuviera cuidado porque no era una buena influencia. Que si fumaba en el baño de la escuela. El día que mi madre acudía a la escuela, convocada por la maestra, andaba yo nervioso, inquieto. Presentía que iban a ser más los malos comentarios que los buenos.

Al año siguiente, cuando regresamos de las vacaciones de navidad, todos nos sorprendimos con la noticia de que la maestra Tina había sufrido un accidente automovilístico, e iba a ser sustituida por el profesor Cabrera, quien después de las primeras clases advertimos que se trataba de un perfecto cabrón. Comenzamos a extrañar la grata y amable presencia de nuestra maestra y a recibir un trato rudo, directo

y con palabras que nos sorprendían y nunca hubiéramos esperado en voz de un profesor. “Pendejitos” era su palabra predilecta.

—Miren pendejitos, éste es un grupo de puros hombres y como tal los voy a tratar. Estoy enterado que abusaban de la bondad de la maestra Tina, pero eso se acabó, conmigo derecho y desfilando pendejitos. No quiero rajones, los hombres se aguantan. Nada de ir lloriqueando a la dirección o acusarme con sus papacitos de que los trato como hombres, ¿entendido?

Ponchito Velarde abandonó la primera fila y fue a refugiarse al fondo. El profesor Cabrera era un sujeto pequeño, de pelo chino, labios gruesos, de rasgos negroides, nunca sonreía ni daba concesiones. El tamaño de las tareas, aumentaron al doble de las que nos dejaba la maestra Tina. Nos ponía exámenes sin previo aviso, nos pasaba a leer frente al grupo y nos corregía desde la forma de estar de pie, la modulación, el respeto por los acentos ortográficos. Llevaba el periódico y nos hacía leer y comentar las noticias, y ponía a competir una mitad del salón contra la otra. Cuando sorprendía a alguien copiando en algún examen, se acercaba al inculpado, tomaba su patilla entre su índice y pulgar y jalaba lentamente hacia arriba.

—No hagas trampa pendejito, mejor estudia más.

—Ay profe me duele —se atrevía a decir uno.

—A mí me duele más que seas un burro pendejito, aguántese —replicaba.

Antes de concluir el curso nuestro grupo participó con sus similares de otras escuelas. En matemáticas obtuvimos el primer lugar. Nuestros padres y la directora lo alababan como el mejor maestro, sin darnos mucho mérito a nosotros, a mí siempre me ha acompañado la duda de si nuestro triunfo se debió a la maestra Tina, a Cabrera o a nosotros mismos.

La maestra Tina estaba embarazada cuando tuvo el accidente, perdió al hijo que esperaba y se deprimió mucho. El tal profe Cabrera, resultó que estaba casado con una hermana de la directora. Así que aunque le llegaron algunos chismes sobre el comportamiento de su cuñadito, obviamente no hizo caso a ninguno y menos después de haber ganado el concurso de

matemáticas. Un día me encontré a mi antiguo profe en un bar, después de veinte años y al saludarme se acordó de mí y me dedicó una sonrisita irónica. "Quihubo pendejito, como te ha ido, hacía mucho tiempo que no te veía". No tuve más remedio que sonreír y comentarle... "Bien profe, aquí, pendejeando".

27



LA CASA DEL MAYOR

La casa de Julio y su vida misma estaban impregnadas del ambiente militar. Su abuelo había sido capitán del ejército federal; su padre era mayor; su hermano Adrián estaba terminado su carrera como médico en el Heroico Colegio Militar, y él mismo estaba ansioso por ingresar a la noble institución y continuar con la tradición familiar. El mayor Sarabia, padre de Julio, era el jefe de policía en Madera. Con cierta frecuencia iba yo los sábados a la casa de Julio, por varias razones. Primera, porque Julio era mi amigo y me invitaba; segunda, porque tenía unas hermanas gemelas muy bonitas, Adelina y Valentina, y también porque su madre, poblana ella, preparaba una comida deliciosa. Ahí probé por vez primera los chiles en nogada, las chalupas, el mole de olla, el pastel de carne y otras exquisiteces, que mi rústico paladar no conocía. La casa-museo de Julio tenía las paredes atiborradas de condecoraciones, fotografías, diplomas, recortes de periódicos, pinturas y todo lo que pudiera colgarse ensalzando el pasado militar de la estirpe. La madre de Julio, Abigail, era una dama interesante, culta. Se mantenía bella y en forma en sus cuarenta. Era enfermera militar y hacía con su esposo, el mayor Sarabia, una pareja fuertemente unida por su formación e intereses. Tenía la familia una pequeña pero bien surtida biblioteca, en la vieja y confortable casa de sillar que habitaban. Como Julio limpiaba pistolas y rifles, que era su hobby, hacía yo un recorrido lento, pero pleno de curiosidad por los lomos de los libros que abigarradamente ocupaban los estantes. Historia de la Segunda Guerra Mundial; La guerra contra la intervención; Joaquín Amaro, fundador del Ejército Mexicano, eran algunos títulos que recuerdo, pero también estaban las obras de Alfonso Reyes, Los Diálogos de Platón, Los poetas del Siglo de Oro Español, libros de física, música, La vuelta al mundo en ochenta días y muchos otros que mordían mi interés. En mi casa había sólo un libro sobre cocina y otro relativo a la cacería de los patos, que eran sólo del interés de mi madre, el primero, y de mi padre, el segundo.

En la casa de Julio jugábamos con un gran danés, tan noble como impresionante por su tamaño. Su nombre era el Almirante. Siempre sospeché pero no me atreví a preguntar ni a Julio, ni a alguien de su familia, si el nombre del can obedecía a la ancestral pugna que existe en todos los países entre soldados y marinos. Intuyo que dar órdenes a

un almirante, así fuera un perro, se contemplaba como una humillación diaria a la armada, aun y cuando el gran danés, totalmente ajeno, se limitaba a mover su rabo en señal de aprobación. Tuve el privilegio de constatar que mi amigo Julio Sarabia llegó a general de brigada, vivió en varios países y por lo menos dos de sus retoños abrazaron la carrera de las armas.

Las pocas casas que había en la manzana donde se ubicaba la de Julio fueron demolidas y donde estaba la casa de mi amigo se hizo un agradable proyecto, con áreas verdes, andadores, juegos infantiles, fuentes. Recorrer su perímetro y hacer cálculos mentales para reconstruir virtualmente la biblioteca, la recámara de las gemelas, la sala, era atrapar subrepticamente y por un buen rato la felicidad. El mayor Santiago Sarabia murió en cumplimiento de su deber, al repeler la agresión de cuatro asaltantes al único banco de Madera, cuando huían con el botín. Es un personaje bien recordado y el nuevo edificio de policía lleva su nombre. Adelita y Valentina se casaron con extranjeros. Una vive en Europa y la otra en Estados Unidos. La rueda del tiempo giró lenta pero inexorable y nos depositó a todos en nuevos escenarios. Julio y yo somos ahora cuñados, al casarse con mi hermana Genoveva.

Cuando un vecino me regaló un perrito chihuahueño, se me ocurrió llamarlo Grumete. De lo cual me arrepentía posteriormente, ya que casi a todo que me preguntaba el significado de ese nombre tenía que explicarle que es el aprendiz de marinero, el que hace las tareas de limpieza en los barcos. Con esa respuesta quedaban satisfechos, sin embargo, hasta ahora nadie me ha preguntado por qué le puse así, si ello hubiere sucedido tenía lista la respuesta: "Nomás, se me ocurrió de repente". Aun y cuando la verdad fue en recuerdo de lo narrado.

Cuando Julio y Genoveva se hicieron novios me dio gusto, pero también me entraron unos celitos inexplicables. Como la las gemelas eran muy bonitas, se me ocurrió cortejar a una de ellas, pero al ser tan parecidas, pensé que me iba a complicar la vida al no poder distinguir fácilmente quién era quién. Vestían iguales, se peinaban igual, hablaban muy parecido y francamente desistí del proyecto. Al tiempo supe que ambas estaban enamoradas de mí. Estoy seguro que era enamoramiento y no

amor. Eso sucede a los catorce años. La madre de Julio fundó la escuela de enfermería del estado que hoy lleva su nombre, Abigail Bretón de Sarabia.

28



ORANTES EL ORADOR

La primera vez que lo escuché hablar en público fue en el entierro de doña Chucha, la curandera de mi barrio, a quienes todos le debían favores. Como no era muy alto se plantó sobre la cornisa de una tumba cercana y comenzó a hablar con voz potente, ademanes discretos y girando su cabeza lentamente hasta abarcar con su mirada a todos. Debo decir que me impresionó gratamente, pues incluso éramos conocidos y con cierto trato, nunca me percaté que fuera buen orador. Después me enteré por un amigo mutuo que Emilio Torres Orantes no era improvisado. Tenía por lo menos cinco años que había decidido prepararse. Se interesó primero por la vida de Demóstenes, el orador griego de mayor relieve. Leyó cuanto libro llegó a sus manos sobre oratoria, se informó sobre las leyendas de la oratoria mexicana como Jesús Urueta, Querido Moheno, Olaguibel y García Naranjo, integrantes del famoso cuadrilátero. Se hizo instalar dos grandes espejos en las paredes de su recámara, cuya confluencia formaba un ángulo recto, y hasta su tío Luis, el carpintero, le hizo un pódium. Pero como todo buen orador debe ser un almacén de frases, ideas, pensamientos y escritos, Emilio devoraba libros de historia, literatura, filosofía, coleccionaba frases particulares. En festejos de quinceañeras y bodas, cuando no era invitado a hablar, se le notaba inquieto, buscando la manera de insinuar que le permitieran mostrar su ya reconocida habilidad. Igual sucedía en los funerales, en los que si no conocía al fallecido o a los deudos buscaba a alguien para que ofreciera sus servicios a los dolientes. De concursos locales de oratoria, pasó a estatales y después a nacionales. Orantes, como muchos se dirigían a él, era también pulcro en su vestir, zapatos siempre impecables, camisas almidonadas, un peinado relamido, tipo Benito Juárez, perfectamente engominado con la raya capilar trazada con teodolito.

Modulaba perfectamente, ponía énfasis en las palabras y frases de impacto, manejaba los silencios como pocos, como reza aquella antigua conseja de que cuando uno escoge un oficio o una profesión, hay que comenzar por parecerlo.

Torres Orantes parecía orador y ciertamente lo era. Una de las primas cercanas de la oratoria es la política, la de antes y la de ahora. Fue así que su fama y prestigio se extendió principalmente en el estado pero también a nivel nacional. Cuando llegó el tiempo de las elecciones

para gobernador recibió una llamada telefónica del mismísimo Fidel Fernández Mendieta, candidato por el partido oficial, invitándolo a una comida, en el cual le pidió ser el orador principal de su campaña. Desde ese momento Emilio se sintió bendecido al vislumbrar múltiples ocasiones para mostrar su verbo convincente, su deseo de hablar en público, pronunciar discursos, sentir la descarga de adrenalina que le provocaba y también el futuro político que se abría para él. La campaña fue intensa, duró tres meses en los que Orantes pronunció al menos tres discursos por semana. Era un deleite escucharlo, emocionaba a la audiencia. Hablaba por el candidato, no muy ducho en el arte oratorio, más bien parco, pero coherente y profundo. Si bien se apreciaba el contraste, parecían complementarse. El candidato estaba muy complacido con él y por las columnas políticas ya ubicaban a Orantes en algún importante cargo de la próxima administración. Como no hay fecha que no se llegue, ni plazo que no se cumpla, hubo elecciones, triunfó con amplia ventaja Fidel Fernández Mendieta y tomó posesión como gobernador. Emilio recibió nombramiento como secretario de Prensa y Difusión Cultural. Se le dió la encomienda de preparar por escrito los discursos que iba a pronunciar el gobernador. Ahora sus discursos serían leídos por otro. Entendió que su jefe no quería que siguiera superándolo con su excelente oratoria. Ahora trabajaba para aprovechar su amplia cultura y maestría en la redacción de documentos. Eran pocos las ocasiones en que se le permitió decir otros discursos. En la nueva casa que se construyó Torres Orantes en el segundo año de gobierno, mandó instalar espejos altos en una esquina de su biblioteca y adquirió un pódium más elegante, para entregarse a su verdadera pasión.

Con el paso de los años, Emilio Torres Orantes fundó una escuela de oratoria en la que llegó a tener más de cien alumnos, hombres, mujeres y niños de todas las edades que bebían sus consejos y a diario le reiteraban su agradecimiento por enseñarles a comunicarse mejor, a vencer timideces, tan arraigadas en los seres humanos. Dos de sus hijos siguieron su camino y llegaron a ser campeones nacionales. Tuvo una larga y fructífera vida. Días antes de morir pidió a sus familiares, que en su entierro no hubiera discursos, sólo oraciones.

29



EL SUEÑO QUE RECUERDO

Mira Miguel, me dijo, no voy a disertar sobre lo que se conoce sobre los sueños, ni a invocar a Freud y el inconsciente, menos a recordar el sueño de José y las siete plagas de Egipto. No manito, sólo te voy a platicar el sueño que tuve anoche. Ahí va. Soñé mi muerte por envenenamiento, y tan pronto como tomé conciencia de que había dejado esta vida, supe quién lo había hecho y hasta vi, como en un video, todos los detalles, pero lo más impresionante para mí es que estaba en un lugar que semejava una ciudad, y que todo era pequeño, y quienes la habitaban eran enanos. Me percaté que ahí habitaba Blanca Nieves y sus siete enanos porque así lo anunciaba un letrero luminoso. No pude dejar de recordar a Gulliver y sus aventuras. Me trasladaba de un lugar a otro; con sólo pensarlo, ya estaba ahí, sin caminar, solo ya estaba ahí, con lo que yo creía era todavía mi cuerpo físico. En una gran carpa habitaban todos los enanos de circo ya fallecidos, me asomé y los vi en miles de pequeños trapecios, jugando con pelotas, echando maromas, montando sobre perros y caballos y todos riendo con una risa contagiosa, a la que me sumaron de inmediato. De pronto, me vi trasladado a un enorme galera donde había unas largas mesas, en las que estaban sentados miles de caníbales, cada uno con una olla hirviendo frente a sí, en la cual iban poniendo pequeñas porciones de cuerpos humanos que estaban en ganchos a lo largo de la galera y los caníbales iban desprendiendo con filosos cuchillos la parte que deseaban comer. Luego me hicieron visitar la gran fábrica de huellas digitales. De ahí salen todas las huellas dactilares que identifican a cada ser humano. Me hicieron ver la importancia que ello representaba. Todos pasaban por un sofisticado aparato, encargando de verificar que no se repitieran. De vez en cuando se encendía una luz roja que indicaba algún error y las huellas dactilares, muy apenadas, salían por una especie de válvula de escape y desaparecían. Visité después el pabellón de los jorobados, quienes tienen una consideración especial, porque cargan en sus jibas gran cantidad de pecados y faltas graves a los seres humanos. Alcancé a ver a la distancia al Jorobado de Nuestra Señora de , tocando eternamente unas campanas que era lo que más disfrutaba en vida. Me explicó mi guía, un ángel alto, negro, de rasgos orientales y dos alas enormes, doradas, como su túnica, a quien por

cierto no se me ocurrió preguntarle su nombre, que había estado muy ocupado, mostrando ése y otros miles de lugares a quienes sueñan, porque ésa es la llave de entrada al conocimiento trascendente, así me dijo. Me asomé también al Pabellón de los Literatos, encontré en amena charla a Shakespeare, Cervantes y Dante. Creí escuchar que ya tenían listas sus nuevas obras, sólo esperaba a que se les indicara qué terrícolas iban a ser los beneficiarios de las mismas, para difundirlas.

Aun no he dicho que quien me platicaba esto se llamaba Luis Montano, que vive en el número 229 de la calle Ocampo, a dos casas de la mía. Asiste a las reuniones de un grupo de Rosacruces a las que me ha invitado, pero no he querido ir. Cuando comenzó a platicarme eso sólo éramos él y yo, pero como tiene voz alta, comenzaron a agregarse otras personas que paseaban en la plaza, creo que llegamos a ser siete u ocho. A mí, como a todos, nos impresionó su relato. Cuando terminó nos fuimos dispersando, unos movían la cabeza en forma negativa o mostraban sonrisas de franca incredulidad. Yo también me fui a mi casa, pero esa noche casi no dormí. Recordé que apenas la semana anterior acababa de leer la Divina Comedia y me pareció extraña la coincidencia.

Luis Montano era un tipo raro. Entre metafísico y fantasioso, por ende mentiroso. Platicaba que ya había viajado por los espacios siderales y que le fueron reveladas muchas verdades que iría dándonos a conocer poco a poco. A veces quedaba como en trance y con su índice derecho llevado a sus labios nos indicaba que no hiciéramos ruido. Después nos explicaba que nos había pedido eso porque estaba recibiendo mensajes divinos. A mí francamente no me gustaba encontrármelo, pero en un lugar chico como Madera, era inevitable. Medio pueblo decía que estaba enfermo, la otra mitad pensaba que estaba loco. El padre Juancho buscaba un buen exorcista porque, afirmaba, que era el diablo quien le hacía decir tantas barbaridades. Un día desapareció y fue localizado por unos cazadores en una cueva de la sierra, meditando, en flor de loto, semidesnudo y se opuso a bajar al pueblo. Se alimentaba de frutos silvestres, raíces tiernas y tomaba agua de un manantial cercano.

30



TODOS LOS HOTELES SON DE PASO

Para la gente de Madera, el hotel Regina y don Ciro Rivas eran lo mismo. Se refería al negocio como el hotel de don Ciro o el Regina de don Ciro. Se justificaba esa expresión porque el hombre era el alma del hotel. Sus treinta habitaciones fueron construidas por don Ciro, poco a poco, a lo largo de diez años, en un terreno heredado de su padre. Era dueño, gerente, administrador, empleado, todo era don Ciro. En sus buenos tiempos trabajaba quince horas diarias. Ahora, viejo y reumático, pasaba buena parte del día sentado en una mecedora en la recepción, desde donde seguía tomándole el pulso a su negocio. Nunca perdió su lucidez y buen humor. Tenía siempre una frase ingeniosa, o un comentario agudo, que provocaba sonrisas. Por un año trabajé como mozo, en el turno vespertino, en el hotel Regina. Su clientela era variada: agentes de viajes, familias, deportistas, políticos y ocasionalmente parejas, por unas cuantas horas. Cuando alguien le preguntaba si su hotel era de paso, el respondía muy orondo:

—Mira hijo —porque esa era su expresión favorita—, todos los hoteles son de paso, tú no llegas para quedarte a vivir siempre, vas de paso, ¿o no?

Rubricaba su respuesta con esa pregunta, que recogía un claro, “de acuerdo, don Ciro, tiene usted razón”, que lo colmaba de satisfacción. Los sábados por la tarde jugaba cartas con sus amigos. No le gustaba que en esas horas de placer lo interrumpieran para preguntarle asuntos del hotel. Dejaba la administración en manos de Alicia, hija única de su matrimonio, quien era la supervisora del hotel. Por la mañana hacía un recorrido por los pasillos y cuartos, revisaba el buzón de sugerencias y en una libreta anotaba todas las tareas a realizar: arreglar un lavabo, una silla rota, la regadera, el ventilador, limpiar el cuarto 15, resanar dos raspaduras de la pared del 9, arreglar las cortinas, etcétera. Después asignaba esas tareas a los empleados y por la tarde revisaba el avance o la conclusión de la encomienda. El Regina tenía un buen restaurante al que acudían no sólo sus huéspedes. Las enchiladas rojas y el puchero de res eran su especialidad. Lucha, la cocinera, le preparaba a don Ciro la comida que le gustaba. Los chilaquiles, las quesadillas con tortilla del comal, el pozole, los frijoles refritos con manteca de puerco. El viejo era bueno para comer. No sé donde le cabía tanto, porque era flaco y no muy alto.

En un hotel sólo se aburre quien tenga muerta el alma. El flujo de personas que ingresan y salen es fuente provechosa para cualquier mediano observador. Durante el tiempo que laboré ahí, practiqué un divertido hobby que desde muy niño entró a mi vida. Tratar de adivinar a que se dedicaba cada persona, cuál era su oficio o profesión en la vida. La manera de vestir, de hablar, sus actitudes eran mis primeras pistas para aventurar, según yo, una fundada conjetura. La mayoría de las veces no acertaba, pero cuando lo hacía la alegría me duraba todo el día. Alguna vez pensé en estudiar psicología, pero luego lo descarté. Recuerdo una pareja que ocupó varios días una habitación. Él era un hombre bien vestido, educado, amable, pulcro, y ella parecía su esposa, yo supuse que era licenciado o profesor de alguna escuela superior. Resultó que era contador en un pueblo cercano y quien parecía ser su esposa era su amante y el hombre había envenenado a su esposa. Vino la policía por él y salió cabizbajo custodiado por dos ministeriales.

En su ya lejana juventud Ciro Rivas se había ido de mojado, de backwet, dicen los gringos. En un par de años, ahorró cinco mil dólares trabajando precisamente en un motel, desde belboy, velador, ayudante de cocina, jefe de limpieza y unos meses estuvo como administrador. Eso fue lo que le decidió a construir su propio hotel, del que se sentía seguro de poder conducir, como así fue, dada su valiosa experiencia en Estados Unidos.

En una ocasión hubo un incendio en una de las habitaciones provocado por un corto circuito. En él se encontraba dormida una niña, a quien su madre había dejado sola unos minutos. Sin pensarlo me metí entre llamas y humo y rescaté a la menor de una muerte segura. Donde entonces don Ciro me tomó un aprecio especial. Cuando tuve que dejar Madera para entrar a la universidad en la capital del estado, me concedió una generosa beca por un año, que alivió la merma económica de mis padres. Hace algunos años murió don Ciro. Cuando regreso a mi pueblo, paso a saludar a Alicia, que es ahora la propietaria, recordamos a su padre, mirando su foto que nos sonrío, en la misma recepción donde se solazaba en su mecedora. Un día se me ocurrió pensar en la sobrada frase de don Ciro de que todos los hoteles son de paso y al parafrasearlo creo que también todas nuestras vidas son de paso. A don Ciro también le hubiera gustado escuchar eso.

Lucha la cocinera era amante de don Ciro y fue quien más lloró su muerte. Alicia que sabía de la relación, a la muerte de su padre fue a la primera que corrió y contrató a una amiga lesbiana como ella. Dice el proverbio que no hay mal que por bien no venga. Lucha empezó con una fonda a la vuelta del hotel y aquello lo convirtió en el mejor restaurante de la ciudad a donde iban a tomar sus alimentos también los huéspedes del Regina. Escuché la leyenda de que por las noches se aparecía don Ciro sentado en su mecedora. Lo mismo hace de día, porque estoy seguro que siempre anda por ahí.

31



EL CHALÁN DE DON CLETO

Fue exactamente el día siguiente de terminar mi secundaria. Era un sábado y me acababa de levantar para comenzar a disfrutar mis vacaciones de verano. Planeaba hacer un campamento en la playa, formar un equipo de beisbol, pedirle a Rosalba que fuera mi novia, hacer tortas y venderlas a la salida del cine y en los lugares que había más gente. En fin, mi proyecto de cómo utilizar mis vacaciones estaba completo. Después de desayunar, me disponía a salir cuando me llamó padre:

—Toño, quiero hablar contigo.

—Sí, papá.

Nos sentamos en dos mullidos sillones de nuestra sala y viéndome a los ojos me dijo:

—Mira Toñito, tú sabes que siempre he querido lo mejor para ti, deseo que te formes como hombre completo. Estoy muy satisfecho con tus calificaciones, pero he pensado que debes aprovechar tus vacaciones, antes de entrar a la prepa, con algo útil. Fíjate que hablé con Cleto mi mecánico y le pedí que te admitiera por un mes siquiera, como su chalán en el taller, para que aprendas algo de mecánica. Eso es muy útil en cualquier momento y cuando seas grande me lo vas agradecer.

La idea me tomó por sorpresa y me quedé callado, pensando en cómo se alteraban mis planes iniciales. Sin embargo, me repuse y le dije:

—Si papá, como tu digas, veo que quieres que yo haga lo que tú hubieras querido hacer.

Le dije esto, porque en varias ocasiones, sobre todo cuando fallaba nuestra camioneta, le había escuchado decir eso. El lunes siguiente, a las ocho de la mañana, estaba yo en el taller de don Cleto Ramírez, con la ropa y zapatos más viejos que tenía, atendiendo el consejo de mi padre. Don Cleto era un hombre cincuentón, alto, de ojos café, grueso pero no gordo, usaba una gorra beisbolera, con la visera apuntando hacia el lado derecho de su cabeza. Enfundado en un pantalón de mezclilla con pechera, se movía con parsimonia, pero no dejaba de hacerlo. Su voz era sonora, parecía tener un micrófono integrado. En el taller todos tenían apodos:

—Gato, ¿cómo vas con esa transmisión?

—Tlacuache, ya va a venir el dueño por ese carro,

—Moco, pásame la de tres octavos.

Así era todo el día, hasta las cinco y media que los mecánicos comenzaban a recoger la herramienta, lavarse sus engrasadas manos. Algunos se bañaban, se cambiaban de ropa y justo a las seis de la tarde cada quien salía para su casa.

La primera semana me puso a limpiar carburadores y balatas, me enseñó a cambiar llantas, a checar los niveles de los frenos, de la transmisión, del aceite del motor; la presión de los neumáticos, el agua de la batería, a limpiar las terminales. A don Cleto le gustaba explicarme cómo deberían hacerse los trabajos y le complacía la atención y las preguntas que le hacía, que denotaban interés en aprender. La siguiente semana me llamó al destartalado cuarto de lámina y madera que le servía de oficina, con un viejo archivero metálico, una mesa habilitada como escritorio, con cubierta de tela ahulada como mantel de comedor y comenzó a dictar cátedra:

—Mira Toño, los sistemas de los carros son como los de las personas, todos tenemos un sistema nervioso, un sistema digestivo, otro circulatorio; así también los autos, tienen un sistema eléctrico, otro de la gasolina, uno más de frenado, de la transmisión. Todo sistema por definición tiene una entrada y una salida. Entonces, para detectar una falla tienes que revisar cada parte del sistema y así la vas a encontrar, recuérdalo siempre. Esto que te digo me lo enseñó hace muchos años un maistro con el que trabaje.

Aprendí además con don Cleto a purgar radiadores, a instalar mofles, a cambiar amortiguadores. Estuve algunos días con el eléctrico. Me enseñó a detectar pequeñas fallas y a repararlas. Cuando don Cleto no estaba, le preguntaba mis dudas a el Birlo, su segundo de a bordo, un tipo parecido a Tin Tan, pero que hablaba como Cantinflas, y a pesar de su buena intención, al terminar su explicación estaba yo mas confundido que al iniciarla. El taller tenía un pequeño apartado donde reparaban bicicletas, ponchaduras, arreglo de cadena, frenos, enderezado de rayos. Estuve ahí también unos días porque me interesaba saber cómo reparar la mía cuando fuera necesario. El último día de estancia en el taller de don Cleto me llamó y me dijo, “Hoy es el ultimo día aquí. Tu examen final va a ser cambiarle la bomba de gasolina a esa camioneta azul”. Ese día ni comí y a las cinco de la tarde, llamé a don Cleto para

revisar el trabajo, la probó y lo aprobó. A pesar de que el portón de salida del taller era muy ancho, sentía que no cabía por él.

Por las mañanas don Cleto parecía, era y actuaba como mecánico. Sin embargo, por la tarde y noche cuando llegaba a su casa, se transformaba. Nunca permitía que alguien le tratara cuestiones de trabajo fuera del taller. El hombre se bañaba, rasuraba y vestía impecable. Le gustaba oír música clásica y salía a cenar o a pasear con su esposa. Nadie que no lo conociera apostararía que era el mecánico de la mañana. Su esposa era una dama fina, elegante, que daba clases de inglés en su casa. Sus dos hijos estaban casados y vivían fuera. Uno era dentista y el otro pintor. Le agradezco a mi padre lo que hizo por mí ese verano. Lo aprendido me ha servido mil veces para ayudar y para que no me vean en los talleres mecánicos la otra cara que todos tenemos.

32



SIEMPRE A LAS OCHO

Todos sabíamos que Elvira era puta y trabajaba todas las noches, con excepción de los lunes, en la zona de tolerancia de Madera. El señor Molina, un viejo alto y encorvado pasaba por ella a las ocho en su viejo taxi para llevarla a su lugar de trabajo y la traía de regreso a las tres de la mañana. La veíamos salir con sus labios rojos, su cuerpo de sirena, el permanente, imitando a María Victoria. Fernando su único hijo, con quien jugábamos en la calle, era de mi edad, y a sus trece años se daba cuenta de todo. Aceptaba el oficio de su madre como cualquier trabajo. Nosotros lo respetábamos y jamás hicimos algún comentario o insinuación sobre esa circunstancia. Cuando ocasionalmente alguien, directa o indirectamente comentaba algo recibía puñetazos y patadas de Fer, que era muy bravo en los pleitos. Cuando cumplí los quince, Luciano, un amigo de mi padre, me llevo a conocer la zona, que estaba al final de la calle Moreno, una de las principales de mi pueblo. Tenía dos bares de categoría, El Paladium, donde trabajaba Elvira, y La Bikina. Tenían pistas de baile, músicos y todo era elegante y refinado, con meseros uniformados y su respectiva madame que administraba el negocio. También había cuatro o cinco bares de medio pelo. La zona tenía salón de belleza y consultorio con médico y enfermera para exámenes de las suripantas y primeros auxilios. Luciano me llevó a La Bikina y luego de preguntarme, quién me gustaba, pasé al cuarto de Ivonne, mi primera maestra sexual. Como nuestros padres también asistían a la zona, las putas los conocían a todos. Entonces era común que cuando algún joven las visitaba, le preguntaran:

—¿Y tú de quién eres hijo, muchacho?

Había quienes no querían decirlo, pero el parecido los delataba. Elvira tenía una hermana menor que ella, quien cuidaba a Fernando cuando su madre trabajaba. Zoila era su nombre. Era la antítesis de Elvira. No se maquillaba, usaba falda larga, pelo lacio y corto. Era quien compraba el mandado, barría la calle, hacía la comida. Elvira, casi no salía, Fernando era hijo de Sabás, el marido de Elvira que la dejó por otra, a los dos años de casados.

Como era un lugar vedado para las mujeres de la sociedad Maderense, había algunos hombres casados que anunciaban a su mujer un viaje de negocios a la capital y con maleta y todo se internaban días

en la zona, donde tenían amantes y se entregaban a la bohemia y a las francachelas. Después acudían con el doctor para que les pusiera suero y radiantes regresaban a sus casas con una historia creíble.

Elvira Ricalde era una mujer alegre, de agradable conversación, hermosos ojos color avellana y un cuerpo de belleza natural. Tenía ojo clínico para seleccionar a sus clientes, generalmente ricachones de Madera, que le hacían valiosos regalos.

Elías Maluy, un árabe solterón rico, le ofreció matrimonio a Elvira, pero esta declinó, probablemente traumada por la amarga experiencia de su anterior vida conyugal. Se había prometido a sí misma jamás volver a enamorarse. Si bien no era su objetivo jugar con los sentimientos de quienes se enamoraban de ella, nunca hacía abrigar esperanzas de que iba a dejar la vida que llevaba y volver a ser esposa monógama. Sabía que el camino escogido no tenía retorno y sólo la edad la iba a retirar de la actividad. Por eso ahorrraba todo lo que podía. Fernando quería ser dentista, y eso costaba buen dinero. Además, ella tenía que prever económicamente su vejez y la de su hermana. Pasaron dos años. Un día se cerró la zona de tolerancia de Madera, por la promesa de campaña de un alcalde demagogo, mojigato e hipócrita. Los bares de la ciudad se transformaron en piqueras donde se refugiaron. Comenzaron a pulular golfas en algunas esquinas de las calles de Madera. Se incrementaron las enfermedades venéreas. Elvira Ricalde, abandonó Madera con su hermana y su hijo. Se fue a una ciudad de la frontera, donde compró un terreno con sus ahorros. Hizo una pequeña casita y construyó locales comerciales, de cuyas rentas se mantuvo.

Fernando se recibió de cirujano dentista y abrió un exitoso consultorio. El dramático cambio de rumbo que dio la vida de Elvira hizo que un tiempo estuviera alejada de su antigua actividad. Los años la retiraron de su oficio activo. Pero se aburría y los ahorros mermaban. Batallaba con los inquilinos. Empezó a conocer chicas guapas y hombres que requerían compañía de calidad. De pronto se vio convertida en una madame. Recibía una llamada, preguntaba el tipo de mujer o mujeres que requerían y enviaba el pedido, previo pago que recibía a través de un mozo de su confianza. Zoila se casó y le dio a Elvira dos hermosas sobrinas a quienes adoraba. Las hermanas siempre estuvieron al pendiente, una de otra, hasta el fin.

33



DE REGRESO

Quienes asistimos a misa de ocho aquel domingo en la mañana no le quitamos la vista a un hombre arrodillado en la primera banca, de unos cincuenta y cinco años de edad, pelo entrecano, delgado, que había llegado a Madera recientemente. Se trataba de Uriel Calvo Montemayor, ex presidiario en Islas Marías, donde permaneció veinticinco años, acusado y sentenciado por el homicidio de su cónyuge y violación de su hijastra. Yo era niño cuando sucedieron aquellos hechos terribles, a la vuelta de mi casa. Se había hecho una especie de leyenda del crimen de Uriel Calvo. Por eso las nuevas generaciones en alguna ocasión escucharon su nombre. Uno pensaría que un individuo con sus antecedentes jamás regresaría al infortunado lugar donde cometió actos tan repugnantes, pero ahí estaba. Pagada su deuda con el Estado y la sociedad, buscaba ahora el perdón divino, orando fervorosamente. Había aprendido en su largo encierro el oficio de zapatero, por lo que al regresar a Madera instaló un pequeño taller para ejercer el oficio. Poco a poco se fue haciendo de clientela, especialmente de gente joven, que no había testimoniado su crimen. Era hombre de hablar reposado, aparentemente inofensivo y sabía desempeñarse muy bien en su oficio. En las Islas Marías trabajó también la talabartería, hacía botas, cinturones, llaveros y carteras. Unos le llamaban Uriel y otros don Uriel, otros simplemente Maistro. Si alguien provocaba su plática respondía amablemente. De otra suerte permanecía callado y preguntaba o contestaba estrictamente lo necesario. Quienes lo conocieron de joven, decían que no era así. Por el contrario era lenguaraz, gritón y colérico. Pero tantos años preso, cambian a cualquiera. Las personas de edad tenían sus recelos y preferían otro zapatero para sus requerimientos. Yo me hice cliente de él y me gustaba preguntarle sobre cómo era la prisión en las Islas Marías. Mientras remendaba un zapato o cambiaba medias suelas a otros, me dijo que él nunca pidió ir a ese lugar, sino que fue seleccionado por su buena conducta, después de dos años recluso en el penal estatal.

Me compartió que las llamadas Islas Marías eran tres. Dos pequeñas inhabitadas, una era María Cleofás, otra María Magdalena y la grande, la principal era María Madre, donde se asentaba la colonia penal federal. Estaba dividida en siete campamentos donde se ubicaban para trabajar con los reos según la habilidad de la

persona. Había un campamento ganadero, otro de pesca, de refrescos, de agricultura, carpintería, materiales de construcción y de otros oficios, como el de Uriel Calvo. Se pasaba lista a las cinco de la mañana y debían estar los colonos al frente de sus casas, de donde eran transportados a los distintos campamentos y a las seis de la tarde, todos debían pasar lista y estar, una vez más, al frente de sus casas. La disciplina era estricta. Las faltas u omisiones al reglamento carcelario eran castigadas con encierro e incomunicación de tres a treinta días, según la gravedad de la falta. Al poco tiempo de haber llegado, una tarde recibió la visita del padre Trampitas, un legendario sacerdote que vivió casi cuarenta años en Islas Marías.

En el diálogo que sostuvo Uriel con el famoso y persuasivo cura fue tocado su corazón por alguna palabra o frase. De tal suerte que a partir de entonces Uriel se embebió tanto en la lectura de los evangelios, que en ocasiones, a la luz de la vela leía la palabra de Dios. A los seis meses de haber regresado a Madera, su taller de zapatería iba viento en popa, tenía ya un ayudante y disfrutaba su trabajo. Sabía que la deuda con las leyes había sido saldada. En su corazón sentía que Dios le había perdonado su horrible pecado y seguía arrepentido, pidiendo perdón y humillándose ante la potestad del señor. Sin embargo, había una inquietud que a nadie le había confiado. Luisa, su ex cónyuge asesinada, además de la hija que corrió la misma suerte, tenía otro hijo, Adrián, de escasos siete años entonces, que había escapado quizás de una muerte segura, de no haber ido a cumplir un mandado encomendado por su madre. Es decir, el hijastro de Uriel estaba vivo y en varias ocasiones le mandó mensajes a Islas Marías, diciéndole que cuando saliera de ahí lo iba a matar para cobrar venganza. Uriel nunca sintió temor por esas amenazas. Por eso, cuando Uriel se enteró que Adrián ya sabía dónde encontrarlo, siguió con su vida normal sin tomar precaución alguna. Había algo en su conciencia que seguía mordiéndole. Sabía que única forma de descansar era realmente entregar su vida a cambio de lo que hizo.

Un sábado por la mañana. Apenas había abierto Uriel su taller reconoció de inmediato a Adrián Silva Ortega, su hijastro, aunque habían pasado veinticinco años. "Vengo a matarte, hijo de la chingada", dijo con voz firme y apuntándole con una 38 súper. De igual manera Uriel le respondió.

“Te estaba esperando. Me harás un favor, así que adelante jálale”, le pidió serenamente. No, dijo Adrián, mostrándose indeciso en disparar. Pensándolo bien, no me voy a manchar las manos contigo. Tengo familia y no quiero dejarlos solos. Mejor dejaré que la conciencia te muerda todos los días, para que sufras lo que te mereces. Guardó su arma, dio media vuelta y se retiró. El domingo por la mañana un vendedor de periódico descubrió el cadáver de Uriel que colgaba de la rama de un ébano en el patio de su casa, con un mecate amarrado al cuello.

34



LAS BÁSCULAS

El flujo de personas que acudían diariamente al almacén de don Bony era interminable. Visto desde cierta altura semejaban dos filas de hormigas arrieras, llevando y trayendo su valiosa carga. Se trataba de un largo bodegón de mampostería y lámina galvanizada, donde don Bony, siempre junto a la puerta de acceso, compraba miel, cera, cartón, fierro, latas de aluminio, cobre, latón y cuanto mineral pudiera arrojarle ganancias; pieles de vacunos, porcinos y de animales más exóticos como tigrillos, leopardos, pumas, gato rabón, piel de víbora. Vendía botas de hule, de plástico y de cuero; monturas, arneses, correas, mangas, cotones, sombreros, machetes, hachas y un sinnúmero de artículos relacionados con las labores agropecuarias. Don Bony era un hombre gordo, muy gordo, que no levantaba más de uno sesenta de estatura, siempre aplastado en un reforzado sillón de piel, con el pelo cortado al estilo militar y con gruesas gafas negras, siempre atento al negocio. Además prestaba dinero, con garantía hipotecaria o prendaria. No tenía familia, vivía en una pequeña casa, junto al almacén. Sólo tenía un hermano que trabajaba en Estados Unidos y éste lo visitaba cada año. El hombre abría su negocio a las siete de la mañana. Ahí le llevaban su almuerzo y su comida, y cerraba a las seis de la tarde. Se ponía de pie sólo para ir al baño. Nunca tomaba vacaciones, abría los domingos por la mañana y por la tarde pasaba por él un taxista, que lo paseaba un par de horas, por los lugares que le apetecía visitar. Don Bony tenía dos básculas, en una pesaba lo que compraba y en otra lo que vendía. Ambas arregladas para comprar o vender kilos de novecientos gramos, lo cual además de ganancias ilícitas, le proporcionaba gran placer. Sobornaba con una pequeña cantidad al inspector de comercio que cada semestre lo visitaba. El personal manejo del dinero y la apertura y cierre de la caja registradora con su timbrado particular le daba a don Bony un placer orgásmico. No se sabía que hiciera donativos y a los que llegaban a pedir limosna, les ofrecía trabajo:

—No pidas dinero, gánatelo como yo, con trabajo —sentenciaba.

Había tenido una mujer que lo abandonó por tacaño, sus únicas diversiones conocidas eran escuchar un radio de pilas, en volumen bajo, casi perceptible únicamente por él, y llenar crucigramas, en el poco tiempo que tenía libre, para lo cual disponía en su escritorio de un

voluminoso diccionario que según él, le ayudaba a encontrar palabras o a comprender el significado de las mismas. Era su manera de adquirir cierta cultura, decía.

Sólo él sabía a ciencia cierta qué hacía con el dinero acumulado durante más de treinta años de ganancias, usura y ahorro. Se especulaba que tenía mucho dinero en algún lugar secreto de su casa. También se manejaba otra versión, quizá propalada discretamente por él, de que todo el dinero se lo enviaban mensualmente a su hermano a Chicago, con el que ya había comprado un edificio de departamentos que alquilaba. Esparcía el comentario de que él no tenía dinero en Madera, para evitar que algún día alguien fuera a robarlo. Como se veían visitaba. El personal manejo del dinero y la apertura y cierre de la caja registradora con su timbrado particular le daba a don Bony un placer orgásmico. No se sabía que hiciera donativos y a los que llegaban a pedir limosna, les ofrecía trabajo:

—No pidas dinero, gánatelo como yo, con trabajo —sentenciaba.

Había tenido una mujer que lo abandonó por tacaño, sus únicas diversiones conocidas eran escuchar un radio de pilas, en volumen bajo, casi perceptible únicamente por él, y llenar crucigramas, en el poco tiempo que tenía libre, para lo cual disponía en su escritorio de un voluminoso diccionario que según él, le ayudaba a encontrar palabras o a comprender el significado de las mismas. Era su manera de adquirir cierta cultura, decía.

Sólo él sabía a ciencia cierta qué hacía con el dinero acumulado durante más de treinta años de ganancias, usura y ahorro. Se especulaba que tenía mucho dinero en algún lugar secreto de su casa. También se manejaba otra versión, quizá propalada discretamente por él, de que todo el dinero se lo enviaban mensualmente a su hermano a Chicago, con el que ya había comprado un edificio de departamentos que alquilaba. Esparcía el comentario de que él no tenía dinero en Madera, para evitar que algún día alguien fuera a robarlo. Como se veían las cosas, don Bony realmente trabajaba para sus sobrinos, los hijos de su hermano Luis, quien era casado, pero tan viejo como él, pues sólo había dos años de diferencia entre ellos, siendo mayor don Luis. Ganar dinero era para don Bony una necesidad compulsiva. Nunca se supo que hiciera un viaje de placer. Ni siquiera tenía vehículo. Contra lo que

podiera pensarse don Bony gozaba de buena salud. No había consultado a médico alguno, ni se había hecho exámenes de laboratorio. Cuando alguien trataba el tema, don Bony comentaba:

—Tiene más oportunidad de salir vivo un ratón entre dos gatos que un enfermo entre dos médicos —y reía en forma espasmódica y chillona.

Otra característica de don Bony que me llamaba la atención era que al saludar nunca te entregaba su mano franca, como suele hacerse. El hombre sólo hacía un leve contacto con la tuya. Su mano regordeta parecía temer una descarga eléctrica de quién saludaba y la retiraba inmediatamente. Un día se presentó con don Bony un agente vendedor de seguros. Trataba de venderle un seguro de vida y otro contra daños o robo en su negocio. Después de escucharlo atentamente, mientras se ventilaba agitando una revista como abanico, don Bony cortésmente declinó comprar el seguro de vida, diciéndole que no tenía a quién heredar, y sobre el otro seguro le dijo que además de ser muy caro, cuando sucedía alguno de esos eventos las compañías de seguros ponían una serie de trabas y se negaban sistemáticamente a pagar lo reclamado. Al mes siguiente se despertó sobresaltado, cuando escuchó que se estaba incendiando su almacén. El fuego consumió todo. Ese mismo día a las once de la mañana, murió don Bony de un fulminante ataque al miocardio.

Todo hombre o mujer tiene sus secretos. Unos luminosos, otros detestables. Don Bony no era la excepción. Amaba la discreción, tanto como un buen plato de comida. Cada domingo, mientras salía a pasear en taxi, siempre con el mismo chofer, discreto como él y de su plena confianza, a quien pagaba muy bien, se hacía llevar a tres lugares singulares. El asilo de ancianos, la casa hogar de huérfanos y la casa de los perros callejeros que manejaba una excéntrica gringa. En cada uno de ellos entregaba atractivos donativos, que llevaba ya preparados en un sobre, con la condición de que no se supiera. En el lado oscuro don Bony, tan inofensivo y bondadoso, compraba ratos de placer con menores de edad entre trece y quince años, que le conseguía, mediante generosa paga una mujer especializada en el asunto.

35



EL LICENCIADO BICICLETERO

Las primeras ocasiones en que advertí su presencia en las calles de Madera pensé que era un repartidor de medicinas o de alguna carnicería, ya que se desplazaba en una bicicleta Windsor con un cajón blanco adaptado en la parrilla trasera. Sin embargo, había algo que abonaba en contra de esa sospecha. El ciclista usaba pantalón negro, camisa blanca y corbata, era delgado y con el pelo relamido hacia atrás. Después me enteré que se llamaba Martín Aguilar, pero era más conocido como el Licenciado Bicicletas y lo que transportaba en el cajón de su parrilla era una máquina de escribir marca Royal, un legajo de hojas de papel tamaño oficio, otro tanto de papel cebolla, pasantes, borradores, lápices y plumas. Varios años había sido escribiente en el juzgado mixto de Ciudad Madera. Era rápido al escribir con dos dedos; había estudiado hasta segundo año de leyes, pero vivía de sacar borrachitos de la cárcel pagando multas, tramitando libertades bajo fianza, cobrando deudas, haciendo trámites administrativos y todo aquello que su experiencia y capacidad le permitieran. Empezaba temprano su actividad, pero a las tres de la tarde entraba con todo y bicicleta a La Voladora, su cantina predilecta. Tenía reservada su mesa, le servían las más ricas botanas del pueblo, e iniciaba a tomar la media docena de cervezas Carta Blanca que acostumbraba de lunes a viernes. Gradualmente iban llegando sus amigos del dominó y así mataban la tarde. En el regreso a su casa, a unas cuantas cuadras, ya no se subía a su bici, sino que caminaba acompañándola y utilizándola para sostenerse. En realidad la oficina del licenciado estaba en aquel cajón que guardaba celosamente con un candado de buen tamaño. Cuando se requería un escrito sólo sacaba el contenido de su "escritorio", buscaba un lugar adecuado, que podría ser un parque, el comedor de cualquier casa, la barandilla del juzgado, o el cofre de un vehículo. El Licenciado Bicicletas era casado, su esposa había sido también mecanógrafa en el juzgado, tenían un niño y una niña. El fin de semana vestía sport, no tocaba su bicicleta-oficina y hacía vida hogareña, paseaba con su familia y el tipo se veía feliz. A Martín Aguilar le gustaba leer cuentos a sus hijos. Les compraba regalos. Su esposa Angélica era bonita, vestía bien y amaba a su esposo.

El Licenciado Bicicletas acostumbraba despertarse temprano, tenía un librero de regular tamaño con medias puertas de cristal y madera

en el que guardaba celosamente sus libros. Dedicaba por lo menos una hora por la mañana a leer en un rincón de su casa. El hombre gozaba de una cultura bastante aceptable. A sus treinta y cinco años había leído ya El Quijote, La Divina Comedia, algunas obras de Shakespeare, Dostoievski, y Papini. Le encantaba la poesía de Góngora, Lope de Vega y Alfonso Reyes, las obras de Rómulo Gallegos, de Walt Whitman y Víctor Hugo y eso le hacía prodigar una plática amena. Sabía de memoria algunos poemas y había publicado un cuento al que denominó “La araña doméstica” en una revista literaria. Era un tipo agradable, lo que se llama un “sangre liviana”. Otra chambita alternativa que tenía el Licenciado Bicicletas era como maestro de ceremonias en alguna graduación, en eventos públicos, en los cuales se presentaba impecablemente vestido. El Licenciado Bicicletas era un hombre inquieto, por lo que distraendo unas horas que normalmente entregaba a su familia, abrió un club de oratoria, los sábados por la mañana, en el salón de una escuela primaria, cuya directora era su hermana. Cobraba una cuota simbólica, pero llegó a tener más de treinta alumnos, hombres, mujeres y niños que deseaban conocer los secretos de la buena expresión. En fin, por varios lados buscaba el licenciado generar ingresos para su familia y también para pagar las cervezas de La Voladora a la que no había renunciado, pero que hasta entonces había logrado mantener en un plano que en su opinión no afectaba sus otras actividades y que le era necesario para manejar el estrés a que lo sometían sus actividades matutinas. Su esposa comprendía esas razones y lo apoyaba. Cuando se dirigían a él sus clientes, sus compañeros parroquianos, sus amigos de oratoria lo llamaban Martín, o licenciado Aguilar. El apodo se mencionaba a sus espaldas, pero él lo sabía y no le hacía mella. Era feliz pedaleando de un lado a otro y haciendo y llevando escritos. Tenía buenos ingresos que satisfacían sus necesidades; sus predilecciones eran la bohemia vespertina y la adquisición de libros para cultivarse. Un día le salió la oportunidad de adquirir una motocicleta seminueva a muy buen precio y la compró. Pronto aprendió a manejarla, adaptó su cajón-escritorio y se olvidó de su bicicleta. Pasó por su mente que en adelante iba a carecer de materia el apodo del Licenciado Bicicletas, lo que nunca imaginó es que ahora sería el Licenciado Motoneta. La única ventaja era que al mencionarlo, evocaba un cierto linaje italiano.

El padre de Martín Aguilar fue un famoso ciclista amateur en la región. Había ganado varias competencias de ciclismo. De ahí le nació al hijo su gusto por la bicicleta, además de que su economía no le permitía adquirir un carro. En sus tratos y compromisos Martín era muy formal y fanático de la puntualidad. Siempre estaba presente cinco minutos antes de la hora acordada. Los impuntuales lo ponían de mal humor. Consideraba una falta de respeto hacia la otra persona no acudir a una cita la hora convenida. En su situación actual, casado, con compromisos económicos insoslayables, consideraba muy difícil terminar la carrera de derecho que había sido su gran anhelo. Sin embargo, optó por ser autodidacta tanto en lo jurídico, como en la adquisición de cultura general a través de la lectura, su verdadera pasión.

36



LA HORA ROMÁNTICA

Con el fondo musical de "Contigo a la distancia" y en punto de la cinco de la tarde, iniciaba por XEZP, la "Hora Romántica", bajo la conducción de Danilo Conde Ruiz, el más veterano de los locutores de la estación. Mi madre y mi abuela eran las primeras en tomar asiento en la sala, junto al nuevo Phillips de bulbos que le había regalado mi padre a su esposa la pasada navidad. Después, Clara mi hermana mayor y luego Arcelia, la menor de la familia, que casi era obligada a escucharla, dejando de lado sus muñecas con las que tenía diálogos interminables. Mi padre ajeno a esas "romantiquerías" como gustaba llamarles, se encerraba en su oficina a abrir y registrar los libros de las contabilidades que le encomendaban. Era yo una especie de "agente libre" que cruzaba por la sala, me detenía un minuto y luego desaparecía para ir a jugar fútbol a la calle, mi pasión infantil, o tomar un libro de Salgari o de Verne, para viajar a otros escenarios. El programa de Danilo era de complacencias. Su voz sonora, modulada, con maestría en las pausas, los silencios y énfasis en las entonaciones.

Era una voz que no se correspondía con su físico, chaparro, flaco, pecoso, pelirrojo, usaba un bigotillo delgado, pero bien recortado. La "Hora Romántica" cumplía diez años de transmisiones ininterrumpidas. El hombre conocía todos los tríos famosos de la época. Presumía amistad con Saulo, el de Los Diamantes, con Marco Antonio Muñiz de Los Tres Ases. Tenía fotos con el mismísimo Agustín Lara y un arsenal de acetatos, de tal suerte que complacía casi todas las peticiones. Mantenía correspondencia con el cubano José Antonio Méndez, y conocía o inventaba anécdotas verosímiles que magnetizaban a la audiencia. Platicaba mi madre que en cierta ocasión salió al aire la voz de una joven que le dijo:

—Danilo, ¿me puede compadecer con la canción "Bésame mucho"?
Danilo siempre alerta, comentó:

—Ésta es la hora de las complacencias, la de las compadecencias es la hora siguiente. Haciendo alusión al programa que era de ayuda espiritual denominado "Si usted sufre, háganos", a cargo de un sacerdote. Enseguida permitió que María Victoria le cantara el tema de Consuelito Velázquez a la sufriente radioescucha. Danilo Conde prácticamente vivía en la radiodifusora. Hacía comerciales, leía "El

aviso de Ocasión", hacía guiones de radio, era un hombre orquesta. Danilo Conde no era improvisado, tenía una larga trayectoria. De joven recorrió la legua. Hizo de todo en Los Ángeles California. Como mozo de limpieza en una radiodifusora, tomó el gustito por lo que después sería su pasión, la locución. Vivió en la capital azteca varias décadas, donde trabajó en la famosa XEW, "La voz de la América Latina desde México", como se identificaba, y que fue escuela y casa de tantos inmortales. Conoció y trabajó con los legendarios Alonso Sordo Noriega, Martínez Carpinteyro, Pedro de Lille; platicó en los pasillos de la poderosa estación radiofónica con Pedro Infante, Toña la Negra, Negrete, Pedro Vargas, María Victoria, sólo por mencionar algunos. Esto me lo platicó el mismo Danilo, porque Amelia, su hija menor era mi novia. Vivíamos en el mismo barrio. Se vino a vivir a Madera porque doña Luisa, su esposa, era originaria de este pueblo y heredó varios terrenos y casas, que les permitió una vida desahogada con frecuentes viajes. Ella alentaba a Danilo a tener su propia radiodifusora, pero él nunca quiso porque se sentía muy bien en la ZP y no quería lidiar con temas administrativos.

Un mal día para Danilo Conde Ruiz se supo que la XEZP se vendía a un magnate propietario de una decena de radiodifusoras en toda la República. Se nombró un nuevo gerente. Al arribar gente joven Danilo fue liquidado y desapareció la "Hora Romántica". Su lugar fue ocupado por la "Hora del rock and roll". Los primeros días, por inercia, mi madre y mi abuela encendían el radio a las cinco de la tarde e inmediatamente lo apagaban. Con sus ahorros mi madre compró un tocadiscos, empotrado en un mueble moderno y elegante y comenzaron a escuchar música romántica, con discos que iban adquiriendo, hasta menguar el vacío que les había dejado su gustado programa. Danilo se sintió cansado para iniciar su propia radiodifusora o buscar trabajar en otra. Como mi noviazgo con Amelia iba consolidándose, nuestras familias comenzaron a tratarse y alguna tarde Danilo venía a mi casa y casi reproducía su hora romántica, sólo que con las únicas complacencias de mi abuela, mi madre y mi hermana menor.

Ahora Danilo es un anciano que pasa las mañanas sentado en una mecedora en un fresco corredor de mi casa. Disfruta ver jugar a sus tres

nietos, producto de mi matrimonio con Amelia. Nuño, el mayor, de siete años, es quien parece haber heredado el gusto por la locución y el lado romántico de su abuelo y también de mi madre. Toma cualquier objeto que se parezca a un micrófono y comienza a presentar artistas imaginarios, a decir frases de comerciales y a engolar la voz. El abuelo Danilo queda hipnotizado y sus expresivos ojos negros, comienzan a tomar un leve estado acuoso. Le pide que se acerque a él para darle un beso en la frente. Amelia y yo observamos a la distancia con un nudo en la garganta.

37



EL PARACAIDISTA

Una mañana de mayo, muy temprano, llegó a mi casa mi primo Irineo Mendoza, sobrino de mi madre, hijo de una hermana ya fallecida. El tipo era de estatura regular, treintañero, barba crecida y desaseada, chimuelo. Traía una mochila de lona verde, sucia, con algunas prendas personales. Hacía más de cinco años que nada sabíamos de él. Era un vagabundo. Había quedado huérfano desde niño. Su padre contrajo nuevo matrimonio y se fue a recorrer el mundo. Venía deportado de Estados Unidos, donde había sido ayudante en un circo, chofer, pizcador de fresa, vaquero, y mil chambitas más que le habían permitido sobrevivir. Irineo preguntó a mi madre:

—Tía, ¿me puedo quedar un semana por acá con ustedes?

—Si hijo —le respondió ella—, ésta es tu casa.

A mi padre no le agradó mucho la idea, pero como mi madre era quien realmente mandaba, no le quedó más que apechugar. Lo primero que hizo fue darse una buena ducha en el baño del cuarto de servicio, con lo que desapareció el agrio olor que despedía. También se recortó la barba y cambió su ropa. En una hora se transformó en una persona civilizada, al menos en apariencia. Irineo tenía una plática amena. Contaba anécdotas y vivencias de su peregrinar por Estados Unidos y Canadá. Tenía un temperamento inquieto que le hacía cambiar de trabajo con frecuencia.

—Me aburro fácilmente de un trabajo y a volar, a otra cosa —decía.

Era especialista en viajar sin dinero, de ride, haciendo pequeñas talachas para seguir adelante: cambiar una llanta, arreglar algún aparato, limpiar un solar, cortar el césped en un jardín, pintar una casa. Eso era su fuerte. Su próxima meta era el sureste, Mérida específicamente. Había conocido a una yucateca que trabajaba de mesera en un restaurante en Denver Colorado y se había regresado a su lugar de origen. Le había puesto como condición para entregarle sus amores a Irineo que se fuera a vivir a la Ciudad Blanca y en esas andaba mi pariente, el Paracaidista, como le llamábamos a sus espaldas mis hermanos y yo. Sabía ganarse a las personas. Se levantaba muy temprano, barría la calle, reparó una licuadora y mi bicicleta. Le ayudaba a mi madre a preparar la comida, podó los arboles, limpió el patio, pintó una vieja mesa de madera que teníamos. Estaba al pendiente de todo. Lavaba el carro de mi padre Era

habilidoso y dispuesto como pocos y conocía muchos oficios. Estábamos encantados con él, cuando un viernes al mediodía anunció que se iba el sábado siguiente por la mañana. Esa noche nos invitó al cine a mi hermano y a mí y después fuimos a cenar unos tacos. Ahí nos confesó que estaba muy enamorado de Celia, la yucateca con la que pensaba casarse. Había sido deportado en tres ocasiones en el último año, pero pronto estaba de nuevo con los gringos. Conocía varias formas de internarse como ilegal. Pensaba trabajar muy duro en Mérida para casarse y abrir una fonda de comida yucateca con Celia. Cansado ya de andar rodando, quería establecerse y formar una familia. Después de la agradable velada del viernes con el primo Irineo, nos fuimos a dormir. El sábado por la mañana, ya listo para irse, abrió el periódico que acababa de entregar el repartidor y en dos minutos gritó:

—¡Tía, tía Julia, nos sacamos la lotería! ¡Vengan a ver!

Y nos mostraba a todos la lista del sorteo de la noche anterior, con el número del premio mayor que coincidía con el cachito que mostraba orgullosamente en su mano. El caso era que con los escasos dólares que traía Irineo había comprado dos vigésimos para el sorteo del viernes, uno para él y el otro para mi madre.

—No estoy para bromas Irineo —se limitaba a decir mi madre, que no salía de su asombro.

—No tía —decía Irineo—, aquí lo pueden comprobar, creo que nos tocan como a cien mil pesos a cada uno, menos el impuesto, póngale ochenta y cinco mil libres de polvo y paja. ¡Gracias diosito por acordarte de nosotros! —decía Irineo mirando el cielo. Le voy a hablar a Celia para darle este regalote. Me voy a quedar hasta el lunes o martes para cobrar tía y abrir una cuenta en el banco. Ahora sí me caso pronto y pondremos el restaurante que queremos Celia y yo. Tía guarde por favor este cachito bajo llave, hasta el lunes que vayamos a cobrar, no se me vaya a perder o dañar. ¡Viva México, cabrones! —gritaba y brincaba como chivo, haciéndonos reír a todos.

El lunes a las doce del día cada uno tenía un cheque a su favor por la cantidad del premio. De ahí nos fuimos a festejar con toda la familia hasta que el sol decidió irse a dormir. La seguimos en mi casa haciendo planes sobre qué hacer con el dinero. Mi madre le decía:

—A ver cuándo regresas hijo y compramos no un cachito, sino todo el entero —y todos reíamos.

Pasados tres meses, recibimos fotos de Irineo y Celia inaugurando El Boshito, su lujoso restaurante.

Antes de partir el primo Irineo Mendoza nos dio a todos mis hermanos y a mi padre cheques por las cantidades suficientes para comprar un regalo de su parte. A mí me alcanzo para una bicicleta nueva. A mi hermana para dos vestidos. A mi hermano Luis para una guitarra que anhelaba. A mi padre para tres sombreros finos que eran su orgullo. A mi madre para que adquiriera una medalla de la virgen de Guadalupe con el grabado "De Irineo para mi tía Julia". En fin, el primo dejó una estela de felicidad nunca esperada en la familia. Tenía ya un corazón enamorado que al unirse con Celia lo hizo prosperar en tener una hermosa familia y varios restaurantes en la península yucateca.

38



LA PAVIMENTADA

El antecedente de la gran mayoría de las calle es la terracería. Unas más, otras menos, tardan varios años en recibir la costra de asfalto que sepulta en el pasado los variados acontecimientos que sucedieron en su superficie. Desde la Broadway en Nueva York, que era el camino serpenteado por donde los indios bajaban de la montaña al mar, hasta los caminos reales españoles que cruzaban los poblados. Como dijera Amado Nervo en su poema "La amada inmóvil", "por diez años fue mía", yo puedo decir también que la terracería de la calle Ocampo, por ese mismo lapso fue mía. Ahí jugué fútbol, beisbol, encantados, disfruté sus charcos cuando llovía. Era el lugar de reunión de los vecinos de mi generación. Por las noches nos reuníamos a contar historias macabras, de aparecidos, que hacían exclamar a los que vivían más lejos "Acompáñenme a mi casa, no sean gachos, tengo miedo".

A la distancia advierto que descalzos, o con tenis o zapatos, el contacto con la tierra nos daba energía, además de la que nos era propia por nuestra juventud. Un día del verano aparecieron varios hombres con cascos anaranjados, teodolitos, cordeles y un jefe que luego supe era ingeniero topógrafo. La curiosidad de adultos y menores acribilló a preguntas a los trabajadores.

—¿Qué van a hacer? ¿Por qué están haciendo esto?

Y las respuestas coincidentes.

—Esta calle se va a pavimentar pronto.

Quince días después aparecieron dos motoconformadoras emparejando el terreno, muchos camiones de volteo con material calizo, carros-tanque mojando lo preparado y la compactadora. Seis meses antes habían hecho los cordones de las banquetas. Después el asfalto y nuestra calle se vistió de negro y cambió su cara para siempre. El tránsito de vehículos comenzó a ser más intenso. Las madres, lo que nunca habían hecho, prohibían a sus hijos salir a jugar a la calle, por el temor a que fueran atropellados. Ese año se cerró una etapa en la vida de muchos niños y jóvenes y comenzó otra. La necesidad de continuar estudiando me hizo salir de mi pueblo. Regresaba en cada periodo vacacional y cualquier fin de semana largo me permitía estar en mi casa y en mi calle. Añoraba y añoro los años de la terracería. Escuchaba yo noticias similares.

—Aquí a media cuadra atropellaron a alguien.

—El hijo de mi vecina derrapó en su moto y se raspó todo el costado en el pavimento.

Durante las vacaciones, me despertó temprano el ruido de las motoconformadoras que levantaban el maltratado pavimento y dejaban al descubierto la terracería, mi amada terracería; tan pronto como pude salí a constatar que le veía nuevamente la cara a mi calle original, la de mi niñez. Pocos días me duró el gusto, porque ahora la pavimentación iba a ser de concreto armado y eso era para muchos años, sin esperanza alguna de volver a disfrutar la terracería de mi amada calle.

Otra imagen que tenía yo de mi antigua calle era que en ocasiones teníamos que interrumpir nuestros juegos para dar paso a la recua de mulas de don Luis, cargadas de leña, miel o carbón cuando bajaban de su rancho de la sierra. Parafraseando a Chava Flores, diríamos “Ahora mi México es más hermoso, como nunca lo fue, pero cuando yo era niño, tenía mi México, un no sé qué”.

El llamado progreso marca distancias. La evolución de la humanidad es irreversible. Debemos adaptarnos siempre a las nuevas circunstancias. Es ésa una forma de ser inteligente. Esto lo dicta el pensamiento, pero el sentimiento, los recuerdos, la nostalgia, si se quiere, es más libre, puede ir y regresar cuando quiera. No hace daño. Proporciona al ser humano una sensación de felicidad a la que no debe renunciar. Dice el proverbio que recordar es vivir, y agregaríamos que vivir sin recordar es morir.

Ahora, esta calle pavimentada a la que regreso de tiempo en tiempo, aunque ya no tengo familiares que vivan ahí, soporta el tráfico intenso de dos líneas de transporte público. Los terrenos baldíos se ocuparon. Las fachadas de las casas cambiaron. La calle se volvió comercial. Es imposible ver niños jugando en la calle. Pareciera que el tiempo trajo una nueva civilización que enterró a la anterior. Quienes vivimos el pasado tenemos derecho a añorarlo. Dentro de cinco décadas habrá cambios que harán quizás irreconocible lo que ahora se contempla. Tal vez algún día vuelvan a levantar el concreto armado para instalar un nuevo material que aún no se inventa. Alguien lo verá. Quiero imaginar que un día mi calle sea peatonal, con áreas verdes, macetearas y hermosos caminitos donde se pueda ver, otra vez, niños jugando.

39



LAS BODAS

La primera vez que asistí a una boda fue a la de mi prima Lola. Se realizó en un salón de eventos, denominado pomposamente "Casino Bravo", en honor del apellido de los dueños del local y por ninguna otra razón. Lola era hija de mi tío Benito, hermano mayor de mi madre. Mis padres me compraron un trajecito de color vino, con corbata de moño, que creyeron adecuado para mis doce años. Cuando llegamos, pasamos a un salón más pequeño donde se iba a celebrar la ceremonia civil. Llegó el juez del registro civil, su secretario y comenzó la ceremonia. Este hizo un resumen de las solicitudes que habían formulado los novios, mencionó sus nombres completos, edad y demás generales de cada uno de ellos. Leyó la epístola de don Melchor Ocampo y dedicó unas emotivas palabras a los recién casados y a los concurrentes.

Para todos fue un sorpresa que el casamentero oficial anunciara enseguida la celebración de un segundo matrimonio. Mis padres se miraron extrañados. De pronto pasó al frente el tío Benito, padre de la novia, de sesenta y ocho años de edad, quien había quedado viudo hacía cinco años y al propio tiempo Toñita García, una solterona del pueblo, que ya había doblado, hacía algún tiempo, la esquina de los cincuenta años. Enseguida se repitió el protocolo de la primera boda. La primera carcajada de la concurrencia se produjo cuando el secretario leyó la edad de la contrayente. Antonia García Espino, de cincuenta y ocho años de edad, inmediatamente ella protestó

—Tengo cincuenta y tres años, señor juez.

—Disculpe, dijo el oficial secretario, tomé el tres por ocho. Disculpe —reiteró.

La segunda risotada, más fuerte que la anterior, y sucedió cuando el juez, al dirigirse a los contrayentes hizo hincapié en que los fines del matrimonio son básicamente, la ayuda mutua que se deben los cónyuges y la procreación de la especie y agregó con una media sonrisita "Aunque es obvio que en el caso de ustedes, este segundo propósito, ya no sería posible". Las risas se escucharon por largo tiempo, el juez cambió su color de moreno a morado y los novios sonreían nerviosos, con la vista clavada en el piso. La luna de miel de Lola y su estrenado esposo Lucas fue una semana en Acapulco y tres noches en San Miguel de Allende. Trascendió en la familia que a la prima Lola no le fue muy bien en su luna

de miel. Lucas empinaba fuerte el codo y de las siete noches en la playa, tres tomó hasta perder el sentido. Fue Lola la primera sorprendida. Sabía que él era lo que llaman bebedor social, pero no casi o más bien sin el casi, un alcohólico. En cambio, el tío Benito y su flamante esposa no salieron de Madera, nuestro pueblo, y por las tardes se les veía en la plaza caminando, tomados de la mano, en apacible calma y por la cara de ella se apreciaba que estaba feliz y enamorada. A los diez meses de su matrimonio, Lola, la alegre Lola, recibió una noticia demoledora. Braulio, su recién nacido venía con síndrome de Down. Lucas, si antes tomaba sin motivo aparente, ahora ponía como pretexto “la desgracia” de tener un hijo como el recién nacido. Además se había entregado también al vicio del juego de cartas. Sólo unas horas estaba en su casa. La esperanza de Lola de que el nacimiento de Braulio hiciera reaccionar a su marido se desvaneció. El tío Benito y Toñita se veían felices, gozando de su mutua compañía. En una banca del parque, pasaban largos ratos por la tarde, tomados de la mano, haciéndose caricias y en amena plática, como novios adolescentes. Lola los miraba desde su ventana y dejaba correr inevitablemente un par de lágrimas. Como suele suceder, Lola volcó su amor en el niño desvalido y se convirtió en una mujer fuerte. En su momento buscó ayuda para su hijo. Se divorció de su esposo. Benito y Toñita también volcaron su amor en el niño. Además de ser su nieto, sintieron que ante la imposibilidad biológica de tener descendencia directa, estaban también adoptando a Braulio.

La prima Lola rehízo su vida. Volvió a casarse con un hombre bueno que la quería a ella y a su hijo, con quien tuvo tres hijos normales y hermosos. Lucas murió al ser atropellado en una calle cuando, ebrio, intentó cruzarla por la noche. Pocos sintieron su muerte. Vivía solo y únicamente una hermana lo apoyaba en lo poco que podía. El tío Benito y su esposa permanecieron unidos por más de diez años. Luego Toñita murió y él se fue a vivir con mi prima Lola, hasta el final de sus días. Murió tranquilo, en su cama, cuando se acercaba a los noventa años. Desde entonces he asistido a muchas bodas incluyendo la mía, pero nunca otra igual como las de la prima Lola y su padre.

40



LA URRACA

En el patio de mi casa había un gran nogal que servía de dormitorio a decenas de urracas. Por la mañana volaban a los sembradíos de maíz, trigo o alfalfa y sólo unas cuantas permanecían en el árbol. Me gustaba tomar dos o tres tortillas o un bolillo y tirarles migajas. Caminaban cada vez más cerca de mí hasta que prácticamente estaban a mi alcance. Sin embargo, no me atrevía a que comieran de mi mano, por el temor de un picotazo. Había una que se quedaba mirándome inmóvil, hasta que recibía lo suficiente para sentirse satisfecha. Se me ocurrió bautizarla como la Conchuda y así le hablaba y le repetía el apodo, hasta que creo entendía y cada vez que le llamaba así, hacía un rápido movimiento de cuello hacia adelante, que las otras no hacían. La Conchuda y yo fuimos logrando cierta identidad, que hizo que en unos días ya no vinieran sus tres o cuatro acompañantes y sólo acudiera ella. Nunca supe si era hembra o macho, porque difícilmente se distinguen por su tamaño. El macho es ligeramente más grande que su compañera. Las urracas se encuentran en casi todos los países y son miles de millones. Su carne no es apetecida, por lo que se reproducen sin peligro de extinción, al no ser cazadas por el hombre, como sucede con otras especies. Bien a bien, no se sabe cuál es su misión sobre esta tierra, pero deben tener alguna. Su color me hace pensar en la noche, en el luto, en lo absoluto. Tienen fama de ladronas, de que se llevan cuanto pueden cargar en su pico. Sobre todo aquello que brilla o llama su atención. Con la Conchuda hice una broma-experimento. Un día no salí a darle su desayuno. Estuve observando desde mi ventana. Vi que llegó, me buscó por todas partes, siempre nerviosa, dando pequeños pasitos hacia uno u otro lado. Después de unos dos minutos emprendió de nuevo su vuelo hacia el nogal. A la mañana siguiente ya estaba otra vez conmigo, sin reclamos, como si nada hubiera pasado. A las urracas no les asusta el ruido. Las grandes parvadas duermen en árboles de avenidas con mucho tráfico. En jardines o camellones se les identifica por su peculiar aspecto. Construyen sus nidos en las partes altas de árboles frondosos. Un nido de urraca está muy bien construido. Resiste vientos fuertes. Ponen de cinco a siete pequeños huevos, que tardan en empollar veintidós días, de los cuales, la madre pasa la mayor parte del tiempo sobre ellos, dándoles calor para que puedan lograrse. El

macho-padre visita el nido de vez en cuando y también permanece largo rato sobre los huevecillos. Cierta día que no pude acudir a mi diaria cita con la Conchuda, me aseguré de dejarle un plato con unos cuantos frijoles cocidos, fideo y los pedazos de tortilla. Mi madre a quien había pedido que la observara, me comentó que al ver que era mucha la comida lanzó un graznido y bajaron inmediatamente tres de sus compañeras a compartir. Se les acusa también de que se comen los huevecillos de otras especies que están a su alcance. Ello debe entenderse como parte del gran equilibrio de la naturaleza, en el que el pez grande se come al chico; los zorros y mapaches se comen los huevos de gallina y a las gallinas mismas, las víboras de cascabel se alimentan de ratas y conejos, y así otros muchos ejemplos. Si algún ser es libre por naturaleza, es la urraca. Nunca he visto alguna en jaula o cautiverio. Un personaje de la mítica historia española, lleva su nombre, nada menos que Doña Urraca, la esposa de Rodrigo Días de Vivar, el Cid Campeador. Conozco un poema dedicado a las urracas. Parientes de las urracas, son los cuervos, de mayor tamaño y agresividad. Cómo olvidar la famosa película Los pájaros, del inglés Alfred Hitckock, que nos mantuvo al borde de la butaca.

Cuando escribía esto estaba yo cómodamente sentado junto a la alberca de un hotel, en una silla, frente a una mesa con sombrilla. Acababa de desayunar y dejé el plato con residuos de huevo. De pronto y no supe de dónde provenía, se posó en la mesa, frente al plato, una hermosa gemela de la Conchuda. Me miró con los mismos ojos que yo recordaba y comenzó a comer del plato que le acerqué. Después de cada picotazo que daba a la comida, volteaba a verme y yo inmovilizado observando y recordando. Se tomó su tiempo para llenar su buche. Giró sobre su propio cuerpo y emprendió el vuelo, dejándome un adiós o quizás un hasta luego, con sus hermosas alas negras en movimiento.

En Madera, había miles de urracas. Por la tarde invadían la ciudad, especialmente en sus plazas, jardines y avenidas arboladas. Fueron tantas las urracas alojadas por la tarde-noche en la plaza principal que a alguien se le ocurrió traer una veintena de ardillas a habitar en los mismos árboles para ahuyentarlas. Lo cual dio resultado por cierto tiempo. Sin embargo, pasado

un año, las ardillas se reprodujeron tanto que hubo que retirar a la mitad de ellas, porque ahuyentaban a los habitantes de Madera que acostumbraban sentarse en las bancas de la plaza para disfrutar el mejor clima nocturno. También los laureles, fresnos y encinos comenzaron inexplicablemente a secarse. Los especialistas hicieron todo lo posible por devolverles la vida, pero fue inevitable cercenar cada uno y sembrar nuevos árboles sanos. Nunca se supo a ciencia cierta por qué se enfermaron y murieron. Tengo la sospecha que fue de nostalgia, al extrañar la presencia y el graznido vespertino de las urracas. Quizás un día pueda comprobarse mi hipótesis.

Cuentos de madera de Ramiro González Sosa, publicado por la Universidad Autónoma de Tamaulipas y Tabook Servicios Editoriales e Integrales, se terminó de imprimir en agosto de 2019. El tiraje consta de 300 ejemplares impresos de forma digital en papel Cultural de 75 gramos. El cuidado editorial estuvo a cargo del Consejo de Publicaciones UAT.

